
ESPOSA
POR
CONTRATO
Un matrimonio legal. Un deseo ilegal.
PAULA ERIS

Esposa por contrato

Por: Paula Eris

Sinopsis

Una firma los unió. La obsesión los va a destruir.

Derek Lancaster jamás quiso una esposa. Mucho menos una que no recordara.

Durante tres años, el magnate más frío de Elmridge olvidó que estaba legalmente casado con una desconocida. Para él, solo fue un contrato que firmó por presión familiar... y del que ahora busca deshacerse sin mirar atrás.

Aria Velmont nunca lo olvidó.
Y no piensa facilitarle el divorcio.

Ella ha pasado de ser una mujer invisible a una CEO implacable, con una nueva identidad y una misión muy clara: hacer que Derek recuerde a la mujer que despreció sin conocer… y que la pague, cláusula por cláusula.

Lo que ninguno espera es que el juego de venganza y deseo se vuelva demasiado real.

Un matrimonio que nunca existió…
Una cama compartida por error…
Un enemigo que ahora es imposible ignorar…

Y una pregunta sin respuesta:
¿Puede un contrato sin amor despertar la historia más peligrosa de todas?

Una historia de rivalidad, deseo, poder y una guerra emocional donde el amor no estaba invitado… pero igual se coló.

Título: Paula Eris
© 2025,
©De los textos: Paula Eris
Ilustración de portada: Paula Eris
Edición emitida por: Paula Eris
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Epílogo

Capítulo 1
El principio del error

Todo lo que Derek Lancaster quería esa noche era lo mismo que había buscado durante los últimos mil días: whisky, olvido... y una libertad que aún se le escapaba entre los dedos.

Tras tres años jugando a ser invencible en los círculos de élite europeos, había vuelto a casa. No por nostalgia. No por redención. Solo por una razón: cerrar el último capítulo de un libro que jamás debió empezar. Un libro con nombre y apellido.

—¿Tienes el documento? —preguntó sin levantar la vista del móvil, mientras la ciudad de Halstone se deslizaba a través del cristal polarizado como un recuerdo que no le importaba conservar.

En el asiento del copiloto, Leo ajustó sus gafas de diseñador y le entregó una carpeta manila con un suspiro contenido.

—Todo en orden. Solo falta tu firma. Ya lo envié a... tu esposa.

Esa palabra, tan corta y pesada, hizo que a Derek se le marcara la mandíbula. "Esposa". Sonaba como una broma de mal gusto escrita por abogados y sancionada por el destino.

Aria Velmont.

Un nombre que no evocaba nada. Ni un recuerdo nítido. Ni una emoción. Solo un compromiso impuesto por Thaddeus Lancaster, su omnipotente abuelo, quien lo había obligado a casarse con una joven desconocida por motivos que aún hoy se le antojaban absurdos: le había salvado la vida. Literalmente. O algo así.

—Un matrimonio arreglado —murmuró con sorna—. En pleno siglo XXI. ¿Qué sigue? ¿Una dote y una cabra?

—Aún podrías exigir la cabra como compensación por daños emocionales —bromeó Leo, aunque su sonrisa se desvaneció al ver la expresión del jefe—. Perdón. Mal momento.

Derek soltó un bufido sin humor. Todo era un mal momento.

El matrimonio con Aria no había sido más que un gesto vacío. Una formalidad. Una firma y nada más. Ni besos. Ni promesas. Ni siquiera un apretón de manos. Al día siguiente de registrar el papel, él había tomado un vuelo a Marseilles sin siquiera decir adiós. Y durante tres años, había hecho todo lo posible por olvidar que ella existía.

Ahora estaba de regreso, con un solo objetivo: cortar ese lazo de una vez por todas.

—¿Ella dijo algo al recibir los papeles? —preguntó con la voz impasible de quien ya no espera respuestas que le importen.

Leo dudó.

—No. Pero imagino que lo recibió con... entusiasmo contenido. Al fin y al cabo, su esposo la dejó plantada tres años. Quizá pensó que habías muerto.

Derek no respondió. Solo miró por la ventana con frialdad mientras la limusina se deslizaba por la Quinta Avenida. Como si las luces de la ciudad no pudieran penetrar su escudo de hielo.

El teléfono vibró. Una llamada entrante. El nombre en la pantalla le arrancó una mueca.

Abuelo.

Derek respondió con desgano, como si el acto de hablar con él ya fuera una batalla.

—Hola, Thaddeus.

—¡Así que volviste! —rugió la voz al otro lado de la línea, tan enérgica como siempre—. Dime que no estás a punto de cometer la idiotez más grande de tu vida.

—Me sorprende que estés al tanto. Pensé que el drama legal no era lo tuyo.

—¿Es cierto que vas a divorciarte de Aria?

—No puedo divorciarme de alguien con quien nunca estuve casado, al menos no en el sentido real —replicó Derek con frialdad—. Fue un acuerdo, no un matrimonio.

—Fue una oportunidad que despreciaste —bramó Thaddeus—. Esa muchacha es especial. Lo sabrías si hubieras tenido la decencia de conocerla.

—Entonces cásate tú con ella.

Un silencio cargado de decepción cayó al otro lado de la línea.

—Derek... —intentó decir Thaddeus, pero él ya lo había cortado.

Esa noche, en lugar de pensar en lo que pudo ser, Derek se preparó para lo que sí sabía hacer: brillar entre copas de cristal y sonrisas falsas. Una fiesta en el Hotel Imperial Crown, rodeado de la élite decadente de Manhattan, era el escenario perfecto para celebrar su inminente libertad.

Lo que no sabía... era que la verdadera historia estaba a punto de empezar.

Del otro lado de la ciudad, en un modesto pero acogedor apartamento en Riverton, Aria Velmont sostenía el mismo sobre con una expresión muy distinta.

Sus ojos escudriñaban el documento como si este pudiera explicarle cómo un completo desconocido se convirtió —en teoría— en su esposo. Y cómo ese mismo hombre ahora la descartaba con una frialdad que calaba hasta los huesos.

—¿Tres años en silencio y esto es todo lo que recibo? —murmuró, desdoblando la hoja con manos temblorosas.

Ni una nota. Ni una palabra. Solo el impersonal lenguaje legal que ponía fin a lo que nunca comenzó. Aun así, dolía.

No por amor, porque ¿cómo se puede amar a quien no se conoce? Dolía por la dignidad. Porque la habían tratado como una pieza prescindible. Como una deuda saldada.

La puerta se abrió de golpe.

—¡Ariaa! —Delia irrumpió como un huracán, con dos botellas de tequila y brillo en los ojos—. ¿Dónde está tu cara de mujer recién liberada? ¡Esto se celebra!

Aria alzó una ceja.

—¿Celebrar que un tipo que nunca me miró a los ojos quiere oficializar su desprecio?

—Exacto. Es una noche para cerrar círculos y abrir escotes. Vamos al Avalon. Hoy, cariño, te vas a divertir... o te arrastro yo misma.

Y eso hicieron.

Esa noche, en el salón de cristal del Grand Avalon, entre risas ajenas, luces tenues y copas vacías, los caminos de Aria y Derek estaban a segundos de cruzarse.

Uno buscaba olvidar. La otra buscaba recordar quién era sin él.

Ambos estaban a punto de cometer un error.

O tal vez, solo tal vez... estaban a punto de empezar una historia.

Una que nadie vio venir.

Una que cambiaría todo.

Capítulo 2

“La cama equivocada”

Derek Lancaster despertó con la impresión de que alguien le había estrellado una botella de champán contra el cráneo. Su boca estaba más seca que un desierto sin oasis, el cuerpo le dolía como si hubiera pasado la noche durmiendo sobre una montaña de piedras… y lo peor de todo: su cama olía distinto.

Esperen.

No era su cama.

Abrió los ojos de golpe, como si le hubieran arrojado un balde de agua helada. El techo que tenía sobre él no era el de su suite, y las cortinas, que colgaban como una cascada de terciopelo rojo, definitivamente no eran parte de la decoración minimalista que él mismo había aprobado meses atrás.

Y luego lo notó.

No estaba solo.

A su lado, enredada en las sábanas de seda blanca, dormía una mujer. Una mujer muy desnuda. Y muy ajena.

—¡¿Qué carajo…?! —bramó, incorporándose tan bruscamente que se dio un cabezazo contra el respaldo del lecho. Maldijo entre dientes mientras se llevaba la mano a la frente, aturdido y ofendido por partes iguales.

La mujer se removió apenas, con el cabello revuelto cayéndole como una cortina dorada sobre el rostro. Estiró los brazos con un bostezo adorable y murmuró, medio dormida:

—Cinco minutos más, Delia…

¿Delia? ¿Quién demonios era Delia?

Derek se giró, alarmado. Su mirada recorrió el cuarto con rapidez: las paredes estaban decoradas con cuadros modernos, había un minibar medio abierto y una lámpara torcida como si hubiera sobrevivido a un tornado. Nada le resultaba familiar. Y esos tacones de aguja rojos, abandonados junto a la puerta…

Definitivamente no eran suyos.

Fantástico. Se había colado en la habitación equivocada.

La resaca le golpeaba con la sutileza de un tren a toda velocidad. Su memoria, nublada por el alcohol, apenas podía hilvanar algunos recuerdos: whisky. Risas. Un brindis. Más whisky. Una botella que alguien sacó de "algún lugar". Oscuridad. Fin.

La mujer abrió los ojos.

Y entonces, el caos.

—¡AAAAAAH!

—¡AAAAAAH!

Ambos gritaron al unísono como en una película de terror barata. Aria se incorporó de golpe, cubriéndose con las sábanas como si fueran su única línea de defensa.

—¡¿Quién demonios eres tú?!

—¡Esa es mi pregunta! —gruñó Derek, igual de confundido. Se echó una mirada bajo las sábanas y volvió a gritar—. ¡Oh, por todos los infiernos!

—¡Deja de gritar, psicópata! —espetó ella, apuntándolo con un dedo acusador—. ¡¿Qué hiciste?!

—¡Nada! —se defendió él, masajeándose las sienes con desesperación—. ¡Esto claramente fue un error!

Aria lo miró como si le acabara de confesar que era un extraterrestre.

—¿Un error? ¿Acostarte conmigo es solo un "ups"?

—¿Tú recuerdas algo? —preguntó él, con voz ronca y gesto incrédulo.

Ella frunció el ceño, esforzándose por unir las piezas sueltas de su noche.

—Recuerdo tequila, tacones, una botella de vino que no nos pertenecía… y después… —su expresión se descompuso—. Mierda. No recuerdo haber llegado aquí.

—Yo tampoco —masculló Derek, con fastidio creciente.

Aria entrecerró los ojos, con tono acusador.

—¿No me habrás drogado, ¿verdad?

—¿¡Qué!? ¡Yo fui el que terminó inconsciente en el bar! —bufó—. Debí haberme equivocado de piso… este no es mi cuarto.

Aria lo observó un segundo. Y, de pronto, se echó a reír.

Derek arqueó una ceja, irritado.

—¿Qué es tan gracioso?

—Que eres el primer millonario que conozco que termina, literalmente, en la cama equivocada. Hay algo poético en eso.

—No soy un cachorro perdido —gruñó él.

—No, claro que no —sonrió ella, con una chispa en la mirada—. Eres un CEO desorientado y medio desnudo. Mucho más glamuroso.

Derek ya había perdido la paciencia. Se levantó, recogió su billetera y sacó un fajo de billetes. Lo dejó sobre la mesita de noche con gesto seco.

—Toma esto y olvidemos que pasó.

Aria se quedó en silencio. Luego miró el dinero. Luego a él. Y después de una pausa…

Estalló en carcajadas.

—¿Te estás riendo?

—Perdón —dijo entre risas—. Es solo que… ¿de verdad crees que soy una aventura de una noche con tarifa incluida?

—¿Y no lo eres?

Su sonrisa se desvaneció. Sus ojos se volvieron acero.

—Eres un cabrón con mayúsculas.

Derek no respondió. Ya estaba harto. Recogió su camisa del suelo, su teléfono y salió por la puerta sin mirar atrás.

Aria se dejó caer sobre la cama, bufando.

—Imbécil.

Entonces algo captó su atención.

El reloj.

Su expresión cambió en un segundo. Saltó de la cama como si le hubieran disparado una alarma nuclear. Agarró el teléfono y abrió, temblorosa, los documentos del divorcio que había recibido el día anterior. Bajó hasta la sección de firma y, allí…

Allí estaba.

Aria Velmont. Esposa legal de Derek Lancaster.

La imagen de su certificado de matrimonio brillaba en la pantalla como un mal chiste.

Aria se quedó paralizada.

El idiota que acababa de intentar pagarle por su silencio… era su esposo.

El mismo hombre que quería divorciarse de ella sin siquiera saber cómo lucía.

Y había estado a punto de decírselo.

Pero entonces recordó su tono condescendiente. Su billete arrojado como limosna.

“Toma esto y pretendamos que nunca pasó”.

Aria apretó la mandíbula, lentamente. Una chispa encendió sus ojos.

—¿Quieres tu divorcio, Lancaster?

Se recogió el cabello en una coleta, sonriendo con la dulzura venenosa de una mujer en guerra.

—Te lo daré.

Pero no va a ser tan fácil.

Y así, sin que él lo supiera, acababa de firmarse el inicio de la batalla más íntima, retorcida y explosiva de sus vidas.

Capítulo 3

Aria Velmont estaba al borde de un ataque de nervios.

Se encontraba dentro de la legendaria Mansión Lancaster. Esa especie de palacio moderno con columnas de mármol, obras de arte originales y un vestíbulo tan silencioso que hasta sus pensamientos resonaban como pasos torpes. Allí estaba ella… en la casa del hombre con el que había estado legalmente casada durante tres años.

Un hombre al que jamás había visto en persona.

Hasta ahora.

Derek Lancaster.
El mismo que, sin saberlo, se había acostado con su esposa.
El mismo idiota que, con toda la arrogancia del mundo, le había dejado un fajo de billetes en la mesita de noche, como si eso pudiera comprar su silencio o borrar lo ocurrido.

Si Derek la reconocía en ese momento, su plan se desmoronaría en mil pedazos.

Aria se aferró a su bolso como si fuera un escudo de guerra, mientras su corazón latía como si quisiera abrirle el pecho desde dentro. Su única misión era encontrarse con Leo Marchand, el abogado de la familia, para firmar discretamente los papeles del divorcio.

Entrar, firmar, salir.
Nada de encuentros.
Nada de dramas.

Pero, claro… el universo no trabaja bajo agendas humanas.

Justo cuando atravesaba la majestuosa sala principal, intentando caminar con elegancia y determinación, una voz sofisticada la detuvo de golpe.

—Ah… así que tú eres **Aria Velmont**.

Aria se giró lentamente, como si al hacerlo pudiera retrasar lo inevitable.

Frente a ella, sentada con la postura de una reina y una taza de té en mano, estaba una mujer cuya sola presencia podía detener la rotación del planeta. Un vestido Chanel, perlas auténticas y una mirada afilada como bisturí quirúrgico. Jamás la había visto en su vida, pero no necesitó presentación.

Vivienne Lancaster.

La madre de Derek.
La gran matriarca.

Aria intentó sonreír, pero sus músculos apenas respondieron.

—Yo… eh… sí, soy yo.

Vivienne la recorrió con la mirada de arriba abajo, como quien evalúa una joya recién sacada de una subasta.

—Eres más joven de lo que imaginaba —dijo, dejando la taza sobre una mesa de cristal—. Y bastante más guapa.

Aria parpadeó, desconcertada.

—Oh… gracias… supongo.

Vivienne ladeó la cabeza, como si estuviera estudiando una pintura cuyo sentido no terminaba de comprender.

—Entonces tú eres la mujer de la que mi hijo quiere divorciarse.

Aria sintió que se le atragantaba el alma.

—Eh…

—Aunque, pensándolo bien —continuó Vivienne con total tranquilidad—, no debería sorprenderme. Este matrimonio fue una imposición de mi suegro. Derek jamás lo aceptó como algo real.

Aria asintió con una sonrisa diplomática, intentando parecer indiferente, aunque por dentro estaba gritando.

—Claro. Es… comprensible.

—¿Y tú? —preguntó Vivienne, afilando la voz como un cuchillo de cocina—. ¿Estás interesada en seguir con este… arreglo?

Aria se quedó en blanco por un segundo.

Podría haberle dicho la verdad. Podría haber gritado que su hijo era un idiota monumental, que había dormido con su propia esposa sin saberlo y que ahora iba a pagar cada segundo de su arrogancia. Pero se tragó todo.

—Bueno, yo…

Y entonces, como si el universo quisiera añadirle drama a la escena, una voz masculina retumbó desde el pasillo, cortante como un disparo.

—Leo Marchand, dame los papeles. Los firmaré y acabaré con esta farsa.

Aria sintió que el alma se le congelaba.

Derek.

Estaba ahí. Cerca. En la misma casa.

No podía dejar que la viera.

—Señora Lancaster —balbuceó, casi tartamudeando—. Acabo de recordar que tengo… una reunión urgente. Sí. Importantísima. No puedo faltar. ¡Fue un gusto! ¡Adiós!

Y antes de que Vivienne pudiera pestañear, Aria ya se había dado la vuelta y echado a correr por el pasillo, con los tacones repicando como metrónomos histéricos sobre el mármol.

Piensa, Aria, piensa. ¿Cómo salgo de aquí sin que me vea?

Dobló una esquina… y casi se estrella contra un hombre mayor sentado plácidamente en un sillón, leyendo el periódico como si el

mundo no estuviera a punto de explotar.

Aria se detuvo en seco, conteniendo el aliento.

Thaddeus Lancaster.
El abuelo. El artífice de este enredo.
Y, a diferencia de Vivienne… **él sí la reconoció al instante.**

—¡Aria, querida! —exclamó con una sonrisa que podría haber iluminado el vestíbulo—. ¡Qué agradable sorpresa!

—¡Hola, abuelo Lancaster! —musitó ella, entre risas nerviosas.

Thaddeus cerró el periódico, claramente divertido.

—¿Huyendo de mi nieto?

Aria fingió una carcajada.

—¿Yo? ¿Huir? ¡Qué va! Solo estaba… admirando este exquisito pasillo. Muy bien decorado, por cierto.

Thaddeus arqueó una ceja, disfrutando cada segundo.

—Ajá.

Aria se inclinó hacia él y susurró con desesperación:

—Abuelo, por favor. ¡Tengo que irme antes de que Derek me vea! Él no sabe quién soy… cree que soy otra persona.

Thaddeus la observó unos segundos… y luego sonrió como un diablillo satisfecho.

—Ah, esto se pone interesante.

—¡Abuelo!

Él se levantó con una lentitud dramática.

—Está bien, está bien. No arruinaré la diversión.

Aria suspiró aliviada… hasta que él añadió:

—Pero me debes un almuerzo por esto. Uno caro.

—¡Estoy escapando! —protestó ella.

Thaddeus le dio una palmadita en la cabeza.

—Corre, corre. Yo distraigo al ogro.

Y Aria volvió a correr.

La gran entrada ya estaba a la vista. Solo unos pasos más y estaría a salvo.
Pero entonces…

Las puertas se abrieron.

Y Derek Lancaster entró.

Aria se congeló.

El tiempo pareció detenerse. Él estaba ahí, de pie, imponente como una tormenta de traje y corbata. Si la miraba, la reconocería.

Así que hizo lo único lógico.

Se giró y caminó en dirección contraria. Rápido. Como si fuera parte del personal.

—¿Señorita? —la llamó un mayordomo—. ¿Busca a alguien?

—¡No! Solo… cardio matutino. Ya sabe. El corazón. La salud.

El mayordomo la observó con la confusión de quien presencia una escena surrealista.
Pero ella ya se alejaba a toda velocidad.

Aria logró salir por la entrada trasera, se lanzó dentro del auto que la esperaba y gritó al conductor:

—¡Arranca! ¡Ya!

Cuando por fin la mansión quedó atrás, se dejó caer contra el asiento como si hubiera corrido una maratón.

Había escapado.
Por ahora.

Mientras tanto...

Derek entró en el salón, el ceño fruncido.

—¿Dónde está Aria?

Vivienne dio un sorbo a su té, disfrutando más de lo que admitía.

—Estuvo aquí. Se fue deprisa. Muy ansiosa por terminar con todo.

Derek frunció aún más el ceño.

—¿Accedió al divorcio?

—Eso fue lo que dijo.

Derek asintió, satisfecho.

—Perfecto.

Desde su sillón, Thaddeus Lancaster los observaba a ambos, reprimiendo una carcajada.

Ay, mi querido Derek...
Si supieras la tormenta que acabas de dejar pasar frente a tus narices.
Aria estaba a punto de volverte la vida un infierno encantador.
Y él, como buen abuelo… pensaba disfrutar hasta el último segundo del espectáculo.

Capítulo 4
“Enemiga íntima”

Derek Lancaster llegó a la conferencia de alto riesgo como quien entra a una sala de guerra: con la mirada impenetrable, el porte impecable de quien jamás admite una derrota, y esa energía arrolladora que hacía temblar a ejecutivos, inversionistas y hasta a los meseros que se cruzaban en su camino.

Era solo otro campo de batalla corporativo.
Y él, el comandante supremo.

Negocios, poder, control.
Lo suyo de siempre.

Hasta que la vio.

La mujer de aquella noche.

La que había intentado enterrar bajo una pila de billetes y un silencio incómodo.

Y ahora estaba de vuelta.
No como una sombra de su pasado.
Sino como una amenaza exquisitamente vestida.

Lucía un traje blanco entallado, de líneas limpias y hombros estructurados, que la hacía ver como una ejecutiva sacada de una portada de Forbes. Su cabello recogido en un moño severo, su boca perfectamente delineada en rojo carmesí. No necesitaba levantar la voz para llamar la atención. Su sola presencia exigía respeto.

Y, por lo que parecía, venganza.

Derek se quedó congelado, como si acabara de ver a un fantasma. Uno muy sensual. Y muy vivo.

Ella estaba sentada al otro lado del salón, cruzada de piernas, con una carpeta de documentos sobre la mesa y una copa de agua entre

las manos. Cuando giró lentamente hacia él, no hubo sorpresa en sus ojos.

Solo una sonrisa.

Una sonrisa afilada, deliciosa, letal.

—Señor Lancaster —dijo, con una voz baja, aterciopelada, más peligrosa que cualquier amenaza directa—. Qué gusto verlo por aquí.

Derek sintió cómo una corriente eléctrica le recorría la columna. Su mente, que solía procesar números y estrategias en tiempo récord, tardó unos segundos de más en reaccionar.

—No recuerdo haberte invitado —espetó al fin, con la mandíbula tensa y el tono helado.

Ella soltó una pequeña carcajada, como si su incomodidad le resultara... encantadora.

—Es que no necesito una invitación —dijo, levantándose con una elegancia precisa—. Mary Velmont. CEO de Velmont Dynamics.

Le tendió la mano, con la seguridad de quien sabe exactamente lo que está haciendo.

Derek bajó la mirada hacia ella.
Así que tenía nombre.
Y empresa.
Interesante.

Pero en lugar de aceptar el saludo, se acomodó en su asiento, cruzando los brazos con una sonrisa ladeada.

—¿Y a qué se dedica exactamente tu… pequeña compañía?

—Soluciones tecnológicas de alto impacto para mercados emergentes y alianzas estratégicas internacionales —respondió sin parpadear—. ¿Quieres que te lo diga en lenguaje más simple o lo captaste?

Derek entrecerró los ojos.
Tenía agallas, tenía estilo... y tenía algo más. Algo que lo irritaba y lo intrigaba al mismo tiempo.

—Qué adorable —replicó con una mueca cínica—. Déjame adivinar: ¿vienes a buscar un contrato o solo querías volver a verme?

Mary soltó una carcajada seca, elegante, sin pizca de duda.

—Ay, Derek... —murmuró, cruzándose de brazos—. De verdad crees que todas las mujeres están aquí por ti, ¿no?

—Dime que me equivoco.

—Te equivocas —replicó, inclinándose apenas hacia él, como una gata observando a su presa—. No estoy aquí por ti. Estoy aquí para ganarte.

Silencio.

Una afirmación tan clara que no necesitaba réplica.
Un duelo sin armas, sin gritos.
Pero igual de letal.

Derek sintió cómo su interior se tensaba. Era raro que alguien lo desafiara con tanta convicción. Raro… y peligrosamente estimulante.

—¿Y cómo planeas hacerlo? —preguntó, la voz baja, casi un gruñido.

Los ojos de Mary brillaron como cuchillas bien afiladas.

—Hoy se decide quién obtiene la licitación con el fondo árabe. El que gane, se lleva el contrato millonario y los derechos exclusivos del proyecto. Tú ya has ganado suficientes, ¿no crees?

—¿Eso es una apuesta?

—Solo si tienes miedo.

Un murmullo sutil recorrió la sala. Nadie lo decía en voz alta, pero todos escuchaban.

Mary acababa de desafiar al rey.
Y lo hacía con una sonrisa.

Derek no respondió.
Pero en sus ojos… algo ardía.

Por primera vez en mucho tiempo, no solo se sintió amenazado.
Se sintió vivo.

Horas después…

La competencia fue despiadada.

Derek había llegado con su habitual despliegue de poder: un ejército de analistas, un portafolio blindado, cifras que hablaban por sí solas.

Pero Mary no vino a competir.
Vino a ganar.

Su presentación fue una obra de arte en movimiento: clara, ambiciosa, precisa. Cada gráfico golpeaba con elegancia, cada argumento sonaba como una verdad inevitable.
Donde Derek imponía respeto, Mary provocaba admiración.

Cuando terminó, la sala estaba hipnotizada.

Y al llegar el momento del veredicto, la voz del jurado fue firme:

—La licitación es para Velmont Dynamics.

Hubo un instante de silencio total.
Y luego, los aplausos.

Mary se levantó con una calma que rozaba lo teatral, aceptó el contrato con una media sonrisa, y asintió hacia el jurado con una reverencia sutil.

Derek no se movió.
No respiró.
No parpadeó.

Había perdido.
Él.
Derek maldito Lancaster.

Y no contra un rival con décadas de experiencia.
Sino contra una mujer a la que había intentado borrar con dinero.
Una mujer que resultó ser mucho más que una noche.

Ella no solo lo había vencido.
Lo había humillado con gracia.

Y eso… eso era imperdonable.
Y fascinante.

Después de la tormenta…

La sala quedó vacía poco a poco.
Y él fue a buscarla.

Mary lo esperaba apoyada contra una columna, copa en mano, como si lo hubiera sabido todo el tiempo.

—Pareces sorprendido —dijo sin volverse.

—¿No pensaste que me ganarías?

Ella giró el rostro hacia él con una sonrisa perezosa, como si se divirtiera más de lo que debería.

—Pensé que te dolería más.

Derek se acercó, los ojos encendidos.

—Estás llena de sorpresas, Mary.

—Ay, Derek… —susurró, con ese tono burlón que tanto lo desquiciaba—. No tienes ni idea.

Él la miró, cada parte de su cuerpo en alerta.

—¿Quién eres en realidad?

Mary se acercó, lenta. Muy lenta. Lo bastante para que él pudiera oler su perfume: vainilla, especias, y peligro.

—Esa no es la pregunta correcta —murmuró, clavándole los ojos—. La verdadera pregunta es: ¿estás listo para averiguarlo?

Y sin esperar respuesta, se dio la vuelta, moviéndose como si ya hubiese ganado una segunda vez.

Dejando a Derek Lancaster solo, derrotado, obsesionado…
Y sin saber que la mujer que acababa de aplastarlo con una sonrisa diplomática…

Ya era su esposa.

Capítulo 5
"El Poder del No"

Derek Lancaster no estaba acostumbrado a perder.

Y mucho menos a hacerlo con testigos.

Con los flashes de las cámaras aún grabados en sus retinas y el nombre de Mary Velmont repicando como un tambor de guerra en su cabeza, se encerró en su oficina en la cima de la Torre Lancaster, ese imperio de acero, cristal y ego donde solía sentirse intocable.

Pero esta vez, el rey no había salido del campo de batalla con la corona en alto.

Había salido herido. Fascinado. Obsesionado.

Se dejó caer en su sillón de cuero italiano con un suspiro contenido, mirando la ciudad desde los ventanales como si el concreto y las luces pudieran ofrecerle respuestas. Pero en su mente no había rascacielos ni cifras. Solo una imagen.

Mary.

Impecable en blanco. Inquebrantable. Inmune a su poder.
Una reina que había arrasado su tablero sin siquiera despeinarse.

—Leo Marchand —gruñó.

Su asistente apareció al instante, como si lo hubiera invocado con la mente.
—¿Sí, señor?

Derek no despegó la vista del horizonte.
—Quiero todo sobre Mary Velmont. Historia profesional, vínculos, familia, hasta la marca de café que toma en las mañanas.

Leo Marchand arqueó una ceja.
—¿Motivo?

Derek esbozó una sonrisa lenta, de esas que solía mostrar antes de devorar a sus competidores vivos.
—Curiosidad profesional. Y personal.

Ella suspiró, resignada.
—Entendido. Haré lo que pueda. Aunque, si me permite... tiene toda la pinta de ser un error caro.

Derek giró la silla hacia ella, ladeando la cabeza con diversión.
—Me gustan los errores caros. Son los únicos que valen la pena.

Cuando Leo Marchand salió, Derek se recostó y entrecerró los ojos.

Mary Velmont había ganado una guerra.
Pero él pensaba ganar la guerra detrás de la guerra.

Al otro lado de la ciudad, en las oficinas de Velmont Dynamics, Mary caminaba como si flotara sobre mármol. Sus tacones resonaban con el ritmo exacto de una mujer que sabía que el mundo la estaba mirando... y no le molestaba.

Iba envuelta en un traje crema que abrazaba su silueta con elegancia y firmeza. Nada de distracciones. Todo estrategia.

La Victoria contra Lancaster no había sido solo un contrato.

Había sido una declaración de independencia.

Y la declaración tenía destinatario con nombre, apellido y ego de proporciones mitológicas.

Estaba a punto de entrar a su oficina cuando una voz masculina —con ese acento que parecía demasiado consciente de su propio encanto— la detuvo en seco.

—Señorita Velmont.

Mary giró sobre sus talones con lentitud felina.
Y allí estaba él.

Derek.
El hombre que todos temían.

El que ella había puesto de rodillas con una sonrisa y una propuesta mejor redactada.

Apoyado contra una columna de mármol negro, con las manos en los bolsillos y esa arrogancia cuidadosamente curada, parecía sacado de una portada de Forbes… o de una novela que terminaba mal para la protagonista.

—Señor Lancaster —dijo Mary, manteniendo la compostura, aunque una parte de ella se estremeció. De gusto o de alerta, aún no lo decidía—. Qué... inesperado.

—Oh, andaba por aquí —dijo él con esa sonrisa torcida que usaba cuando quería parecer inofensivo. Fracasaba miserablemente.

—Claro —replicó ella—. Y yo soy la Virgen María.

Él rió, acercándose un paso.
—Eres difícil de encontrar.

—¿Y por qué intentabas encontrarme?

—Llamaste mi atención —dijo sin rodeos, como quien lanza una granada en medio del silencio.

Mary parpadeó, fingiendo sorpresa exagerada.
—Qué honor tan exclusivo. ¿Debo hacer una reverencia?

—No, pero puedes aceptar una invitación.

—¿Una invitación?

—Cena.

Mary alzó una ceja, divertida.
—¿Reunión de negocios o cita?

Derek sostuvo su mirada como si tratara de descifrar un código en sus pupilas.
—Depende. ¿Aceptarías una cita?

Ella se rió, seca y elegante.
—Déjame adivinar. ¿Sueles invitar a todas las mujeres que te

derrotan?

—Nunca he tenido el placer —respondió, sin perder ni una pizca de compostura—. Eres la primera.

Mary fingió estar conmovida, llevándose una mano al pecho.
—Qué halago. Lastima que tengo una regla muy estricta.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

Ella dio un paso hacia él, lo bastante cerca como para que el aire se tensara entre ambos. Apoyó una mano en su pecho, con delicadeza milimétrica.

—No salgo con hombres que puedo aplastar en una licitación —susurró, con una sonrisa que podría prender fuego a una ciudad entera.

Derek no se movió. No pestañeó. Solo tragó saliva con disimulo.

Mary le dio una suave palmada en la solapa del traje, como si lo estuviera premiando por intentarlo.
—Buen intento, sin embargo.

Y con la elegancia de una reina que no necesita mirar atrás, se giró y entró en su oficina sin darle otra palabra.

Derek se quedó allí, solo, entre mármol y silencio.
No humillado.

Encendido.

Por primera vez en su vida, había sido rechazado.
Y le gustaba.

Le gustaba **demasiado**.

Capítulo 6

Mary Velmont nunca había sido de las que se intimidaban fácilmente, pero al entrar en la sala de conferencias de Lancaster Holdings, una pequeña alarma se encendió en su interior. Allí, justo en el centro, estaba él: Derek Lancaster. Alto, impecable, dueño absoluto del espacio y de la mirada de todos los presentes. Su presencia era un recordatorio vivo de que estaba entrando en territorio enemigo.

Habían sido convocados para trabajar juntos en un ambicioso proyecto inmobiliario, algo que los obligaría a colaborar durante meses. Mary inspiró profundo, consciente de que no bastaría solo con talento; tendría que estar lista para enfrentarse a un hombre acostumbrado a ganar sin importar el costo.

Desde el primer momento, la tensión entre ellos fue palpable.

Derek ocupaba el puesto central, como un rey en su trono. Su sonrisa era una mezcla perfecta de seguridad y reto, como si estuviera diciendo sin palabras que su empresa era la mejor, y que la de ella solo estaba ahí porque necesitaba su apoyo.

Pero Mary no estaba dispuesta a ceder ni un centímetro.

—¿En serio crees que Lancaster Holdings es imbatible? —su voz cortó el ambiente como un bisturí.

Derek levantó una ceja, divertido.

—Es un hecho —respondió con la confianza de quien no teme ser contradicho.

Ella se recargó en la mesa, manteniendo la mirada fija.

—Entonces, ¿por qué me necesitan a mí para este proyecto?

El silencio se apoderó de la sala. Algunos ejecutivos cruzaron miradas incómodas, y Leo Marchand, la secretaria de Derek, apenas pudo contener una sonrisa.

Derek se acomodó en su asiento, su sonrisa se hizo más amplia, desafiante.

—Digamos que reconozco el talento cuando lo veo.

Mary sonrió, dulce pero cargada de ironía.

—Qué amable de tu parte admitir que soy la mejor.

—Eso está por verse —respondió él, con una sonrisa que prometía batalla.

La verdadera competencia comenzó cuando tuvieron que presentar sus propuestas para el desarrollo.

Los planes no podían ser más distintos.

Mary apostaba por innovación, audacia, romper moldes.

Derek, por estrategia, pragmatismo y cautela.

—Este diseño es demasiado arriesgado —señaló él, con tono crítico —. No es realista.

Ella lo miró con una mezcla de diversión y desafío.

—Y tú, ¿cuándo fue la última vez que tomaste un riesgo real?

Por un instante, la máscara de seguridad de Derek pareció resquebrajarse, dejando entrever un destello de vulnerabilidad. Pero pronto volvió a su sonrisa acostumbrada.

—Arriesgo cada vez que trabajo contigo —dijo, con un tono casi confidencial.

Mary puso los ojos en blanco.

—No te creo.

Más tarde, en la oficina de Derek, la atmósfera cambió.

La luz suave iluminaba los planos extendidos sobre la mesa, mientras ambos discutían detalles y defendían sus ideas con pasión.

Mary hablaba rápido, segura, señalando cada aspecto innovador de su proyecto. Derek la escuchaba, fascinado sin querer admitirlo.

—Sigo pensando que mi enfoque es más lógico —insistió ella, sin perder la confianza.

—Eres una pesadilla —musitó él, rascándose la cabeza.

Ella sonrió, orgullosa.

—Lo sé.

Por un momento, la distancia entre ellos se acortó.

Sus miradas se cruzaron con intensidad.

El aire se cargó de una electricidad silenciosa.

Derek miró sus labios, y su corazón dio un vuelco.

Pero justo entonces…

Un golpe en la puerta rompió la tensión.

Leo Marchand apareció, con una ceja levantada.

—¿Disculpen la interrupción?

Mary carraspeó.

—No, sigue adelante.

Derek ajustó su corbata con tranquilidad.

—No interrumpes nada.

Leo Marchand no parecía muy convencido.

—La junta quiere un informe actualizado para mañana.

Mary asintió, recuperando la compostura.

—Estaremos listos.

Derek lanzó una última sonrisa segura.

—Siempre lo estamos.

Conforme avanzaba la noche, su rivalidad se intensificaba.

Pero debajo de las palabras afiladas y las provocaciones, había algo más.

Una chispa que ninguno se atrevía a nombrar en voz alta.

Porque para Derek Lancaster, perder no era una opción.

Y con Mary Velmont, ese juego recién comenzaba.

Capítulo 7

Mary entró en el ascensor justo cuando las puertas estaban a punto de cerrarse.

Llegaba tarde.
Gracias al tráfico, a una lluvia inesperada y a una taza de café que decidió volcarse sobre su blusa favorita.

Perfecto.
Su suerte, como siempre.

Suspiró y presionó el botón del piso superior.

Entonces, justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse…

Una mano se metió a tiempo y las detuvo.

Por supuesto.

Derek Lancaster.

Entró como si fuera el dueño del universo.
Se ajustó la chaqueta del traje con su habitual aire de arrogancia medida.

—¡Vaya! ¿No hay ascensor privado hoy? —preguntó Mary, cruzándose de brazos.

Derek sonrió con esa suficiencia que merecía una demanda.
—Me gusta mantener las cosas... interesantes.

Mary puso los ojos en blanco.
—Seguro que sí.

Las puertas se cerraron.
El ascensor zumbaba mientras subía.

Silencio.

Hasta que—

El ascensor se detuvo con un sacudón.

Mary perdió el equilibrio y apoyó una mano en la pared.
Derek hizo lo mismo, frunciendo el ceño.

—¿Qué demonios?

Mary apretó el botón de emergencia. Nada.

Entonces, una voz robótica sonó por los altavoces:

Atención. El ascensor presenta fallos técnicos. Por favor, mantenga la calma.

Mary soltó un gemido.
Genial.
Atrapada.
Con *él*.

Su día no podía empeorar.

Hasta que su estómago rugió.

Mary se quedó quieta como una estatua.

Derek giró la cabeza lentamente.
—¿Tienes hambre?

—Algo así —respondió ella con una sonrisa tensa.

Derek suspiró, aflojándose la corbata.
—Genial. Atrapado en un ascensor contigo. Mi día mejora por segundos.

Mary resopló.
—Como si esto fuera mi idea de diversión.

Silencio otra vez.

Hasta que una presión familiar le retorció el abdomen.

No. No. No.

Mary miró al techo, rezando para que su cuerpo cooperara por una vez en la vida.

Pero los dioses, evidentemente, tenían sentido del humor.

Porque justo en ese momento—

Se le escapó un pedo.
Pequeño.
Discreto.
Pero no lo *suficiente*.

Derek giró la cabeza.

El alma de Mary abandonó su cuerpo.

Tosió de inmediato, fingiendo total inocencia.

Derek la miró fijamente.
Ella se negó a devolverle la mirada.

El aire ya era espeso.
Ahora era irrespirable.

Los labios de Derek se crisparon.

Oh, no.
No.

Conocía esa expresión.
Iba a decir algo.

Derek se aclaró la garganta.

Mary apretó los ojos. *Por favor, déjalo pasar.*

Pero no.
Claro que no.

—Mary —empezó, con una sonrisa apenas contenida.

—Cállate.

—No dije nada.

Mary lo fulminó con la mirada.
—Ni se te ocurra pensarlo.

Derek ladeó la cabeza.
—¿Estás bien? Te ves... *tensa*.

—Derek.

—Quiero decir, si necesitabas... desahogarte.

—Te odio.

Derek soltó una carcajada suave.
—No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo.

Mary se cubrió la cara con ambas manos.
Esto era.

Así moría.

No por un accidente de avión.
No de vejez.
Ni siquiera por desamor.

Sino por un maldito pedo frente a Derek Lancaster.

El ascensor siguió atascado diez minutos más.

Para su sorpresa, Derek no la molestó de nuevo.

Se recostó contra la pared, observándola.
—¿De verdad odias perder?

Mary bajó lentamente las manos.
—No lo sé. Tal vez.

Derek asintió, sonriendo con una chispa en los ojos.
—Ya somos dos.

Hubo una pausa.

Luego, con una voz más suave:
—Eres buena en lo que haces, Mary.

Ella parpadeó.
—¿Qué?

Él se encogió de hombros.
—No lo repetiré.

Mary lo miró con atención.

Y por primera vez, vio algo más allá de la arrogancia.
Algo real.
Sincero.

Y por alguna razón, eso le revolvió el estómago.
Esta vez, no de vergüenza.

—Bueno —dijo, recuperando la compostura—, ya lo oí. Demasiado tarde.

Derek soltó una risa.

Y por primera vez desde que se conocieron...

No estaban discutiendo.
No estaban compitiendo.

Solo eran Derek y Mary.

Atrapados en un ascensor.

Y de alguna forma…
No se sentía tan mal.

Cuando finalmente el ascensor volvió a funcionar, Mary fue la primera en salir.

Derek la siguió, aún con esa sonrisa irritante.

Mientras ella se alejaba rumbo a la sala de conferencias, lo escuchó gritar:

—¡Hey, Mary!

Ella se detuvo y se giró con recelo.
—¿Qué?

Derek le guiñó un ojo.
—El mejor viaje en ascensor de mi vida.

Mary gimió y siguió caminando.

Pero por más que intentara ignorarlo…

No pudo evitar notar cómo su corazón se aceleraba.

Porque entre bromas, tensión y bochornos…

Algo entre ellos había cambiado.

Y ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer al respecto.

Capítulo 8

Los dedos de Mary tamborileaban con impaciencia contra la puerta del coche, su mirada fija en el diluvio que caía afuera. El cielo se había cerrado como una tapa de acero, y su elegante sedán negro estaba ahora atascado en medio de una carretera solitaria, rodeado por un paisaje desierto y empapado.

—Esto es una broma —masculló Derek, aflojándose la corbata mientras se inclinaba sobre el capó abierto—. Leo dijo que el coche estaba en perfecto estado. ¿Cómo diablos se arruinó?

Desde el asiento del copiloto, Mary se acomodó con una sonrisita burlona.

—Tal vez el motor colapsó por exceso de arrogancia. El pobre no soportó tu presencia.

Derek le lanzó una mirada helada.

—No estás ayudando.

—Lo intento con todas mis fuerzas —replicó con falsa dulzura—. Pero si me hubieras dejado ir en mi propio coche, no estaríamos compartiendo esta escena de película de terror de bajo presupuesto.

Él se pasó una mano por el cabello, claramente al borde de perder la paciencia. Todo esto iba en contra del itinerario perfectamente planeado. Y sin señal, sin ayuda... y con esa tormenta.

Un relámpago cruzó el cielo como una cicatriz brillante. El trueno que siguió hizo vibrar los cristales. Mary se tensó, pero lo ocultó con una tos poco convincente.

Derek, distraído con su teléfono inútil, no se dio cuenta.

—Nada. Ni una barra —refunfuñó—. Tenemos que buscar algún sitio donde esperar a que esto pase.

Mary arqueó una ceja, sarcástica.

—Claro. A menos que conjures un helicóptero, no veo muchos refugios por aquí.

Y entonces lo vieron. A la distancia, entre la niebla y la lluvia: un cartel parpadeante de neón que decía **THE FOXGLOVE INN**.

Mary entrecerró los ojos.

—No. Definitivamente no.

Derek sonrió, ese tipo de sonrisa que decía "voy a tomar una pésima decisión y tú vendrás conmigo".

—A menos que prefieras dormir aquí, princesa...

La posada era... espeluznante.

Una mezcla de olor a humedad, naftalina y abandono. El papel tapiz colgaba en tiras, la recepcionista parecía salida de una novela gótica y, por supuesto, solo quedaba **una habitación disponible**.

—¿Solo una? —repitió Mary con sospecha, mirando a Derek como si lo culpase de alguna conspiración.

—Con esta tormenta nadie más se atreve a llegar hasta aquí —dijo la recepcionista sin levantar la vista—. Lo toman o lo dejan.

—Lo dejamos —dijo Mary de inmediato.

—Lo tomamos —dijo Derek, al mismo tiempo, recogiendo la llave.

Mary gimió en voz baja.

La habitación era tan deprimente como el vestíbulo. Una cama de matrimonio minúscula, una lámpara parpadeante, y un baño que parecía sacado de una escena del crimen.

Derek arrojó su chaqueta sobre una silla que protestó con un chirrido.

—Yo duermo en el suelo.

Mary levantó una ceja.

—¿Tú? ¿En el suelo? ¿Dónde quedaron tus estándares de cinco estrellas?

—Dormir contigo no está en mis planes —respondió, aflojándose la camisa—. No vales el riesgo.

—¿Riesgo de qué, exactamente?

Derek sonrió, confiado.

—De que te enamores de mí, claramente.

Mary le arrojó una almohada sin pensarlo.

Esa noche, la lluvia martillaba los cristales con violencia. El viento aullaba entre los árboles y los truenos parecían detonaciones.

Mary no podía dormir.

Cada estruendo la hacía tensarse bajo la manta. No era miedo. Claro que no. Simplemente... hipervigilancia.

Un trueno particularmente feroz hizo que se incorporara de golpe.

¡BOOM!

Y sin pensar, su cuerpo se movió antes que su mente: **saltó directamente a la cama de Derek**.

Él abrió los ojos lentamente, desconcertado.

—¿Mary?

Ella parpadeó, paralizada. Sus brazos estaban envueltos alrededor de su cintura. Su cara... en su pecho.

¡NO. NO. NO!

Retrocedió como si hubiera tocado un cable eléctrico.

—¡No fue lo que parece! ¡Yo... estaba estirándome!

Derek alzó una ceja.

—¿Estirándote sobre mí?

—Es una técnica. Yoga agresivo. No lo entenderías.

—Claro. Abrazos involuntarios en mitad de una tormenta. Todo muy zen.

—¡Cállate, Lancaster!

Otro trueno. Mary se encogió de nuevo.

Derek suspiró, se apartó en la cama y palmeó el colchón.

—Anda, ven aquí.

—¿Qué?

—No vas a dormir así. Solo siéntate. Prometo no morder... mucho.

Mary dudó.

Otro trueno.

Se sentó a su lado con un gruñido derrotado.

Durante un rato, no dijeron nada.

—¿Mejor? —preguntó él, en voz baja.

—No me hagas arrepentirme —murmuró ella.

Él sonrió sin responder. Y por primera vez en toda la noche, Mary empezó a relajarse.

A la mañana siguiente...

Mary despertó sintiéndose extrañamente cómoda. Demasiado.

Abrió los ojos... y deseó no haberlo hecho.

Estaba completamente abrazada a Derek.

Cabeza en su hombro. Pierna sobre la suya. Brazo rodeándolo con naturalidad.

Su alma abandonó su cuerpo.

Intentó moverse sin despertarlo, pero entonces escuchó su voz ronca:

—¿Ya te vas, princesa?

Mary chilló. Saltó tan rápido que casi se cae de la cama.

—¡Yo no...! ¡No fue...!

Derek se estiró como si estuviera en su propio apartamento.

—¿Otro estiramiento mañanero, tal vez?

Mary le estampó otra almohada en la cara.

Derek solo rió.

Mary lo odiaba.

(**O tal vez... no tanto como antes.**)

Capítulo 9

La mañana de Mary comenzó, oficialmente, como una completa pesadilla.

Primero, despertó abrazada a Derek Lancaster.
(Asqueroso. Inaceptable. **Humillante**).
Luego, su coche decidió morir en medio de la nada, obligándolos a subirse a un taxi conducido por un hombre que claramente no dormía desde la década de los noventa.

¿Y ahora?
Corrían por el vestíbulo del edificio empresarial más importante de la ciudad, empapados, tarde, y con los nervios de punta.

—¡Muévete más rápido, Lancaster! —masculló Mary, con el maquillaje apenas intacto y los tacones golpeando el suelo como tambores de guerra.

—Quizá si **alguien** no hubiera pasado veinte minutos peleándose con su secador... —gruñó Derek, fulminándola con la mirada.

Disculpa, pensé Mary. ¡Me desperté en una cama contigo! Necesitaba... terapia. O al menos, un corrector de ojeras milagroso.

Derek le dedicó una sonrisa arrogante sin dejar de correr.

—Despreciarme, ¿eh? No decías eso esta mañana, cariño.

Mary se sonrojó, a punto de lanzarse sobre él (para matarlo, por supuesto), pero fueron interceptados por sus asistentes, Leo Marchand y Olivia, que los esperaban en la entrada del piso ejecutivo con cara de "esto es el apocalipsis".

—¡Por fin! —exclamó Olivia, lanzando una bolsa de ropa a los brazos de Mary—. ¡Cámbiate! Ya.

Leo Marchand hizo lo mismo con Derek.
—¡A vestirse! ¡Tienen una sala llena de tiburones esperándolos!

Mary no necesitaba más explicaciones. Agarró el atuendo y corrió al baño.

Cuando salió, se sorprendió.

El vestido negro que Olivia le había preparado era impecable: sobrio, elegante, con ese aire de **directora ejecutiva que no viene a jugar**. Los tacones, afilados como cuchillas.

Y justo a tiempo, Derek apareció.

Llevaba un traje oscuro, perfectamente entallado. El cabello peinado hacia atrás con una precisión que casi daba miedo.

Por un segundo —un solo y estúpido segundo— Mary lo miró y pensó: *Parecemos una pareja poderosa.*

Derek la atrapó con la mirada.

—¿Te gusta lo que ves, Mary?

Ella lo fulminó con una carcajada seca.

—Solo estaba calculando cuánto gel usaste. ¿Una botella entera?

—¿Podemos irnos ya, princesa?

—Si puedes seguirme el paso, tortuga.

Y con eso, entraron a la sala de juntas.

Todos los ejecutivos giraron la cabeza al verlos. La sala se llenó de susurros silenciosos.

Mary ignoró las miradas. Se sentó con la espalda recta, como si llevara el control absoluto (aunque su corazón todavía latía como si hubiera corrido una maratón).

Y entonces, algo extraño ocurrió.

Derek y Mary... **funcionaron**.

Él presentó una estrategia de expansión: clara, directa.

Ella la reforzó con estadísticas impecables.

Mary propuso un rediseño del marketing: fresco, audaz.

Derek asintió sin discutir. (¡Sin discutir!).

Un inversor cuestionó la solidez de Lancaster Enterprises. Mary intervino con frialdad quirúrgica:

—Tiene una de las carteras más fuertes del sector. Quizá deba actualizar su información antes de hacer suposiciones vacías.

El silencio fue inmediato.

El inversor se encogió en su asiento.

Leo Marchand y Olivia intercambiaron una mirada de horror y murmullo.

—¿Están de acuerdo?

—¿Los reemplazaron? ¿Son clones?

Pero Derek no escuchaba.

Estaba mirando a Mary. No con arrogancia ni fastidio.
La estaba **observando**.

Su seguridad. Su inteligencia. La forma en que se apoderaba de la sala como si fuera el escenario de su propia obra.

Y por primera vez... Derek se olvidó de algo muy, muy importante.

Él seguía casado.

Más tarde esa noche, Mary no estaba borracha. No del todo.

Solo un poco mareada. Caliente por el vino, pero con la mente aún lo bastante clara como para saber que quería irse **sola** a casa.

Estaba a punto de entrar a su edificio cuando ocurrió.

Una mano se cerró alrededor de su muñeca.

Ella se giró, con el corazón en la garganta.

Víctor.

El mismo inversor desagradable que había intentado humillar a Derek en la junta.

—¿Vas sola, preciosa? —preguntó con una sonrisa que helaba la sangre—. ¿Qué tal si te llevo a un lugar más... íntimo?

Mary intentó zafarse.
—No me interesa.

Él rió, como si le divirtiera.

—No seas así. Me encantan las mujeres que saben lo que quieren.

Ella lo miró con asco.

—Suéltame.

Pero Víctor apretó más.

—No te hagas la inocente. Tú y tu "actito" en la junta... Apuesto a que también sabes cómo portarte mal fuera de ella.

Mary se tensó.

¡Piensa, Mary!

Y entonces lo vio.
A unos metros, de pie junto a un coche, revisando su teléfono.

Derek.

Sin dudar, corrió hacia él.

—¡AFICIÓN! —gritó, con voz entrecortada.

Derek levantó la cabeza justo a tiempo para ver a Mary **arrojarse a sus brazos**.

Ella lo abrazó con fuerza, pegando su rostro a su pecho.

Él se quedó rígido.

—¿Mary?

—¡Maridito! Te extrañé tanto...

Derek parpadeó, confundido.

¿Afición?

Antes de que pudiera decir algo, Mary le susurró:

—Ayúdame.

Ese tono... esa súplica apenas audible.

Y algo cambió en él.

Derek giró lentamente la cabeza hacia Víctor.

Su mirada se volvió de acero.

Víctor dio un paso atrás.

—S-Señor Lancaster... no sabía que ella estaba con usted...

Derek no respondió.

En su lugar, hizo algo que nadie esperaba:

La levantó.

De un solo movimiento, la cargó en brazos, como si no pesara más que una pluma.

Mary soltó un pequeño grito.

—¡Oye!

—Aléjate de mi esposa —dijo Derek, con una voz tan gélida que congelaría el infierno.

Víctor se puso blanco como el papel.

—S-sí, señor...

Derek ni lo miró. Se dio la vuelta, cargando a Mary como si fuera su legítima esposa recién rescatada.

Ella se aferró a él, aún con la adrenalina latiendo fuerte, aún confundida por lo que acababa de pasar.

Y por una vez, no discutió.

Porque por primera vez, **se sintió completamente a salvo**.

Capítulo 10

Mary estaba demasiado aturdida para discutir mientras Derek la llevaba hacia su auto.

—Bájame —dijo finalmente.

Derek la ignoró.

—Yo dije…

—Cállate, Mary —murmuró mientras abría la puerta del coche—. Sube.

Demasiado cansada para discutir, Mary se deslizó en el asiento del pasajero.

Derek condujo en silencio.

Mary parpadeó cuando notó hacia dónde se dirigían.

—Espera… —murmuró—. Este no es mi apartamento.

Derek no respondió.

Su corazón se detuvo.

No. No podía ser.

¿La estaba llevando… ahí?

El coche se detuvo frente a una casa grande y muy familiar.

Su antiguo domicilio conyugal.

Mary se quedó inmóvil.

Aquella casa había sido suya durante tres años. El lugar donde vivió sola, esperando a un marido que nunca regresó.

Y cuando se enteró de que Derek volvía… ella se fue.

Y ahora estaba de regreso.

—

Derek la guió adentro, arrojando su chaqueta de traje sobre el sofá.

—Siéntate —ordenó.

Mary resopló.

—No soy un perro, Lancaster.

—Estás borracha.

—Estoy un poco borracha.

Derek la ignoró y le entregó un vaso de agua.

Mary lo tomó, pero no bebió de inmediato.

En lugar de eso, lo observó detenidamente.

Bebió un sorbo y murmuró:

—Debería haberme ido a mi casa.

Derek se cruzó de brazos.

—¿Entonces por qué no lo hiciste?

Ella frunció el ceño.

—Porque me secuestraste, obviamente.

Sonrió con suficiencia, pero no replicó. Se apoyó contra la pared, estudiándola.

—¿De verdad tenías que llamarme *maridito*?

Mary se puso roja.

—¡Fue lo primero que se me ocurrió!

Antes de que Derek pudiera responder, un golpe en la puerta los interrumpió.

—Señor, soy yo —gritó Leo Marchand desde afuera.

Derek frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Conseguí el número del arquitecto con el que quería hablar. Pensé que lo querría ahora.

Derek miró a Mary antes de dirigirse a la puerta. La entreabrió, bloqueando la vista hacia el interior.

Leo Marchand le entregó una tarjetita con el número.

—Por cierto —dijo, estirando el cuello—, juraría que vi a una mujer en su casa. Raro, ¿no?

Derek no respondió. Le cerró la puerta en la cara.

—

Se alejó de Mary y marcó el número. Sonó dos veces antes de que alguien contestara.

Y entonces—

—¿Hola?

Una voz de mujer.

Una voz borracha. Y sollozante.

—¿Quién es?

Derek frunció el ceño.

—¿Eres el arquitecto?

—¿Arquitecto? —preguntó la mujer, entre hipidos—. Se ha equivocado de número. A menos que… espere. ¿Será usted otro problema con el que tengo que lidiar?

Derek frunció aún más el ceño.

—¿Disculpa?

—¿Sabe lo DIFÍCIL que es mi vida? —chilló la mujer entre sollozos —. ¡Me dejé la piel para convertirme en una arquitecta de talla mundial, y nadie me respeta! ¡NADIE! ¿Sabe lo frustrante que es que me subestimen todo el tiempo?

La expresión de Derek cambió levemente.

—Eso… suena duro.

—¡EXACTO! Y encima me vi envuelta en un viaje de negocios con un director ejecutivo arrogante, insufrible y ridículamente guapo que se cree mejor que yo…

Los ojos de Derek se entrecerraron.

Un momento.

Esa voz...

Esa queja…

Su mirada se deslizó hacia Mary, que seguía sentada en el sofá.

Con el teléfono pegado a la oreja.

El mismo número que él acababa de marcar.

La comprensión le llegó de golpe.

—Tú —dijo en voz baja.

Mary se quedó congelada.

Derek bajó lentamente el teléfono.

—¿Eres el arquitecto?

Mary tragó saliva.

—Eh... ¿eh?

Un largo silencio.

Y luego…

Derek echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Mary lo miró boquiabierta.

—¿Por qué te ríes?

Negó con la cabeza, sonriendo.

—De todas las personas que pensé que podrían ser arquitectas de talla mundial, tú no estabas en la lista.

Mary se cruzó de brazos.

—¡Guau! ¡Qué gran apoyo!

Derek sonrió con suficiencia.

—No, en serio. Me impresionaste, Mary.

Mary parpadeó.

—¿Qué?

Ladeó la cabeza, observándola con renovada intriga.

—No mentías cuando dijiste que te subestimaban. La gente no te toma en serio, ¿cierto?

Mary dudó.

—No. No lo hacen.

Derek asintió, con una chispa de respeto en los ojos. Había asumido que ella era solo otra mujer atraída por su estatus, pero ahora… ahora era otra cosa. Una rival. Brillante. Alguien que valía la pena mirar con atención.

Mary se removió incómoda bajo su mirada.

—¿Por qué me miras así?

La sonrisa de Derek se amplió.

—Por nada.

—Bueno, ya basta.

—No va a pasar —murmuró.

Mary gimió, dejándose caer en el sofá.

—Esto es un desastre.

Derek soltó una risita.

No, pensó.

Esto se está poniendo interesante.

Capítulo 11

Mary jamás imaginó que algún día presentaría una propuesta para renovar una villa a Lancaster Corp, y mucho menos ante el mismísimo Derek Lancaster.
Y sin embargo, allí estaba, de pie en la casa que alguna vez llamó hogar, trazando los planos de un lugar que en otro tiempo soñó rediseñar para sí misma.

Si tan solo él supiera…

Derek la observaba desde el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión imposible de descifrar.

—No te irás hasta que el diseño esté terminado —había sentenciado antes, atrapándola efectivamente en su propia casa.

Mary rodó los ojos, pero obedeció, sin notar que Derek no dejaba de mirarla, atento a cada uno de sus movimientos.

Él había planeado ponerla a prueba. Dudaba que estuviera a la altura de su ambicioso proyecto… aunque no podía apartar la vista de su rostro concentrado. Había algo en su manera de trabajar que lo cautivaba.

Mientras ella garabateaba en su tableta, ajustando detalles del diseño, murmuraba entre dientes.

Derek arqueó una ceja y sonrió con diversión.
—¿Hablando sola?

—No —replicó sin mirarlo—. Le hablo a las paredes. Parecen más comprensivas que tú.

Él soltó una risa breve. Su actitud era un refrescante cambio respecto a las mujeres que solían esforzarse demasiado por impresionarlo. Mary, en cambio, parecía lista para lanzarle un bolígrafo a la cara.

Cuando terminó, le entregó el borrador del diseño y su portafolio, tal como él había solicitado, y se marchó lo más rápido posible, aliviada de alejarse de su presencia.

O al menos eso creía.

La sala de juntas estaba repleta de ejecutivos de alto nivel, incluyendo a Derek, Víctor y Mercedes Quinn: una arquitecta rival que siempre había sido una espina clavada en el costado de Mary.

Ella sujetaba sus documentos con firmeza, repasando mentalmente cada detalle. Todo estaba en orden.

Minutos antes de que comenzara la reunión, corrió al baño, dejando su portátil y su carpeta sobre la mesa de la sala de espera. Al regresar, se sentó rápidamente y revisó sus archivos.

Su corazón se detuvo.

El borrador de su diseño y la propuesta habían desaparecido.
Eliminados.

La sangre se le heló.
¿Quién demonios hizo esto?

No había tiempo para entrar en pánico.

—Señorita Mary —la llamó la secretaria de Derek—. Es su turno.

El estómago se le cayó.
Joder.

No tenía borrador. Ni propuesta. Ni copia de respaldo. Solo las diapositivas que había preparado la noche anterior y no había vuelto a revisar.

—Mary —la voz profunda de Derek la atravesó—. Adelante.

Tragó saliva con fuerza y se obligó a caminar.

Frente a todos, Mary se paró con las piernas rígidas, sin la confianza habitual que la caracterizaba. Derek lo notó al instante.

Está en pánico.

Bajo la mesa, sacó el teléfono y envió un mensaje rápido a Leo Marchand:

[Consigue el borrador y la propuesta. Están en mi oficina. Ahora.]

Mientras tanto, Mary forzó una sonrisa y comenzó a hablar.

No tenía notas, ni guion. Nada.

Pero tenía algo que nadie más podía replicar: su **pasión.**

—Como todos saben, la villa Lancaster tiene un valor histórico y emocional invaluable —comenzó—. Mi propuesta no solo restaura su grandeza, sino que la convierte en algo más: un hogar.

Explicó su visión, sus decisiones arquitectónicas, los materiales elegidos.
Los ejecutivos estaban cautivados.

¿Derek? Fascinado.

Improvisaba, sí, pero con una elocuencia y una claridad asombrosas. A pesar del desastre, estaba logrando impactarlos.

Hasta que...

—Excelente presentación, señorita Mary —dijo uno de los ejecutivos —. Pero, ¿dónde está su borrador de diseño y propuesta? Necesitamos revisar los documentos técnicos.

El color se le fue del rostro.

—Yo… —su voz se quebró, y sus dedos se apretaron en los bordes del portátil—. Desaparecieron.

Un silencio helado cayó sobre la sala.

Mercedes sonrió con una mueca venenosa desde el otro extremo.

—¿Estás diciendo que simplemente *se esfumaron*? Qué conveniente —se burló.

Mary apretó los puños.

—Estaban aquí antes de que saliera —dijo, tensa—. Pero cuando volví… ya no estaban.

Las miradas se cruzaron con escepticismo.

—¿Pretende que creamos que su propuesta desapareció justo antes de la reunión más importante? —espetó Víctor.

¿De verdad esto está pasando?

—¿Cómo podemos saber que esta presentación es siquiera tuya? —añadió otro ejecutivo.

La tensión crecía.

Derek estaba a punto de intervenir cuando **las puertas se abrieron de golpe**.

Leo Marchand entró con una carpeta.

—Disculpen la interrupción —dijo, caminando hasta Derek—. Señor, este es el borrador del diseño y la propuesta que la señorita Mary le entregó previamente.

Derek tomó la carpeta sin dejar de mirar a Mary, hojeó las páginas y se dirigió al grupo:

—Ella me lo entregó antes de la reunión. Así que, a menos que duden de mi palabra, les sugiero que continuemos.

Mary apenas logró respirar.

La había defendido. Otra vez.

El ejecutivo que había cuestionado su credibilidad se aclaró la garganta:

—Un malentendido. Mis disculpas, señorita Mary.

Mercedes tensó la mandíbula, frustrada, pero no dijo nada.

Derek dejó la carpeta sobre la mesa y asintió hacia Mary.

—Continúa.

Ella lo miró, procesando su tranquila firmeza… y esa inesperada lealtad.

Respiró hondo.
Y terminó su presentación con renovada seguridad.

Después de la reunión

Los ejecutivos se retiraron impresionados.

Derek ya había tomado su decisión.

—Ganas la licitación.

Mercedes salió de la sala con el rostro contraído de furia.

Víctor la siguió, lanzándole a Mary una última mirada cargada de rencor.

Leo Marchand, con una sonrisa apenas contenida, comentó:

—Bueno. Eso fue entretenido.

Mary dejó escapar un suspiro que no sabía que contenía. Se giró hacia Derek para agradecerle…

Pero él ya la estaba mirando.

—Lo hiciste bien —dijo, cruzado de brazos—. Incluso bajo presión.

Ella alzó una ceja.

—¿Eso fue un cumplido?

Derek sonrió de lado.

—No te acostumbres.

Golpeó ligeramente la carpeta contra la mesa.

—Te veré en la villa.

Y se marchó.

Mary se quedó allí, asimilando todo.
Y mientras lo veía alejarse, no pudo evitar pensarlo:

Derek Lancaster se estaba enamorando de ella.
Y ni siquiera lo sabía.

Capítulo 12

Celeste Moreau se recostó en su silla de terraza, saboreando su espresso mientras el horizonte parisino se teñía de un dorado suave. Habían pasado tres años desde que se marchó... y no tenía intención de regresar al lugar que destrozó su orgullo.

Entonces, su teléfono vibró.

Víctor.

Celeste sonrió con desdén antes de responder, su tono tan mordaz como siempre.

—¿Ya me extrañas?

—Déjate de bromas, Celeste. Tienes que volver. Ahora.

Su ceño se frunció al instante ante la urgencia en su voz.

—¿Qué pasó?

Víctor soltó un largo suspiro.

—Alguien está intentando robar a Derek otra vez.

Celeste se quedó inmóvil.

El calor de la taza se filtraba en sus dedos, pero su agarre se endureció.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que mientras él tramita su divorcio, otra mujer se está acercando.

Los labios de Celeste se tensaron en una mueca amarga.

Ella creyó que tenía tiempo.

Tres años atrás, abandonó todo cuando descubrió que Derek —su amor de la infancia, el hombre con el que creía que terminaría casándose— se había unido en secreto con una completa

desconocida. Fue una humillación pública. Todos, incluso sus familias, daban por hecho que ella sería la futura señora Lancaster.

Pero en lugar de quedarse a ver cómo otra ocupaba su sitio, Celeste se fue. Furiosa. Traicionada.

¿Y ahora?

Esa "esposa" al fin estaba fuera del tablero.

¿Y otra mujer pretendía lo que siempre fue suyo?

Celeste se puso de pie de golpe, arrojando su abrigo sobre el brazo con decisión.

—Resérvame el primer vuelo a casa.

Estaba de regreso.

Y esta vez... no pensaba irse sin Derek.

Lancaster Corp Oficina de Derek

Mary acababa de cerrar el acuerdo de renovación con Lancaster Corp cuando escuchó risas.

La risa de **Derek**.

Se detuvo al instante, alzando la vista hacia su oficina de paredes de cristal. Lo vio abrazar a una mujer. Una mujer **impresionante**, con una cascada de cabello castaño, un abrigo beige que gritaba alta costura... y una sonrisa íntima.

Mary se quedó clavada.

Derek casi nunca dejaba que alguien se acercara tanto.

¿Quién demonios era?

La mujer se separó de él, y Derek la miró con una ternura que Mary jamás había visto.

Entonces, la desconocida giró la cabeza… y la miró directo a los ojos.

Mary sintió un escalofrío.

Había algo en esa mirada, algo afilado, evaluador.

—¿Mary? —llamó Derek al notarla.

La mujer también la miró con renovado interés y esbozó una sonrisa radiante.

—¿Quién es ella? —preguntó, ladeando la cabeza.

Derek vaciló antes de responder:

—Mary Velmont. Es arquitecta.

Los ojos de la mujer brillaron con diversión.

—¿Ah, sí? ¿Otro arquitecto en tu vida? —Se volvió hacia Derek con una sonrisa burlona—. ¿Y no me dijiste que estabas renovando tu casa? ¡Eso me rompe el corazón!

Derek soltó una risa suave.

—No pensé que te importaría.

—Derek, sabes que siempre tengo una opinión sobre tu pésimo gusto —bromeó ella.

Mary arqueó una ceja. **¿Pésimo gusto?** Ella literalmente había diseñado esa casa con cada fibra de su ser.

La mujer se acercó, alargando una mano perfectamente cuidada.

—Celestina Moreau. Pero puedes llamarme Celeste.

Mary le estrechó la mano, firme.

—Mary.

Celeste sonrió aún más.

—Un placer, Mary. Dime… ¿eres solo su arquitecta o…?

—Estrictamente profesional —contestó Mary sin perder la sonrisa.

Derek carraspeó.

—Mary, ¿trajiste los diseños actualizados?

Mary asintió y le tendió la carpeta. Sus dedos se rozaron.

Los ojos de Celeste captaron el detalle como si fueran rayos X.

Pero su sonrisa no flaqueó. Aún no.

Se giró hacia Derek, con aire juguetón.

—Ya que acabo de volver, ¡voy a organizar una fiesta de bienvenida! ¿Y adivina dónde?

Derek la miró con sospecha.

—¿Dónde?

—En tu villa, por supuesto —dijo ella con una sonrisa encantadora.

Derek dudó apenas un segundo, luego asintió.

—Claro. ¿Por qué no?

Mary parpadeó. **¿Perdón?**

Celeste se giró hacia ella con ojos brillantes.

—Y tú también estás invitada, Mary. Será divertido.

—Agradezco la invitación —dijo Mary con cortesía tensa—, pero no soy de fiestas.

Antes de que Celeste pudiera insistir, Derek habló.

—Ya vienes.

Mary lo miró, confundida.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros, cruzándose de brazos.

—Has trabajado duro en la villa. Es justo que veas cómo luce en acción.

—Derek...

—Sin excusas —dijo con voz suave pero firme—. Te espero allí.

Celeste observó el intercambio con una sonrisa apenas contenida.

—Parece que no aceptas un no por respuesta —le dijo en tono juguetón.

Derek sonrió con un dejo de desafío.

—No cuando se trata de negocios.

Mary lo fulminó con la mirada. Él solo alzó una ceja.

Celeste aplaudió, entusiasmada.

—Perfecto. Esto va a ser muy interesante.

Mary tenía el presentimiento de que no se refería a la fiesta.

Más tarde – Salón privado

Víctor cruzó una pierna y la observó con atención.

—¿Y entonces? ¿Qué piensas?

Celeste hizo girar su copa de vino entre los dedos, una sonrisa maliciosa en los labios.

—Esa mujer. Mary...

—¿Sí?

—Es peligrosa.

Víctor arqueó una ceja.

—¿Peligrosa?

Celeste se recostó en el sofá, sin apartar la mirada de su copa.

—No es solo una mujer más lanzándole miraditas a Derek. **Ya está dentro de su mundo.**

Víctor apretó la mandíbula.

—Entonces deshazte de ella.

Celeste sonrió, lenta, venenosa.

—No te preocupes —dijo, alzando su copa—.
Eso **planeo**.

Oficina de Derek – Más tarde

Derek hojeaba los nuevos diseños de Mary.

La había subestimado.

No era solo una arquitecta talentosa. Entendía sus gustos como si pudiera leerle el pensamiento, creando espacios que realmente se sentían **como hogar**.

Pensó en cómo lo desafiaba, en cómo no se dejaba impresionar, en cómo le respondía sin rodeos.

Y luego estaba Celeste.

Verla otra vez le había removido recuerdos, sí. Fue parte de su historia.

Pero ahora... algo se sentía distinto.

Suspiró, dejando los papeles sobre el escritorio.

No era momento para pensar en eso.

Y sin embargo, cada vez que cerraba los ojos…
su mente volvía a **Mary**.

Y no sabía cómo detenerlo.

Capítulo 13

El gran salón de baile de la finca Lancaster rebosaba de música, risas y conversaciones elegantes. La Fiesta de Regreso de Celeste Moreau era el evento de la temporada, una reunión exclusiva a la que asistían las figuras más influyentes de la ciudad. Ataviada con un deslumbrante vestido plateado, Celeste se movía entre los invitados como si fuera la reina del lugar, disfrutando de cada mirada, cada halago... y de vez en cuando, observando a Mary desde la distancia.

Sentada sola en un rincón, con una copa en la mano, Mary se sentía fuera de lugar. Había acudido a regañadientes, solo por la insistencia de Derek. Cada fibra de su cuerpo le gritaba que no debía estar allí. La presencia de Celeste, tan segura, tan perfecta, tan cercana a Derek, la desestabilizaba más de lo que quería admitir.

Y sin embargo, allí estaba.

—Mary, no estás bebiendo mucho —dijo una voz suave a su lado.

Mary giró el rostro y se encontró con la sonrisa impecable de Celeste.

—No suelo beber en este tipo de eventos —respondió con tono educado.

—Vamos, una copa no te hará daño. —Celeste hizo una seña a un camarero y tomó dos copas de champán. Le ofreció una.

Mary dudó un segundo, pero la tomó.

Lo que no sabía era que su bebida no era la misma que la de Celeste. El contenido de su copa había sido sustituido por un cóctel sutilmente más fuerte.

Celeste bebió con elegancia, sin dejar de observar cómo Mary tomaba su primer sorbo.

Al principio, Mary no notó nada fuera de lo común. Escuchaba vagamente las conversaciones a su alrededor, sonriendo con cortesía. Pero pronto, su cabeza se sintió más ligera. La sala pareció inclinarse un poco, como si el suelo ya no fuera del todo firme.

Parpadeó.

¿Estaba... borracha?

Dio otro sorbo, y de repente, todo a su alrededor le pareció inesperadamente gracioso.

—El bigote de ese tipo parece la cola de una ardilla —murmuró entre risitas.

Derek, que conversaba cerca, la observó extrañado. Su risa nerviosa y los comentarios sin sentido lo pusieron en alerta. Se acercó, frunciendo el ceño.

—Mary —dijo en voz baja—, ¿cuánto has bebido?

Ella se volvió hacia él con una sonrisa exagerada. —Derek... tu nombre tiene dos *enes*. ¡Demasiadas enes! ¿Quién necesita tantas enes?

Derek entrecerró los ojos. Definitivamente, algo estaba mal.

Celeste, observando desde una distancia prudente, ocultó su sonrisa tras la copa.

—Mary —insistió Derek, más serio—, estás borracha.

—No, no, no —protestó Mary, tambaleándose un poco—. Solo una copa. ¡Una! Ni siquiera me alcanza para...

Tropezó ligeramente, y Derek la sostuvo justo antes de que cayera.

—Está bien, suficiente por esta noche —murmuró mientras la sostenía con firmeza por la cintura.

Celeste se acercó con fingida preocupación. —Oh, Mary, ¿estás bien? Quizás las bebidas fuertes no sean lo tuyo.

Mary la miró, pestañeando con lentitud. —Eres tan bonita... pero creo que eres malvada —dijo sin filtro alguno.

Derek apenas pudo disimular la carcajada que amenazaba con salir.

—Vamos, te sacaré de aquí.

Antes de que pudiera protestar, Derek le quitó suavemente la copa de las manos y la condujo lejos del bullicio.

En el balcón, el aire fresco ayudó un poco.

Mary se sostuvo de la barandilla, respirando hondo. —¿Por qué el suelo parece un trampolín?

Derek se apoyó cerca, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Comiste algo antes de venir?

—Hmm... —empezó a contar con los dedos—. Una galleta.

Derek se pasó la mano por la cara. —Perfecto. Una galleta.

Mary lo miró con la cabeza ladeada. Sus ojos brillaban con sinceridad y confusión.

—¿Por qué te importa tanto?

Derek se quedó inmóvil. La pregunta lo golpeó más fuerte de lo que esperaba.

Antes de poder contestar, ella apoyó la cabeza en su hombro. —Hueles bien. Como... jabón de ricos.

Él tragó saliva, conteniendo una sonrisa.

—Mary —dijo en voz baja—, ¿quién te dio esa bebida?

Ella frunció el ceño, concentrándose. —La bella y malvada dama.

Los ojos de Derek se endurecieron. *Celeste.*

Sabía que aún sentía algo por él, pero no pensó que llegaría tan lejos.

—Nos vamos —dijo en tono definitivo.

—¿Qué? ¡Pero aún no probé el pastel!

—Mañana te compro una pastelería. Vamos.

La condujo de nuevo al interior, su mano firme en la espalda de ella.

Celeste los vio regresar al salón y se acercó de inmediato.

—¡Derek! Estaba por empezar el brindis —dijo con voz melosa. Luego miró a Mary—. ¿Está bien?

Derek la miró fijamente. —Lo estará. ¿Tú le diste esa bebida?

Celeste no perdió la sonrisa. —Solo quería que se divirtiera un poco más.

—Qué curioso —respondió Derek con frialdad—. Porque estaba bien antes de beberla.

Algunos invitados cercanos escucharon el intercambio y comenzaron a murmurar.

Mary, todavía algo mareada, la miró con los ojos entrecerrados. —¿Le pusiste algo a mi copa?

Celeste fingió escándalo. —Mary, eso suena a una acusación muy seria.

Derek dio un paso al frente, su voz suave pero cortante. —Ten cuidado, Celeste. No querrás que tu fiesta de regreso termine en escándalo.

Celeste se quedó rígida. Sabía que, si esa historia salía a la luz, su reputación podría tambalearse.

Así que sonrió, forzada. —Seguro fue un malentendido.

Derek no se molestó en responder.

—Vamos, Mary. Te llevo a casa.

Ella hizo pucheros. —¿Ni un pedacito de pastel?

Él suspiró. —Te juro que mañana te compro todos los pasteles del país. Vámonos.

Mientras salían del salón, Celeste los observaba con los puños cerrados a los costados.

Intentó ridiculizar a Mary.

Y en cambio, Derek se había acercado más a ella.

Eso no podía seguir así.

No después de tres años esperando.

No cuando Derek era *suyo*.

Capítulo 14

Derek sacó a Mary de la fiesta, sujetándola con firmeza, pero con cuidado. Ella seguía aturdida, con una expresión entre soñadora y perdida.

—¿Estamos volando? —murmuró, con los brazos enredados flojamente alrededor de su cuello.

Derek soltó un suspiro, acomodándola mejor contra su cuerpo.

—No, Mary. Vamos caminando al coche.

—Oh… —entrecerró los ojos, luego sonrió—. De cerca te ves muy guapo.

Derek tosió, desviando la mirada mientras la acomodaba en el asiento.

—Abróchate el cinturón.

Mary rió entre dientes.

—Sí, señor.

Desde el balcón, Celeste los observaba, con las uñas clavadas en las palmas. Mary se estaba convirtiendo en un problema. Pero no iba a dejarla ganar.

No después de haber esperado tres años para esto.

A la mañana siguiente

Mary gimió al recuperar la consciencia. Su cabeza latía como si llevara una banda de percusión adentro. La luz que se filtraba por los enormes ventanales era tan intensa que deseó poder enterrarse de nuevo bajo las sábanas y desaparecer.

Pero entonces...

Ese no era su cuarto.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó tan rápido que el latigazo de dolor la volvió a tumbar. Se sostuvo las sienes, atónita.

Estaba en la villa de Derek.

Y ese... era **su dormitorio**.

Se le secó la boca. *Oh, no.*

Justo cuando el pánico empezaba a apoderarse de ella, la puerta se abrió y Derek Lancaster entró como si no hubiera tenido que lidiar con un drama la noche anterior. Llevaba un vaso de agua y pastillas.

—Ah, la Bella Durmiente despierta al fin —dijo, dejando todo en la mesita de noche.

Mary lo miró fijamente.

—¿Qué… pasó?

Derek sonrió con suficiencia.

—¿No lo recuerdas? Estoy herido, Mary. Después de todo lo que compartimos anoche...

Mary parpadeó.

—¿...Disculpa?

Derek se sentó al borde de la cama, cruzándose de brazos.

—Fue inesperado, sí. Pero no iba a rechazar a una mujer tan... persistente.

Mary se incorporó bruscamente.

—¡¿QUÉ?!

Derek se mordió el labio, intentando no reír.

—Tú... —bajó la voz, acercándose— ...me insinuaste, Mary.

Mary sintió cómo su alma abandonaba su cuerpo.

—¡Eso es mentira!

—Oh, pero no lo es. Te aferraste a mí. Me llamaste *"Esposo"* al menos tres veces. Y dijiste que olía a "jabón de rico".

—¡NO, NO LO HICE!

Derek alzó una ceja.

—Bueno… técnicamente dijiste algo como: *"Mmm, hueles a jabón... de muchísima gente"*.

Mary le arrojó una almohada. **—¡DEJA DE HABLAR!**

Derek la esquivó sin esfuerzo, riéndose.

—¡Solo te estoy contando lo que pasó!

Mary se cubrió la cara con ambas manos.

—Necesito irme. Mudanza internacional. Cambio de identidad. Lo que sea para borrar esta humillación.

Derek sonrió.

—Ah, y una cosa más.

Mary lo miró, recelosa.

—¿Y ahora qué?

—Cuando te acosté, me rogaste que no te dejara sola.

Mary se congeló.

Derek ladeó la cabeza, más serio ahora.

—¿Era solo el alcohol el que te hablaba?

Mary sintió un vuelco en el estómago. No sabía si era por la vergüenza o por algo más profundo que no quería admitir.

No respondió.

En su lugar, tomó el vaso de agua y las pastillas, y las bebió de un trago.

—Buena chica —murmuró Derek.

—CÁLLATE.

Más tarde, en el estudio

Derek bajó las escaleras y encontró a Leo Marchand ya esperándolo con un café en la mano.

—Entonces —empezó Leo Marchand—. ¿Qué vamos a hacer con Celeste?

Derek soltó un suspiro, masajeándose las sienes.

—Lo dejamos pasar.

Leo Marchand alzó una ceja.

—¿En serio? ¿Vas a dejarlo pasar?

—Somos amigos desde niños. No quiero sacar conclusiones sin pruebas. Además... —se encogió de hombros—. Celeste no haría algo tan imprudente.

—¿Estás seguro? —Leo Marchand lo observó atentamente.

Derek dudó un segundo, pero se obligó a mantenerse firme.

—Se está adaptando a su regreso. No quiero generar tensión innecesaria.

Leo Marchand bebió un sorbo sin dejar de mirarlo.

—Ajá. Y esto no tiene *nada* que ver con Mary, ¿verdad?

Derek bufó.

—¿Qué tiene que ver Mary con esto?

—Oh, no sé... Tal vez que la sacaste de la fiesta como un caballero de brillante armadura. O que pasaste toda la noche cuidándola. O que no querías perderla de vista.

Derek lo fulminó con la mirada.

—Estás siendo dramático.

—¿Lo soy? ¿O tú estás en negación?

Derek no respondió.

Porque ya sabía la respuesta.

Un momento después

Derek tamborileaba con los dedos sobre el escritorio, cambiando de tema.

—¿Qué hay de nuevo sobre mi divorcio?

Leo Marchand soltó el aire.

—Hay un problema.

Derek frunció el ceño.

—¿Qué clase de problema?

—No hemos podido localizar a Aria Velmont. Sin su firma física, el divorcio no puede concretarse. Los abogados necesitan que ambos firmen en persona.

Derek se puso tenso.

—¿Todavía no?

Leo Marchand negó con la cabeza.

—Le hemos enviado notificaciones legales a todas sus direcciones conocidas, pero no ha respondido. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

Derek apretó la mandíbula.

—Entonces encuéntrala.

Leo Marchand titubeó.

—Hay… otro obstáculo.

—¿Y ahora qué?

—Tu abuelo.

Derek resopló.

—¿Qué pasa con él?

—Está interviniendo directamente. Usando su influencia para retrasar el proceso. Dice que no se firmará nada sin su aprobación personal. Y ahora mismo… —Leo Marchand lo miró de lado— se niega a darla.

Derek se pasó la mano por la cara.

—Claro que sí.

Sabía que su abuelo jamás le permitiría deshacer el matrimonio que él mismo había arreglado.

Leo Marchand le dio una mirada significativa.

—Si yo fuera tú, hablaría con él directamente.

Derek suspiró, resignado.

—Está bien. Me encargaré.

Capítulo 15

Mary estaba exhausta.
El peso de su secreto se hacía más insoportable con cada día, sobre todo después de la última actualización de Leo Marchand:

—El abuelo de Derek quiere reunirse pronto con *Aria Velmont* respecto al divorcio.

Sintió un vuelco en el estómago al oírlo. Sabía que no podía evitar ese momento eternamente, pero la idea de enfrentarse a su esposo *como su esposa*, no como Mary, le oprimía el pecho. No estaba lista.

Debía seguir interpretando su papel.
Debía evitar que Derek descubriera la verdad.

Entonces… ¿por qué se volvía más difícil cada vez que él la miraba?

Derek Lancaster se sentía... extraño.
No sabía cuándo empezó, pero había algo en Mary que lo estaba volviendo loco.

Era la forma en que lo desafiaba en la sala de juntas. Cómo se mantenía firme incluso cuando él intentaba intimidarla. Cómo le sonreía con esa ironía que parecía decirle que tenía todo bajo control.

¿Y lo peor?
Que nunca parecía afectarle.

Él era Derek Lancaster. Las mujeres se derretían por él. Pero Mary… Mary lo trataba como si fuera un hombre más. Le daban ganas de sacudirla, de hacerla verlo como él la veía a ella.

Y entonces pasó algo que lo empujó al límite.

Fue en una gala corporativa, un evento de alto perfil para magnates e inversores. Derek no pensaba asistir... hasta que supo que Mary estaría allí.

Llegó tarde. Observó el salón desde la entrada... y la vio.

Estaba riendo.

Con otro hombre.

De inmediato, el humor de Derek se agrió.

El tipo era alto, elegante, y estaba *demasiado* cerca de ella. Y ella... ella *sonreía*.

Derek apretó la mandíbula.

No era solo la sonrisa. Era la forma en que Mary le rozaba el brazo mientras reía, un gesto casual, sí, pero para Derek fue como una puñalada.

¿Por qué se ríe así? ¿Y por qué lo toca?

Cuando se dio cuenta, ya iba caminando hacia ellos, hasta que Leo Marchand lo detuvo con una mano.

—¿Señor? —preguntó, alarmado.

Derek respiró hondo. Necesitaba controlarse.

—Averigua quién es ese tipo —murmuró.

Leo Marchand parpadeó.
—¿Está usted... celoso?

Derek le lanzó una mirada fulminante.
—Hazlo.

Leo Marchand se marchó, luchando por no sonreír.

Derek se quedó observándolos. Ella seguía riendo. Seguía tocándolo.

Eso es todo.

No pensó. Actuó.

Se acercó y se colocó firmemente entre ellos.

—Disculpe —dijo, con voz helada. Tomó la muñeca de Mary y la apartó sin más.

—¡O-oye! ¿Qué demonios...?

Derek no respondió. La arrastró fuera del salón, por el pasillo, hasta la terraza. El aire nocturno estaba fresco, pero no lo suficiente para calmar su furia.

Se giró hacia ella, cruzando los brazos.

—¿Quién era ese tipo?

Mary lo miró, confundida.
—¿Qué?

—Ese con el que te reías como si fuera el hombre más gracioso del planeta.

Ella alzó una ceja.
—¿En serio me estás interrogando ahora?

Derek apretó los dientes.
—Solo responde.

—Es un socio. Estábamos hablando...

—Parecía algo más que solo hablar.

Mary soltó una carcajada incrédula.
—Oh, por favor. ¿Qué pasa? ¿Estás celoso?

Derek se congeló.
La palabra quedó suspendida en el aire como un veneno.

¿Celoso?
¿Lo estaba?

Sus dedos se apretaron contra la barandilla.

Mary sonrió, disfrutando del silencio.
—¡Dios mío! Lo estás. Estás celoso.

—No estoy celoso —espetó él, con el ceño fruncido.

—Mmm... claro que no —dijo ella, cruzándose de brazos—. Por eso me sacaste de la fiesta como un lunático.

—No me gustó lo cerca que estaba de ti.

—Eso *es* celos, Derek.

Él exhaló con fuerza.
Esta mujer lo sacaba de quicio.

Y entonces ella rió.

Una risa suave, burlona...
Y algo en él se rompió.

Al diablo todo.

Antes de poder detenerse, la atrajo por la cintura, con firmeza.

Mary soltó un leve jadeo.
—¿Crees que esto es gracioso? —murmuró Derek, a centímetros de su rostro.

Ella tragó saliva.
—Un poco.

Su mirada bajó a los labios de ella.
Y esta vez, no luchó.

Se inclinó... y la besó.

En cuanto sus labios se encontraron, la mente de Mary se apagó.

El beso fue lento. Feroz. Acariciaba más de lo que reclamaba.
Derek la sostuvo como si fuera frágil, su mano en la parte baja de su espalda, presionándola contra él.

Mary dejó escapar un pequeño suspiro, y eso pareció encender algo en él.

Su otra mano se deslizó hasta su mejilla, inclinándole el rostro, profundizando el beso.

Y ella… se lo devolvió.

Era como caer en un abismo tibio y delicioso.
Sus labios, su aroma, sus manos firmes en su cuerpo… era

intoxicante.

Pero entonces—
La realidad la golpeó.

Ella era *su esposa*.
La mujer de la que él quería divorciarse.

La mujer que él... *odiaba.*

El pánico se apoderó de ella. Se separó bruscamente.

Derek la miró, con la respiración agitada.
—Mary...

—Tengo que irme —susurró ella, retrocediendo.

Antes de que él pudiera detenerla, se dio la vuelta y se fue.

Derek la vio desaparecer, con el corazón retumbándole en el pecho.

Maldita sea.

Había intentado resistirse.
Había querido negarlo.

Pero ya no podía hacerlo.

Estaba completamente, absolutamente… **enamorado de Mary**.

Mary salió casi corriendo del lugar, temblando.

¿Qué acabo de hacer?

Tocó sus labios, aún cálidos por el beso.

Derek la deseaba.
Y ella también lo deseaba.

Pero no podía. No debía.

Porque si él descubría la verdad…

Que ella era *Aria Velmont*, la mujer a la que quería borrar de su vida…

La odiaría.

Las lágrimas le ardían en los ojos mientras se alejaba.

Se estaba enamorando de su propio marido.

Y él no tenía ni idea.

Capítulo 16

Mary apenas durmió esa noche.

Se dio vueltas en la cama, repitiendo el beso una y otra vez en su mente.

La forma en que los labios de Derek se movían contra los suyos. La manera en que la abrazaba, como si no quisiera soltarla.

La sensación de querer quedarse para siempre en sus brazos.

Pero esa no fue la peor parte.

Lo peor era que Derek no tenía idea de que acababa de besar a su propia esposa.

Mary gimió en su almohada. Necesitaba controlarse.

Había pasado tres años intentando olvidar que era Aria Lancaster. Pero cada día que pasaba, sin saberlo, Derek la atraía más hacia él.

¿Y ahora?

Ahora la había besado.

Y ella le había devuelto el beso.

Necesitaba distanciarse antes de hacer algo aún más imprudente.

Como contarle la verdad.

———

Derek no estaba mejor.

A la mañana siguiente, se sentó en su oficina mirando fijamente la pantalla de su computadora.

Tenía reuniones consecutivas, informes que revisar, proyectos que supervisar… pero no podía dejar de pensar en Mary.

Especialmente en cómo había huido después de que él la besara.

Apretó la mandíbula. ¿Por qué se apartó?

Las mujeres no solían rechazarlo. Había besado a muchas antes, pero esto… esto era distinto.

Era la primera vez que él quedaba colgado.

Y lo odiaba.

Leo Marchand, sentado frente a él, arqueó una ceja. "Señor, ¿me está escuchando?"

Derek exhaló. "¿Qué?"

Leo Marchand suspiró. "Te preguntaba sobre el divorcio de Aria Velmont. Me dijiste que le diera seguimiento."

Derek se enderezó y de repente salió de su aturdimiento.

Bien.

Aria Velmont. Su esposa en el papel.

La mujer que ni siquiera había conocido.

La mujer con la que debería centrarse en divorciarse.

Por un segundo, una extraña sensación se instaló en su pecho.

Pero rápidamente la ignoró.

—El divorcio no puede avanzar hasta que la conozcamos —continuó Leo Marchand—. Y tu abuelo está poniendo las cosas... difíciles.

Derek se pasó una mano por el cabello.

Su abuelo había estado perdiendo el tiempo deliberadamente.

Sabía que el anciano tenía debilidad por Aria, pero esto ya era ridículo.

—Encuéntrala —murmuró Derek—. Quiero terminar con esto.

Ignoró la sensación de retorcimiento en el estómago mientras lo decía.

Leo Marchand lo miró fijamente, pero asintió. "Entendido."

——

Mary pasó toda la mañana evitando a Derek.

Se negó a responder sus llamadas. Ignoró sus mensajes.

Si tenía que trabajar con él, respondía solo con mensajes breves y profesionales.

Necesitaba tiempo para pensar, para entender cómo manejar el beso y sus sentimientos.

Pero Derek Lancaster no era alguien que se pudiera ignorar.

A la hora del almuerzo, ya había tenido suficiente.

Entró directamente a su oficina con los brazos cruzados.

Mary apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que él cerrara la puerta detrás de él.

Ella tragó saliva con dificultad. "Eh…"

"¿En serio me estás evitando?"

Se encogió de hombros con indiferencia. "He estado ocupada."

Derek se acercó. "Mentira."

Mary maldijo por dentro. Debería haber sabido que la retaría.

Se apoyó en su escritorio, con los ojos fijos en ella. "¿Vamos a fingir que lo de anoche no pasó?"

A Mary se le aceleró el pulso. "Fue… un error."

Derek levantó una ceja. "¿Un error?"

Ella asintió rápido. "Sí. Nos dejamos llevar por el momento, eso es todo."

Derek ladeó la cabeza, observándola. Entonces…

De repente se inclinó y acercó sus labios peligrosamente a su oído.

Mary se tensó.

“Si fue solo un momento,” murmuró, “¿por qué me devolviste el beso?”

La respiración de Mary se entrecortó.

Su cerebro buscaba una respuesta a toda prisa, pero no podía pensar con claridad, no cuando él estaba tan cerca.

Derek se apartó ligeramente y su mirada se posó en sus labios.

—Lo sentiste, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Esa atracción entre nosotros.

Mary odiaba lo tentador que sonaba.

Pero tenía que terminar con esto.

Se obligó a enderezarse. “No importa lo que sentí.”

La expresión de Derek se ensombreció. “¿Por qué no?”

Mary tragó saliva. “Porque nada puede pasar entre nosotros.”

Vio un destello de frustración en sus ojos.

Derek no estaba acostumbrado al rechazo.

¿Y en serio? Ella tampoco estaba acostumbrada a rechazarlo.

Pero tenía que hacerlo.

Porque si él supiera quién era ella realmente…

Ni siquiera quería pensarlo.

Derek exhaló bruscamente. “Bien.”

Mary parpadeó. Eso fue… más fácil de lo esperado.

Pero entonces—

Derek sonrió.

“Entonces vamos a ponerlo a mano.”

Mary frunció el ceño. “¿Qué?”

Antes de que ella pudiera reaccionar, Derek se inclinó y la besó en la mejilla.

Un beso ligero y provocador, pero que envió electricidad por su columna.

Mary lo miró boquiabierta. "¡Derek…!"

Derek sonrió con suficiencia. "Ahora estamos a mano."

Y dicho esto, se dio la vuelta y salió de su oficina.

Mary quedó nerviosa, más allá de toda razón.

Capítulo 17

Mary respiró hondo, de pie frente a las imponentes puertas de hierro. Era el momento decisivo, el último empujón. Si el abuelo de Derek aceptaba el divorcio, nada podría detenerla. Podría desaparecer sin que Derek descubriera que Mary y Aria eran la misma persona.

Los guardias la dejaron pasar, y ella caminó nerviosa por el suntuoso jardín que conducía a la sala de estar. La mansión Lancaster seguía igual que en sus recuerdos: lujosa, abrumadora, y llena de fantasmas que preferiría olvidar. Pero apartó esos pensamientos y enfocó toda su atención en su objetivo.

Al llegar al salón del jardín, encontró al abuelo de Derek, Thaddeus Lancaster, sentado en una elegante silla, limpiando meticulosamente una vasta colección de máscaras. Había Victorianas, de bailes de máscaras y otras bufonescas, todas elaboradamente talladas.

Thaddeus levantó la vista y sonrió con calidez. "¡Ah, mi querida Aria! ¡Qué grata sorpresa!"

Mary le devolvió la sonrisa, aunque con cierta vacilación. —Buenas tardes, abuelo Thaddeus. Espero no molestar.

—¡Para nada! Ven, siéntate —dijo, señalando el asiento frente a él.

Mary se acomodó con cuidado, observando las máscaras. —Tienes más máscaras que antes.

Thaddeus rió entre dientes. —Las colecciono en mis viajes. Cada máscara tiene una historia, igual que las personas. A veces, todos usamos máscaras, ¿no es así?

A Mary le revolvió el estómago esa frase. Ojalá supiera cuánto se aplicaba a ella en ese momento.

Respiró profundo y finalmente habló: —Abuelo, en realidad vine a pedir tu aprobación para el divorcio.

La sonrisa de Thaddeus se desvaneció. Dejó la máscara que estaba puliendo y la miró serio. —¿Divorcio? ¿Pero por qué, querida? Tú y Derek ni siquiera han dado una oportunidad a este matrimonio.

Mary forzó una sonrisa. —Abuelo, Derek y yo ni siquiera nos hemos conocido en persona. Llevo tres años atada a este matrimonio, y solo quiero la oportunidad de ser libre. Quiero encontrar a alguien que me ame de verdad.

Thaddeus suspiró. —¿Y qué te hace pensar que Derek no puede ser ese hombre?

Mary dudó. —Ni siquiera me conoce.

—Entonces haz que te conozca.

Ella negó con la cabeza. —Es demasiado tarde, abuelo.

Thaddeus estaba a punto de replicar cuando su teléfono vibró. Miró la pantalla y sonrió con suficiencia.

Mary frunció el ceño. —¿Pasa algo?

—No, no. De hecho, algo está muy bien.

Antes de que ella pudiera preguntar más, una voz profunda y familiar resonó desde el pasillo detrás de ella.

—Abuelo, ¿por qué me pediste que viniera aquí?

Mary se quedó paralizada.

No. No, no, no.

Giró la cabeza apenas, y allí estaba él: Derek Lancaster, impecable en un elegante traje negro, caminando directo hacia ellos.

El pánico la invadió. No había escapatoria. El pasillo hacia la salida estaba justo detrás de Derek. Si intentaba correr, chocaría con él.

Thaddeus, cómplice, sonrió con sorna. —¡Ah, Derek! Justo a tiempo. Quería que por fin conocieras a tu esposa.

El cerebro de Mary entró en modo supervivencia. Miró la mesa llena de máscaras y, sin pensarlo, tomó una MÁSCARA DE BUFÓN y se la colocó en la cara.

Los pasos de Derek se detuvieron. La miró, parpadeando. —Abuelo, ¿qué demonios es eso?

Thaddeus apenas pudo contener la risa. —Oh, no seas grosero, Derek. Tu esposa es… artística.

Derek cruzó los brazos y la miró como si estuviera loca. —¿Me estás diciendo que la mujer con la que me casaste está sentada aquí, con una máscara de payaso?

Mary, bajando la voz para sonar diferente, dijo: —No es una máscara de payaso. Es una máscara de bufón.

Derek se estremeció visiblemente. —Ah, así que hablas.

Thaddeus observó divertido la escena. —Bueno, primero, ¿por qué llevas eso?

Mary aclaró la garganta. —Tengo… una afección cutánea. La luz del sol me afecta.

Derek alzó una ceja. —Estamos a la sombra.

—Quiero decir… oxígeno. El oxígeno me afecta.

Thaddeus estalló en carcajadas.

Derek se volvió hacia él, exasperado. —Abuelo, ¿es una broma?

Thaddeus se secó las lágrimas. —No es broma, hijo. Esta es tu esposa.

Derek dejó escapar un gruñido. —Me da igual si es una bufona real. Tengo preguntas sobre nuestro divorcio.

Mary se levantó de golpe. —¡No hace falta que preguntes! ¡Podemos firmar ahora mismo!

Derek frunció el ceño. —¿Por qué tanta prisa? Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

Mary tosió, fingiendo. —Oh, supuse que querías acabar rápido con esto.

Derek entrecerró los ojos. —Estás actuando sospechosamente.

Mary dio un paso atrás. —No lo estoy.

—Sí lo estás.

Thaddeus se lo estaba pasando en grande.

Derek suspiró y avanzó. —De acuerdo. Terminemos con esto. Extendió la mano hacia la máscara.

Mary saltó atrás. —¡NO TOQUES!

Derek frunció el ceño. —¿Qué te pasa? ¡Déjame verte la cara!

—NO.

—SÍ.

Thaddeus, entre risas, se llevó la mano al pecho. —¡Ah! ¡Mi corazón!

Derek y Mary entraron en pánico. —¿Abuelo, estás bien?

Thaddeus se inclinó hacia delante, dramático. —Solo… necesito una cosa.

Mary se acercó, preocupada. —¿Qué cosa?

Thaddeus susurró: —CORRE.

Sin dudarlo, Mary salió disparada, aún con la máscara de bufón puesta.

Derek la observó cinco segundos, desconcertado. —¿QUÉ DEMONIOS…?

Thaddeus estalló en carcajadas.

Derek giró bruscamente hacia él. —¡Abuelo, ¿me acabas de engañar?!

Thaddeus lloraba de la risa.

Derek gimió y salió tras Mary.

Mientras tanto, Mary corría serpenteando por el jardín, esquivando arbustos y estatuas.

Cuando llegó a un seto cerca de la salida, Derek la agarró de la muñeca.

—¡Oh, no, no lo hagas!

Mary se retorció como un gusano, se soltó y saltó una pequeña fuente para escapar.

Derek la vio desaparecer por el camino de entrada.

Suspiró, con las manos en las caderas.

—Así que esa es mi esposa, ¿eh?

Thaddeus se acercó y le dio una palmada en la espalda. —Menudo partido, ¿no crees?

Derek gimió. —Creo que me acabo de casar con una lunática.

Thaddeus sonrió. —Ah, pero una muy entretenida.

Derek negó con la cabeza. —Increíble.

Pero mientras miraba hacia donde Mary había desaparecido, se dio cuenta de algo extraño...

A pesar de lo absurdo de la situación, realmente quería volver a verla.

Capítulo 18

Mary tuvo un día largo. Entre fechas límite de proyectos y lidiar con el comportamiento impredecible de Derek, solo deseaba un momento de paz. Por eso, cuando dobló una esquina en Lancaster Corp y de repente alguien la sujetó con fuerza, su instinto de defensa se activó.

—¡Ary! —rió una voz profunda y familiar.

Mary se quedó paralizada. Esa voz... ese apodo...

Se apartó y vio a Julián Lancaster, sonriéndole como un cachorro enorme.

—¡Dios mío, ¿Julián ?! —exclamó.

—¡En persona, Ary! ¿Me extrañaste?

Mary prácticamente se lanzó hacia él, abrazándolo con fuerza. —¡Creí que seguías en el extranjero!

—Acabo de regresar esta mañana. ¿No te dije que pasaría por aquí?

—Yo... —Mary dudó. Cierto, Julián no sabía que ella ya no era "Aria". Solo sabía que seguía casada con Derek y que ahora usaba el alias "Mary".

Antes de que pudiera explicarlo, una voz muy irritada interrumpió:

—¿Qué carajo está pasando aquí?

Mary se puso rígida. Oh, no.

Derek estaba ahí, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados, clavados en Julián y Mary, todavía abrazados.

Mary saltó hacia atrás, pero Julián, impasible, sonrió a su hermano.

—¡Hola, hermano mayor! Me alegro de verte también.

Derek no estaba para bromas. Su mirada se desvió entre ellos.

—¿Te importa explicarme por qué abrazas a mi hermanito?

Mary entró en pánico. —Eh...

Pero Julián, siempre alborotador, rodeó con un brazo los hombros de Mary y sonrió con suficiencia.

—¿Qué pasa, Derek? ¿Celoso?

La mandíbula de Derek hizo un tictac.

Mary tragó saliva. Oh, no.

Derek los miró receloso.

—¿Cómo se conocen?

Julián, sin pensarlo, se encogió de hombros.

—Oh, ya sabes, nosotros...

Mary le dio un codazo fuerte.

—¡Ay! —gritó Julián, frotándose las costillas—. ¿Qué? ¡No derrames nada!

Mary le lanzó la mirada más obvia del mundo. *Cállate*.

Julián parpadeó, incomodo.

—Eh... quiero decir, nos conocimos por... un amigo.

El ceño de Derek se frunció aún más.

—¿Qué amigo?

Mary intervino rápido.

—¡Un conocido en común! Sí. Un encuentro casual, nada importante. Muy olvidable.

Rió nerviosa.

Derek claramente no lo creyó.

—De verdad —dijo, con tono monótono—. Porque parece que son muy cercanos.

Julián, el diablillo, sonrió aún más.

—Bueno, Ary y yo tenemos una historia.

Mary gritó por dentro.

El ceño de Derek se oscureció.

—"Ary?" —repitió, con un tono casi... peligroso.

Mary quería morir.

Julián, ajeno a la tensión, se rió.

—¿Qué? Siempre la he llamado así. ¿Verdad, Ary?

Mary lo fulminó con la mirada.

—¡Sí! ¡Jaja! ¡Qué gracioso!

Derek no se rió.

—

Más tarde, Mary apartó a Julián de las miradas indiscretas de Derek y siseó:

—¿Estás loco? ¡Casi lo derramas todo!

Julián hizo pucheros.

—¿Qué? ¡Es verdad! Eres mi cuñada.

Mary gimió.

—Oficialmente no. ¡Y Derek no lo sabe! ¡Y no puede saberlo! Al menos... todavía no.

Julián arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Mary dudó, suspiró.

—Tengo un plan. Digamos que... le estoy preparando una sorpresa a tu hermano.

Julián sonrió con picardía.

—Ohhh. Esto suena interesante.

—Julián —le lanzó una mirada de advertencia—. Ni una palabra. Por favor.

Julián resopló.

—Bien. Pero solo porque eras el único que me hacía galletas cuando estaba estresado.

Mary rió suavemente.

—Eso es porque te comportas como un hermano menor. A diferencia de cierta persona.

Julián sonrió con suficiencia.

—Bueno, prepárate, Ary. Porque Derek está loco por ti.

Mary puso los ojos en blanco, pero en el fondo, su corazón latía con fuerza.

—

Mary estaba en su oficina cuando Julián apareció de nuevo, trayendo dos tazas de café.

—¡Sorpresa, Ary! —dijo alegre, dejándole una taza.

Mary levantó una ceja.

—¿Me estás sobornando?

—Tal vez.

Mary negó con cariño.

—Gracias, Julián.

Antes de que pudiera beber, la puerta se abrió de golpe.

Derek entró.

¿Y lo primero que vio? A Julián apoyado en el escritorio de Mary, sonriéndole.

Derek se detuvo en seco. Su mirada pasó de Julián a Mary, luego a las dos tazas de café.

Mary tragó saliva.

—¿Te diviertes, hermanito? —preguntó Derek con voz ligeramente suave.

Julián, despreocupado, sonrió con suficiencia.

—Oh, no te preocupes por nosotros, hermano. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

El ojo de Derek se movió.

Mary sentía la tensión subir.

Entonces Derek hizo algo inesperado.

Caminó casualmente hacia el escritorio de Mary, puso una mano sobre su hombro y miró directo a Julián.

—¿Desde cuándo eres tan amigable con mi empleado? —preguntó con frialdad.

Mary se puso rígida. *¿Empleado?*

Julián sonrió aún más.

—Te lo dije, Derek. Ary y yo somos muy unidos.

Derek no parecía satisfecho con la respuesta.

—

Después de que Julián se fue, Derek no se movió.

Mary suspiró.

—Derek, no es para tanto...

—¿Cómo es que tú y Julián se conocen desde hace tanto tiempo? —la interrumpió.

Mary entró en pánico.

—Eh... ¡una vez me salvó de caerme en una fuente!

Derek levantó una ceja.

—¿Así que te gustan los hombres que te sostienen cuando te caes?

La cara de Mary ardía.

Derek dio un paso más y su voz se volvió peligrosa y suave.

—¿Debería preocuparme, Mary?

Mary tragó saliva.

—¿Q-qué?

Derek sonrió con suficiencia.

—Que mi hermanito te robe.

Mary se quedó paralizada. ¿Acaso... Derek acaba de decir eso?

Su corazón latía con fuerza. La mirada de Derek era intensa, ilegible.

Por un segundo, pensó que en realidad podría...

—Olvídalo —murmuró Derek, negando con la cabeza y retrocediendo —. Descansa un poco. Pareces nerviosa.

Mary dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Derek la miró una última vez antes de alejarse.

Mary vio en sus ojos vacilación. Incertidumbre. Quizás incluso anhelo.

Se tocó el pecho.

Su corazón seguía acelerado.

Capítulo 19

La tensión en el aire era tan densa que erizaba los pelos de Mary. Nunca había visto a Derek tan frustrado, tan desesperado; sus tormentosos ojos azules la atravesaban con una intensidad mucho más peligrosa que la ira.

La había acorralado en un pasillo tranquilo, después de otra de esas acaloradas discusiones. Sus ánimos chocaron, sus voces se alzaron, hasta que de repente Derek se detuvo. Su pecho subía y bajaba, y la miraba fijamente con un destello indescifrable en la mirada.

—¿Por qué siempre me haces esto, Mary? —gruñó, pasando una mano frustrada por el cabello oscuro—. ¿Por qué me haces sentir así?

Mary tragó saliva, con el corazón latiendo tan fuerte que parecía querer salirse de su pecho.

—¿Sentir qué? —preguntó con voz temblorosa.

Derek soltó una risita amarga antes de dar un paso lento y decidido hacia ella. Ella retrocedió, pero su espalda chocó contra la pared.

—Es como si estuviera perdiendo el control —dijo con voz áspera, cruda, sincera.

Mary apenas podía respirar. Estaba demasiado cerca. Demasiado.

Su aroma —jabón fresco, colonia cara, y algo enteramente suyo— la envolvía, mareándola.

—Derek... —susurró, sin saber si advertía a él o a sí misma.

Él exhaló bruscamente.

—¡Maldita sea, Mary!

Y entonces sucedió.

Derek le acarició el rostro con firmeza, pero con delicadeza, rozándole la mejilla con el pulgar. Su mirada se posó en sus labios, y

su voz se volvió ronca.

—Me gustas.

Los ojos de Mary se abrieron de par en par. Su respiración se entrecortó.

La mirada de Derek se suavizó, pero su agarre se mantuvo firme.

—No... No está bien —se corrigió con un susurro—. Te amo.

El pánico la invadió como un maremoto. Su estómago se revolvió violentamente.

No, no, no. No podía dejar que dijera eso.

No cuando ella seguía mintiendo. No cuando lo estaba engañando.

Antes de que pudiera reaccionar, Mary le tapó la boca con las manos.

Las cejas de Derek se arquearon en sorpresa.

La mente de Mary era un caos y lo primero que le salió fue:

—¡ESTOY CASADO!

Silencio.

Derek quedó paralizado.

Mary sintió que su alma se le escapaba.

Dios mío.

No había querido decirlo. Solo había querido detenerlo, no arruinarlo todo con una sola frase.

Derek la agarró de la muñeca y le apartó las manos de la boca.

Su expresión era un torbellino de conmoción, traición y algo más que ella no sabía nombrar.

—¿Qué? —su voz era baja, peligrosa.

Mary abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, como un pez fuera del agua.

—Quiero decir...

—¿Quién? —Derek la interrumpió, afilando la voz como una espada.

Mary dio un paso atrás, su pánico se disparó.

—I—

—¿Quién es tu marido, Mary? —Su voz ya no era suave ni burlona—. ¿Con quién estás casada?

Nunca había estado tan aterrorizada en su vida.

Y entonces, sin pensarlo, soltó:

—¡A alguien!

Derek parpadeó.

—Claro que a alguien...

Mary gritó por dentro.

Estúpida. Estúpida. ESTÚPIDA.

Derek dio un paso amenazador.

—¿Quién?

Mary abrió la boca, buscando desesperadamente una salida.

Y entonces, como una broma cruel del destino, sonó su teléfono.

Era Julián.

Oh, no.

Sin pensar, contestó.

—¿C-cariño? —tartamudeó, con una voz dulce y falsa.

Silencio en la línea.

La expresión de Derek se volvió helada.

Mary juró que vio su alma abandonarla.

—Estás bromeando —susurró Derek, con voz plana y extrañamente fría.

Intentó explicarse, pero no salió nada.

Entonces, la voz confundida de Julián sonó por el altavoz.

—¿Mary? ¿Desde cuándo me llamas cariño?

Mary murió por dentro.

La mandíbula de Derek se apretó con tanta fuerza que temió que se rompiera un diente.

—Estás comprometido —dijo Derek con voz vacía.

El corazón de Mary se rompió en mil pedazos.

—Derek, yo—

Pero él ya se estaba alejando.

No gritó.

No cerró la puerta de golpe.

Simplemente se fue.

Y eso dolió mucho más.

Capítulo 20

Mary se quedó allí, completamente congelada, observando la figura de Derek alejarse.

Sentía una opresión en el pecho, como si un puño de hierro le apretara los pulmones, haciéndole imposible respirar.

Ella tenía que arreglarlo.

Tenía que explicarlo.

Pero sus pies no respondían, y su voz se negaba a funcionar.

Al otro lado de la llamada, Julián seguía hablando.

—¿Mary? ¿Qué demonios fue eso? ¿Estás bien?

Mary tragó saliva con dificultad, intentando contener el ardor del arrepentimiento en sus ojos.

—No —graznó, apenas un susurro.

Cortó la llamada.

No podía lidiar con Julián ahora.

Necesitaba detener a Derek.

Con pasos tambaleantes, corrió tras él.

—¡Derek! —gritó.

Pero él no se detuvo. Ni siquiera se volvió.

Sus anchos hombros estaban tensos, sus pasos largos y poderosos, como si no pudiera esperar para alejarse lo más posible.

Cuando salió, Derek ya estaba subiendo a su coche.

—¡Derek, espera! —gritó, corriendo a su lado.

Hizo una pausa. Su mano agarró la puerta del auto con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Lentamente, se giró para mirarla.

La respiración de Mary se cortó.

Su expresión era... vacía.

Sin enojo. Sin irritación.

Simplemente... nada.

Y por alguna razón, eso la asustó más que cualquier otra cosa.

—Derek —susurró, suplicante.

Él inclinó la cabeza ligeramente; sus ojos eran fríos e ilegibles.

—¿Por qué no me lo dijiste?

El estómago de Mary se retorció dolorosamente.

—Yo... —abrió la boca, pero las palabras no salían.

No sabía qué decir.

¿Que había mentido para salvarse?

¿Que entró en pánico y soltó tonterías?

¿Que tenía miedo de su reacción?

Derek soltó una risa corta y sin humor.

—¿Sabes qué es gracioso? —dijo, con voz baja y cortante.

Mary permaneció en silencio.

Porque sabía que nada de eso era gracioso.

—Estaba a punto de decirte algo importante —se burló, negando con la cabeza—. Pero supongo que ya no importa, ¿verdad?

El corazón de Mary se encogió.

No.

Importaba.

Importaba mucho.

—Derek, por favor —intentó de nuevo.

Pero él ya estaba subiendo a su coche, cerrando la puerta de golpe.

El motor rugió al arrancar y, antes de que ella pudiera decir algo más, él se alejó.

Mary se quedó mirando el espacio vacío donde había estado su auto.

Y por primera vez en mucho tiempo...

Sintió que realmente había perdido algo importante.

Más tarde esa noche.

Mary estaba sentada en su cama, mirando su teléfono, con la mente hecha un completo desastre.

¿Debería llamarlo?

¿Disculparse?

¿Decirle la verdad?

Antes de decidir, su teléfono vibró.

Era Julián.

Con un suspiro, respondió.

—Mary —la voz de Julián era seria, sin su habitual tono burlón.

—Oye —murmuró ella.

Un instante de silencio.

Luego:

—Eres un idiota.

Mary gimió.

—Lo sé.

—Acabas de hacer que mi hermano piense que somos pareja —dijo él serio.

—¡Lo sé! —se dejó caer en la cama—. Entré en pánico, ¿vale?

Julián soltó un suspiro de frustración.

—Mary, ¿qué demonios pasa? —preguntó exasperado—. ¿Por qué sigues escondiéndote de Derek? Han pasado tres años.

Mary cerró los ojos con fuerza.

Odiaba cómo Julián la veía a través de ella.

—Sabes por qué —murmuró.

Pausa.

—Mary —dijo Julián con voz más suave—, te conozco desde el principio.

Mary mordió el labio, agarrando el borde de la manta.

Lo sabía.

Julián había sido su apoyo cuando ella vivía sola en la casa de Derek.

El único que la trataba como familia aparte de Thaddeus.

El que la hacía reír cuando quería llorar.

El que la hacía sentir que pertenecía.

Y ahora ella lo arrastraba a su lío.

—¿Por qué no se lo dijiste? —preguntó Julián.

Mary suspiró con voz temblorosa.

—Porque tengo miedo.

Julián guardó silencio un instante.

Luego:

—¿De qué?

Mary dudó.

—Que me odiará —susurró—. Que nunca me perdonará. Que perderé todo lo que tenemos ahora.

Julián pensó un momento.

—Sabes, Derek no es tan despiadado como crees —dijo—. Sí, es un idiota, pero no es cruel.

Mary cerró los ojos.

Quería creerlo.

De verdad.

Pero...

—Sólo necesito más tiempo —murmuró.

Julián suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Pero Mary, no tardes mucho. Si sigues huyendo... algún día, Derek podría dejar de perseguirte.

El agarre de Mary sobre la manta se apretó.

Porque, en el fondo, sabía que Julián tenía razón.

Y ese pensamiento la aterrorizaba.

Capítulo 21

Derek Lancaster nunca se había sentido tan frustrado en toda su vida.

Durante días se sumergió en el trabajo, ahogándose en interminables reuniones, contratos y negociaciones solo para evitar que su mente volviera a Mary.

Pero no funcionaba.

Estaba furioso. Furioso con ella por hacerle sentir así. Furioso consigo mismo por haberse enamorado tan perdidamente. Pero lo que más lo enfurecía era que Mary... estaba casada. Y no con cualquiera, posiblemente con Julián.

Al principio se negó a creerlo. Pero después de esa noche, cuando Mary entró en pánico y llamó a Julián delante de él, ya no pudo ignorar la verdad.

Entonces la evitó.

Ni mensajes. Ni llamadas. Ignoraba incluso los correos electrónicos sobre los proyectos que tenían juntos. Cuando la veía en los pasillos, miraba hacia otro lado. Si ella lo llamaba, fingía no escuchar.

Por primera vez en su vida, Derek se escapó.

—Señor —dijo Leo Marchand una noche, entrando en su oficina—. Investigué lo que me pidió.

Derek, que revisaba un documento, se quedó paralizado un instante antes de recostarse en la silla.

—¿Y?

Leo Marchand suspiró.

—Que yo sepa, Julián lleva años saliendo con alguien. Es su novia desde hace mucho.

Derek frunció el ceño.

—¿Y? ¿Están... casados?

Leo Marchand arqueó una ceja.

—Que yo sepa, no. Pero ¿por qué preguntas sobre la vida amorosa de Julián ?

Derek no respondió. Exhaló bruscamente y se frotó la sien.

Ya no sabía qué creer.

Se convenció de algo:

Mary no es mía. Nunca lo fue. Es hora de seguir adelante.

—

Pasaron los días. Derek se mantuvo alejado de Mary. Casi logró mantenerla fuera de su mente.

Hasta que el destino decidió jugarle una mala pasada.

En el restaurante de lujo Mistral 21, Derek salía de una reunión cuando vio a Julián ... con una mujer.

Y no era Mary.

El joven Lancaster estaba sentado a la mesa, sonriendo y riendo con una hermosa morena. La forma en que se tomaban de la mano, cómo Julián la miraba con tanto amor...

La mandíbula de Derek se apretó.

Marchó hacia ellos.

—Julián —su voz era fría y cortante.

Julián parpadeó sorprendido, luego sonrió.

—¡Derek! ¡Vaya! ¿Qué haces aquí?

La mujer junto a Julián sonrió cálidamente.

—¡Oh! Tú debes ser Derek. Me alegra conocerte. Soy Isabela.

Derek no devolvió el saludo cálido.

En cambio, se volvió hacia Julián con expresión indescifrable.

—Tenemos que hablar.

—

Al aire libre, a solas.

Derek agarró a Julián del cuello.

—¿Qué demonios haces? —siseó.

Julián parpadeó, confundido.

—¿Qué?

Derek apretó más.

—Ya tienes a Mary. ¿Qué demonios está pasando?

Julián finalmente entendió.

Ay. Ay.

Casi se rió.

¡Derek pensó que estaba engañando a Mary!

Pero antes de que pudiera explicar, el puño de Derek estaba en el aire.

—¡Espera! ¡Espera! ¡Alto! —gritó Julián , levantando las manos en señal de rendición.

Los ojos de Derek ardían.

—RESPONDE.

Julián , conteniendo la risa, suspiró dramáticamente.

—Vale, vale. Sí, quiero a Ary.

Derek se tambaleó.

Julián lo esquivó.

—¡ESPERA, ASÍ NO!

Derek entrecerró los ojos.

Julián tosió.

—Quiero a Ary, pero como a una hermana. Siempre quise una hermana, y Ary fue la única que se comportó como tal conmigo.

El puño de Derek bajó lentamente.

La ira estalló.

Julián sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

—¿De verdad creías que estaba enamorado de ella? —rió—. Tío, te gusta mucho, ¿eh?

Derek se tensó.

—Cállate.

Pero la sonrisa de Julián se ensanchó.

—¡Dios mío! ¡LA AMA!

Derek frunció el ceño.

—Dije que te callaras.

Pero Julián no paraba.

—¡Incluso estuviste dispuesto a pelear conmigo por ella! Si no te lo hubiera aclarado, me habrías roto los dientes.

Derek puso los ojos en blanco.

—Debería haberte golpeado de todas formas.

Julián sonrió.

—Amas a Mary.

Derek exhaló, pasándose la mano por el cabello.

—...Sí.

Fue la primera vez que lo admitió en voz alta.

Julián se quedó congelado.

Derek apartó la mirada y bajó la voz.

—La amo.

Por primera vez, Julián guardó silencio.

Porque no fue solo una confesión.

Fue dolorosa.

Derek amaba a Mary. Pero ella era su esposa en teoría. Y ocultaba algo.

Y él no sabía si alguna vez podría tenerla.

Capítulo 22

El bar era elegante y tranquilo, el tipo de lugar donde la gente bebía whisky caro y discutía negocios.

Pero Mary no estaba allí por negocios.

Estaba borracha.

Sentado frente a ella, Julián Lancaster la observaba mientras luchaba por mantener la cabeza erguida.

—Mary, ¿de verdad no aguantas el alcohol? —preguntó con una mezcla de preocupación y diversión.

Mary gimió y se desplomó contra la mesa.

—Estoy bien —intentó asegurar, pero su voz sonó débil.

—No lo estás —respondió Julián , removiendo el whisky en su vaso —. Y, por cierto, hablé con Derek antes.

Mary se estremeció. Incluso en su estado de embriaguez, su cuerpo se tensó.

—¿Sobre qué? —preguntó con cautela.

Julián se inclinó hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Pensó que te estaba engañando.

Mary levantó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos.

—¿QUÉ?

Julián sonrió.

—Estaba muy celoso. Estaba a punto de noquearme.

Mary se quedó boquiabierta.

Julián rió.

—Resulta que está completamente enamorado de ti.

El corazón de Mary dio un vuelco.

Pero entonces, el recuerdo de esa noche —de Derek alejándose, de su enojo, de su decepción— regresó con fuerza.

Ella apretó su vaso con más fuerza.

—No, no lo es.

La broma de Julián se desvaneció al notar la tristeza en su voz.

—Mary...

—No puede amarme —susurró ella—. No después de haberle mentido.

Julián suspiró.

—Entonces dile la verdad.

Mary negó con la cabeza con furia.

—Me odiará. Me odiará más de lo que ya me odia.

Julián exhaló bruscamente.

—Mary, eso es...

Antes de que pudiera terminar, una idea cruzó su mente.

Sacó su teléfono.

—Vamos a probar esa teoría.

Mary parpadeó.

—¿Qué haces?

Julián sonrió con suficiencia.

—Llamando a Derek.

—

Derek contestó al segundo timbre.

—¿Qué? —su voz sonaba aguda e irritada.

Julián puso los ojos en blanco.

—Tranquilo. Solo tengo una pregunta.

Derek suspiró.

—Date prisa.

Julián se recostó, fingiendo despreocupación.

—¿Cómo está tu esposa?

Silencio.

Entonces, la voz irritada de Derek estalló:

—¿Por qué carajos preguntas por ella?

Mary, al oír esto a través del altavoz, sintió que se le revolvía el estómago.

Julián se encogió de hombros.

—No sé. Solo me preguntaba... ¿Alguna vez piensas en Aria?

Derek se burló.

—Ni una sola vez.

El pecho de Mary se apretó.

Julián sonrió con suficiencia.

—¿Y si te enamoraras de ella?

Derek se rió, pero sin gracia.

—Eso no pasará. Jamás.

Los dedos de Mary temblaron.

—Me quitó tres años de vida, Julián . Tres años. ¿Sabes lo que eso significa?

La sonrisa de Julián se desvaneció.

—¿Qué significa, Derek?

—Significa —la voz de Derek sonó amarga y fría— que por su culpa no pude casarme con la persona que realmente quería.

Mary sintió como un puñetazo en el estómago.

Derek continuó, sin saber que Mary escuchaba cada palabra.

—Por culpa de ella y del abuelo, mi vida quedó estancada. Me robaron la libertad. Ella no significa nada para mí. Y cuanto antes me divorcie, mejor.

Mary no podía respirar.

Julián la miró.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

Entonces, las palabras de Derek la destrozaron por completo.

—La mujer que amo no es Aria Velmont. Y nunca lo será.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Mary.

Julián lo vio.

Y se arrepintió de haber hecho esa llamada.

Capítulo 23

Mary estaba en completo y absoluto silencio.

Las palabras seguían resonando en su cabeza.

"La mujer que amo no es Aria Velmont. Y nunca lo será."

Sus dedos temblaban mientras dejaba la bebida sobre la mesa.

Julián suspiró, frotándose la nuca.

—Bueno... eso fue duro.

Mary soltó una risita amarga.

—¿Duro? No. Eso era... lo esperado.

Julián frunció el ceño.

—Mary...

—Me voy a casa. —Agarró su bolso, tropezando ligeramente al ponerse de pie.

Julián la sujetó del brazo inmediatamente.

—Estás borracha. Te llevaré...

—¡Estoy bien! —espetó ella, tirando hacia atrás con fuerza.

Julián la miró fijamente durante un buen rato antes de suspirar.

—De acuerdo. Pero al menos déjame...

Mary no esperó más.

Se dio la vuelta y salió.

—

Fuera del bar, la noche era fría.

Mary se abrazó a sí misma; su aliento formaba nubes visibles en el aire helado.

Sabía que esto pasaría.

Sabía, desde el principio, que en el momento en que Derek descubriera su identidad, todo terminaría.

Y sin embargo—

Todavía duele.

El pecho le ardía, apretado y sofocante.

Se secó las lágrimas y respiró hondo.

—Necesito terminar con esto.

No más correr, no más esconderse.

Tenía que firmar los papeles del divorcio y desaparecer de su vida para siempre.

—

Mary miró fijamente los documentos del divorcio frente a ella.

Habían estado sobre su escritorio durante días.

Una sola firma. Eso era todo lo que se necesitaba.

Apretó el bolígrafo con fuerza, pero su mano se negaba a moverse.

—¿Por qué estoy dudando?

Negó con la cabeza, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con caer.

—Ya sabías que él no te amaba. Sabías que esto iba a pasar.

Se había convencido de que cuando llegara ese día, todo estaría bien.

Pero no lo estaba.

Se estaba cayendo a pedazos.

—

Mientras tanto, en la sede central del Grupo Lancaster…

Derek estaba solo en su oficina, sumergido en el trabajo.

Pero por alguna razón…

No podía concentrarse.

Algo no estaba bien.

Se pasó una mano por el pelo y exhaló con frustración.

—¡Maldita sea!

¿Por qué sentía que acababa de cometer un gran error?

Miró su teléfono.

Aria Velmont.

Su esposa.

O más exactamente: la mujer que le había robado tres años de su vida.

Apretó la mandíbula.

—Leo Marchand —llamó.

Su secretaria entró con unos documentos en la mano.

—¿Sí, señor?

—¿Alguna novedad sobre mi divorcio?

Leo Marchand vaciló.

Derek entrecerró los ojos.

—Dilo.

Leo Marchand suspiró.

—Señor... todavía no hemos podido reunirnos con la Sra. Velmont para la firma final. Y...

Derek apretó los dientes.

—¿Y qué?

—Tu abuelo sigue retrasando el proceso.

Derek golpeó la mano contra el escritorio.

Por supuesto. El abuelo estaba poniendo las cosas difíciles otra vez.

—De acuerdo —dijo con frialdad—. Entonces hablaré con él personalmente.

Capítulo 24

Mary estaba sentada en su apartamento, tomando una taza de té.

Sonó el timbre.

Se quedó congelada.

—¿Quién será...? —vaciló, caminando lentamente hacia la puerta.

Al abrirla, su corazón se detuvo.

Derek estaba allí, con una expresión difícil de leer.

Sus dedos se aferraron con fuerza al marco de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz tensa.

Sin esperar respuesta, Derek entró.

—Ya terminé de jugar, Mary —dijo en voz baja.

Un nudo se formó en el estómago de Mary.

—¿Qué... qué quieres decir?

Derek la miró fijamente, intenso.

—Sé que me has estado evitando —dijo—. Pero necesito respuestas.

Mary tragó saliva.

—¿Respuestas?

Él dio un paso más hacia ella.

—Dime la verdad —exigió—. ¿Estás comprometida con mi hermano?

El corazón de Mary latía con fuerza.

Julián.

El malentendido.

—Derek, yo...

—¡Dímelo! —espetó—. Porque si es así, me apartaré. No interferiré. Solo...

Su voz se quebró levemente.

Mary quedó paralizada.

Nunca lo había visto así.

No tan vulnerable. No tan perdido.

Su pecho se apretó.

—Tengo que decirle...

Ella abrió la boca, pero entonces...

Una voz familiar los interrumpió.

—¿Hermano?

Mary y Derek se giraron.

Julián estaba allí, sosteniendo un ramo de flores.

La expresión de Derek se oscureció.

Y Mary sintió que su mundo se derrumbaba.

—

La mente de Mary quedó en blanco.

Julián , con su habitual sonrisa burlona, seguía allí en la puerta.

Derek endureció la mirada.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó con voz peligrosa.

Mary sintió que el aire le faltaba.

Julián parpadeó, miró a Mary y luego volvió a Derek.

—Oh, qué mal momento, ¿no?

Derek rió con amargura.

—¿Mal momento? ¿En serio?

Sus ojos se clavaron en Mary.

—Entonces es verdad, ¿eh?

Mary quiso hablar, pero no salió nada.

Derek soltó una risita sin humor.

—¡Guau! Estaba dispuesto a robarte a cualquiera, Mary. A cualquiera. ¿Pero solo tenías que estar comprometida con él? ¿Con mi propio hermano?

El estómago de Mary se revolvió.

—Derek, no es...

—Guárdalo —lo cortó.

Derek se dio la vuelta bruscamente y empujó a Julián .

—

Mary entró en pánico.

—No. No, no, no...

—¡Derek, espera! —le agarró la muñeca.

Él se detuvo, pero no se dio vuelta.

Mary sintió que temblaba.

Apretó su mano con más fuerza.

—Solo escúchame...

Finalmente, Derek la enfrentó, sus ojos fríos y distantes.

—Dime una cosa, Mary —dijo en voz baja—.

¿Estás enamorada de él?

La respiración de Mary se cortó.

Sabía lo que tenía que decir.

Sabía la verdad.

Pero...

Si se lo dijera ahora...

Si le contara todo...

¿La perdonaría alguna vez?

Sus labios se separaron.

Pero entonces—

Un sonido agudo los interrumpió.

El teléfono de Derek vibró.

Al principio lo ignoró, pero se congeló al ver el identificador.

Vivienne Lancaster.

Su madre.

Sus ojos se posaron en Mary antes de contestar.

—¿Hola?

La voz de Vivienne sonó urgente.

—Derek, ven a la mansión. Ahora. Se trata de tu abuelo.

Derek se puso rígido.

Mary sintió un apretón doloroso en el pecho.

Enrique Lancaster.

El abuelo de Derek.

La única persona que se interpone entre su divorcio.

La única persona que sabe la verdad.

Derek bajó el teléfono, con el rostro inexpresivo.

Se quedó mirando a Mary por un largo momento.

Y sin decir palabra, se alejó.

—

Mary quedó paralizada, con el corazón latiendo dolorosamente mientras Derek desaparecía.

Julián , que había observado en silencio, suspiró y se dejó caer en el sofá junto a ella.

—Eso... fue intenso —murmuró, frotándose la nuca.

Mary dejó escapar un suspiro tembloroso.

«Intenso» era un eufemismo.

Derek ya estaba furioso con ella.

Y ahora, con la llamada de su abuelo, Mary temía que las cosas estuvieran a punto de empeorar mucho más.

Julián ladeó la cabeza.

—¿Y ahora qué?

Mary cerró los ojos con fuerza.

—No lo sé, Julián . De verdad que no lo sé.

Le dolía el corazón.

Las palabras de Derek resonaban en su mente como un disco rayado:

Estaba dispuesto a robarte a cualquiera, Mary. A cualquiera. ¿Pero solo tenías que estar comprometida con él? ¿Con mi propio maldito hermano?

Se agarró el pecho.

¿Habría reaccionado así si no sintiera nada por ella?

¿Eso significaba que... realmente la amaba?

Negó con la cabeza.

—No importa.

Seguía siendo Aria Velmont.

La mujer que más odiaba.

Julián suspiró.

—Creo que deberías ir tras él.

Mary levantó la cabeza de golpe.

—¿¡Qué!?

Julián se encogió de hombros.

—Ya me oíste. Deberías ir a la mansión.

Mary entró en pánico.

—¡No puedo!

—Puedes —replicó Julián —. Simplemente no quieres.

Mary mordió su labio.

—Julián , sabes que yo...

—Mary. —Su tono serio y suave era diferente—. Sé que tienes miedo. Pero no eres la única que sufre.

El pecho de Mary se apretó.

Lo sabía.

Lo sentía.

Y aún así, dudaba.

¿Derek la odiaría más si apareciera en la mansión?

¿Sería este, finalmente, el momento en que todo se derrumbaría?

Apretó los dientes.

—No, esto es mejor.

Capítulo 25

Mansión Lancaster Residence

Derek apretó la mandíbula mientras avanzaba hacia el gran salón de la mansión Lancaster, ese lugar que evitaba siempre que podía.

Su madre, Vivienne, ya estaba sentada, tomando té con esa elegancia fría que le era característica, mientras su abuelo, Thaddeus Lancaster, hojeaba distraídamente un cuaderno lleno de... ¿planes para algún evento?

Derek suspiró con pesadez. Tenía un mal presentimiento sobre esta reunión.

—Derek, llegaste —lo recibió Vivienne con una sonrisa cálida.

Me vi obligado a venir, pensó él, clavando la mirada en Thaddeus.

El anciano sonrió, impasible.

—Bien —dijo dejando el cuaderno a un lado—. Como sabes, Julián se ha comprometido. Te lo conté por teléfono, pero ahora imagino que entiendes por qué te llamé.

Derek se tensó al instante.

Así que era verdad.

El compromiso era real.

Y lo peor: se esperaba que él se encargara de organizarlo.

—Como cabeza de la familia Lancaster —continuó Thaddeus—, quiero que te ocupes de la planificación del evento. Será este fin de semana.

Derek apenas escuchó el resto. Sentía una opresión que le oprimía el pecho.

El compromiso de su hermano.

Con Mary.

Su Mary.

Se burló por dentro. ¿A qué mentía? Mary nunca había sido *suya*.

—Me niego —dijo con voz firme, mientras sus manos se cerraban en puños.

Thaddeus arqueó una ceja, indiferente. —¿Disculpa?

—Dije que me niego a preparar una boda que ni siquiera...

—No hay discusión —lo interrumpió el anciano—. Julián es tu único hermano, y como cabeza de familia, eres responsable de que todo salga perfecto.

Vivienne asintió. —Tu boda nunca tuvo ceremonia formal, Derek. Esta será la primera gran celebración familiar. Tu abuelo tiene razón.

Derek soltó una risa amarga.

Cierto. Su propio matrimonio fue un acuerdo secreto. Sin ceremonias, sin festejos. Solo un contrato y tres años de vacío.

Y ahora debía asegurarse de que Mary tuviera la boda que él nunca tuvo.

¿Qué cruel broma era esta?

Pero conocía a su abuelo. Negarse era inútil. Thaddeus se saldría con la suya.

Derek exhaló con brusquedad, mirando al anciano. —Está bien. Pero no esperes que me alegre.

Thaddeus sonrió divertido.

—Oh, nunca esperé que fueras feliz, nieto.

Derek frunció el ceño, frustrado.

Entonces Thaddeus dejó caer otra bomba:

—Vuelve mañana —dijo casualmente—. Julián traerá a su prometida para presentarla formalmente.

Derek se quedó paralizado.

¿Mañana?

Lucía.

La sola idea de verlos juntos le revolvía el estómago.

Mientras tanto, en el apartamento de Mary

Mary permaneció inmóvil, con el corazón golpeándole el pecho mientras Derek salía furioso, cerrando la puerta de un portazo.

Sus palabras llenas de dolor y rabia aún resonaban en el aire.

Estaba dispuesto a robarte a cualquiera, Mary. A cualquiera. ¿Pero solo tenías que estar comprometida con él? ¿Con mi propio maldito hermano?

Ella cerró los ojos con fuerza.

¿Por qué sentía que su pecho se hundía?

¿Habría reaccionado así si no sintiera algo por él?

No. No podía permitirse pensar de esa forma.

—Él todavía me odia.

Un suspiro la sacó de sus pensamientos.

—¡Uf! Eso fue brutal.

Mary se giró hacia la fuente de su desdicha.

Julián Lancaster, con el ofensivo ramo en mano, descansaba plácidamente en el sofá como si tuviera todo el derecho a estar ahí.

Ella estuvo a punto de arrebatarle las flores para golpearlo con ellas.

En lugar de eso, se acercó y le quitó el ramo de la mano.

—¿Sabes cuántos problemas acabas de causar? —le siseó.

Julián parpadeó. —¿Yo? ¿Qué hice?

Mary lo fulminó con la mirada. —¡Apareciste en medio de la pelea con un ramo en la mano, como una rival romántica en una telenovela!

Julián inclinó la cabeza, pensativo.

—Bueno... no puedo evitar tener un timing perfecto.

Mary levantó el ramo amenazante.

—Dilo otra vez y te meteré estas rosas por la garganta.

Julián levantó las manos en señal de rendición, conteniendo la risa.

—Está bien, está bien. Fue mi error.

Mary gimió y se desplomó junto a él en el sofá, demasiado cansada para pelear más.

Julián la miró con expresión pensativa.

—Entonces... ¿y ahora qué?

Mary enterró la cara entre las manos.

—No lo sé, Julián . Realmente no lo sé.

Julián tarareó. —Bueno, si ya no tienes más crisis, vine por algo.

Mary lo miró entre los dedos.

—Por favor, no me digas que solo pasaste para ver mi destrucción emocional.

Julián sonrió con suficiencia.

—Eso fue solo un extra.

Mary gimió de nuevo.

—Te odio.

—Eh, me amas —respondió Julián con una sonrisa, y luego se aclaró la garganta—. Pero hablando en serio, necesito un favor.

Mary entrecerró los ojos.

—¿Por qué siento que me voy a arrepentir de esto?

Julián lo ignoró.

—Necesito que me acompañes mañana a la mansión Lancaster y me ayudes a convencer al abuelo de que apruebe mi compromiso.

Mary se quedó paralizada.

—Espera. ¿Qué?

Julián sonrió orgulloso.

—Le propuse matrimonio a Isabela. Dijo que sí.

La mandíbula de Mary cayó.

—Julián , ¡eso es increíble!

—Sí, lo es —coincidió Julián —. Excepto que el abuelo casi me mata.

Mary hizo una mueca. —¡Uf! Sí, eso suena típico.

Julián gimió dramáticamente.

—Siguió con todo ese rollo de "eres una vergüenza para el apellido Lancaster", y juraría que vi mi vida pasar ante mis ojos.

Mary resopló.

—Bueno... no está tan equivocado.

Julián jadeó.

—Traición.

Mary puso los ojos en blanco.

—Déjame adivinar. ¿Quieres que sea tu escudo humano contra la ira del abuelo?

—Básicamente, sí.

Mary entrecerró los ojos.

—¿Y por qué mi visita cambiaría algo?

Julián dudó.

—Eh... ¿porque el abuelo te adora?

Mary cruzó los brazos.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Porque... te escucha?

Mary volvió a entrecerrar los ojos.

—Mentiroso. Hace lo que quiere.

Julián suspiró dramáticamente y soltó la bomba:

—Está bien. El abuelo no quiere que me case con Isabela porque, en realidad, quiere que me case contigo.

Silencio.

Silencio absoluto.

Entonces...

—"...¿¡QUÉ!?" —gritó Mary, casi sin aliento.

Julián asintió solemne.

—Sí. Al parecer, quiere que seas parte de la familia a toda costa. Así que si no logro que acepte a Isabela, me obligará a casarme contigo.

Mary se levantó del sofá como si la hubieran electrocutado.

—¡¿ESTÁS LOCO?! ¡¿POR QUÉ NO ME LO DIJISTE ANTES?!

Julián se recostó, imperturbable.

—Porque no hubieras accedido si te lo hubiera dicho.

Mary lo miró, boquiabierta.

¿Y crees que ahora lo haré?

Julián suspiró dramáticamente.

—Mary, si no me ayudas, me obligarán a casarme igual que a ti. Y a diferencia de ti, no tengo la paciencia para sobrevivir tres años de guerra fría.

Mary parpadeó.

—¿Disculpa?

Julián sonrió con suficiencia.

—¿Crees que podría aguantar tres años sin que mi esposa me preste atención? Me volvería loco en tres días.

Mary frunció el ceño.

—Julián , esto no tiene gracia.

—Para mí sí.

Mary tomó una almohada y se la lanzó.

Julián la atrapó sonriendo.

—Bueno, bueno, pero en serio —dijo—. Solo quiero asegurarme de que Isabela sea bienvenida antes de presentarla. No quiero que el abuelo la humille delante de todos.

Mary hizo una pausa.

Eso... realmente tenía sentido.

Se mordió el labio.

Quería decir que no.

Necesitaba decir que no.

Debería evitar a Derek después de lo que pasó.

Pero Julián debió ver la vacilación en su rostro porque rápidamente agregó:

—Además, Derek no estará. Ya se negó a venir.

Mary se animó.

—¿En serio?

Julián asintió solemne.

—Sí. De todas formas, odia ir a la mansión.

Mary mordió el labio.

Realmente no debería hacerlo.

Pero Julián parecía desesperado.

Y... si podía ayudarlo, quizá también podría pedirle a Thaddeus que aprobara su divorcio.

Con un suspiro profundo, gimió derrotada.

—Está bien. Iré.

Julián sonrió radiante.

—¡Sabía que me amabas!

Mary lo señaló con el dedo.

—Me debes una. Una muy grande.

Julián le pasó el brazo por los hombros.

—Mary, si sobrevivimos mañana, le pondré a mi primogénito tu nombre.

Mary suspiró.

Mañana iba a ser un desastre.

Capítulo 26

Mary y Julián habían pasado la última hora intentando convencer a Thaddeus de aprobar su compromiso con Isabela… solo para descubrir que ya lo había hecho.

Mary se quedó boquiabierta.
—Espera… ¿Ya lo aprobaste?

Thaddeus sonrió con una satisfacción traviesa.
—Por supuesto. ¿Creen que permitiría que mi nieto fuera tan miserable? Solo quería ver si ustedes venían a rogarme un poco.

Julián gimió, lanzándole a Mary una mirada de "¿ves lo que te dije?".
—Te lo dije… el abuelo tiene un toque malvado.

Mary se masajeó las sienes.
—i¿Nos… nos engañaste?!

Thaddeus soltó una risa baja.
—No es mi culpa que cayeran en el anzuelo.

Julián suspiró profundamente.
—¿Así que todo esto fue para nada? ¡Hasta soborné a Mary para que viniera con el ramo más caro que encontré!

Los ojos de Thaddeus brillaron con picardía.
—Ah, sí. ¿Y te das cuenta de que *solo* quería que Mary viniera, verdad? Julián , podrías haberle propuesto matrimonio a Isabela en la Luna y me habría dado igual.

Mary se atragantó.
—¿Qué… qué dijiste?

Thaddeus sonrió.
—Quería verte.

Mary parpadeó, desconcertada. Siempre supo que Thaddeus la apreciaba, pero… ¿la había hecho venir solo por eso?

Julián se cruzó de brazos, fastidiado.
—Deberías habérselo pedido directamente, en lugar de involucrarme en tus artimañas.

Mary suspiró, apartando la mirada.
—Debería irme. Se está haciendo tarde.

Thaddeus asintió con esa sonrisa suya tan típica.
—Cuídate, querida.

—

Mary apenas había salido de la mansión Lancaster cuando una mano firme se cerró alrededor de su muñeca.

Su respiración se cortó.

Se giró de golpe.

Derek.

Su mirada ardía. Oscura. Intensa. Bajo las luces tenues de la entrada, su expresión era todo menos indiferente. Su agarre no era violento, pero tampoco dejaba opción.

—¿Adónde vas? —su voz sonaba baja, tensa.

Mary tragó saliva.
—A casa.

Derek apretó con más fuerza.
—¿Sin decirme nada?

Su corazón comenzó a martillarle el pecho.
—¿Y por qué habría de hacerlo?

Derek rió con amargura.
—¿De verdad crees que no merezco una explicación?

Mary apretó los puños.
¿Explicación?

¿Qué podía decirle?

¿Que todo fue una mentira? ¿Que la mujer que despreciaba y la que había empezado a amar eran la misma persona?

No podía.

—Derek… —su voz fue apenas un susurro—. Déjame ir.

Pero él no la soltó.

—Lo haré. Solo respóndeme una cosa primero.

Sus siguientes palabras fueron una puñalada al corazón.

—¿Amas a Julián ?

Mary se quedó helada.
—¿Qué…?

Derek dio un paso más. Su mirada no temblaba.
—¿Lo amas?

El nudo en su garganta se hizo imposible de tragar.

Derek exhaló, con la voz quebrada.
—Porque Julián no te ama, Mary. Tiene a otra mujer en su corazón.

El pecho de Mary se contrajo.

Isabela.

Claro que hablaba de Isabela.

Alzó la vista lentamente.
—¿Cómo lo sabes?

Derek dudó. Luego bajó la voz.
—Lo vi. Con ella.

La respiración de Mary se entrecortó.

—Vi cómo la miraba… cómo la tocaba… —la voz de Derek tembló, traicionándolo—. Y lo supe. Supe que ella era la mujer que él realmente ama.

Se pasó una mano por el pelo, frustrado. Y entonces, dijo lo que Mary jamás imaginó escuchar.

—**Elígeme.**

Todo su cuerpo se congeló.

—Elígeme —repitió, con desesperación—. Si no sientes nada por mí, dímelo ahora y me alejaré. Pero si hay *una sola parte de ti* que me quiera, aunque sea mínima…

Su agarre tembló.

—…aunque sea una parte diminuta que desee esto… por favor, no te vayas.

Mary quiso gritar.

No era justo.

Derek no debía mirarla así.

No debía hacer esto más difícil.

No debía hacerla querer quedarse.

Sus labios se entreabrieron, pero no supo qué decir.

Y Derek no había terminado.

—Estaba dispuesto a pelear con cualquiera por ti, Mary. —Sus ojos estaban llenos de un dolor tan brutal que a ella le costó respirar—. Si había una posibilidad, una sola, de que sintieras lo mismo, iba a luchar.

Mary se llevó una mano al pecho, intentando no quebrarse.

—¿Pero por qué? —la voz de Derek se hizo trizas—. ¿Por qué tiene que ser él? ¿Por qué el hombre con el que vas a casarte?

Tragó saliva.
—¿Por qué Julián ?

Y entonces Mary lo entendió.

Esa guerra silenciosa dentro de él.

Si luchaba por ella… perdería a Julián .
Pero si la dejaba ir… la perdería a ella.

Y esa elección lo estaba destruyendo.

Mary sintió cómo las lágrimas le nublaban la vista.

¿Por qué?

Ella nunca quiso hacerle daño.
Nunca quiso llegar a esto.

Derek dejó escapar un suspiro tembloroso.
—**Mary… por favor.**

Ella apretó los puños.

Tenía que acabar con esto.

Ahora.

—Lo… lo siento.

La palabra apenas fue un susurro. Pero bastó.

El cuerpo de Derek se tensó.

No dijo nada. No se movió.

Por primera vez… estaba completamente vencido.

Mary lo miró por última vez.

Esto es lo mejor.

Soltó su muñeca, con suavidad.

—**Adiós, Derek.**

Y se dio la vuelta.

Dejando atrás al único hombre que la hizo querer quedarse.

Capítulo 27

Derek estaba sentado en su oficina, hojeando distraídamente un documento que no conseguía leer. Sus ojos pasaban por las palabras, pero su mente estaba en otra parte.

La noche anterior aún lo tenía en vilo.

"Lo lamento."

Aquella frase resonaba en su cabeza como una sentencia.

Le había dado una salida.

Una elección.

Le había pedido —prácticamente suplicado— que lo eligiera.

Y aun así, ella eligió a Julián .

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

¿Qué esperaba? ¿Que ella se lanzara a sus brazos y confesara que también lo amaba? ¿Que hubiese estado ocultando sus sentimientos todo este tiempo?

No.
Fue un iluso por aferrarse a la esperanza.

Un golpe firme en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Pase —dijo con voz hueca.

Leo Marchand entró, una carpeta en mano.
—Señor, Mary no asistirá a la reunión de hoy.

Derek alzó la mirada de inmediato.
—¿Qué?

—No se encuentra bien —explicó Leo Marchand mientras dejaba la carpeta sobre el escritorio—. Envió los documentos para la presentación. Alguien los entregó en su nombre.

Los dedos de Derek se cerraron en un puño sobre el escritorio.

¿Estaba enferma?

Su primer impulso fue ir a verla. Asegurarse de que estuviera bien.

Pero entonces, la verdad lo golpeó.

No estaba enferma. Lo estaba evitando.

Él le había dicho que, si no lo elegía, la dejaría en paz.

Y ella no lo eligió.

Derek exhaló lentamente, echándose hacia atrás en la silla.

—Está bien —murmuró, dejando a un lado los pensamientos—. Me encargaré de la reunión.

Leo Marchand dudó, como si debatiera si decir algo más.

Finalmente, habló de nuevo.

—También quería informarle sobre los preparativos del compromiso de Julián ...

La expresión de Derek se endureció al instante.

—Detente.

Leo Marchand parpadeó.
—¿Señor?

Derek apretó la mandíbula.
—No quiero escucharlo.

—Pero el compromiso—

—He dicho que no quiero escucharlo —repitió, cortante.

Leo Marchand frunció el ceño.
—Señor, usted sabe que...

—No me importa —lo interrumpió Derek, la voz cargada de una amargura contenida.

Leo Marchand suspiró y negó con la cabeza.

Acababa de mencionar que Julián estaba comprometido con Isabela, pero evidentemente, Derek no lo había asimilado. Estaba demasiado consumido por su propia miseria.

—Entendido, señor —dijo al fin, sin insistir más.

Derek asintió apenas, dejando claro que la conversación había terminado.

Pero cuando Leo Marchand se dio vuelta para salir, no pudo evitar pensar:

¡Si tan solo realmente lo hubiera escuchado...!

Porque la verdad era que, desde el principio, la mujer por la que Derek estaba sufriendo...
nunca fue la prometida de Julián .

Capítulo 28
Lancaster Enterprises – Oficina de Derek

Leo Marchand alejó el teléfono de su oído justo cuando la voz de Thaddeus Lancaster estalló como una bomba.

—¡¿ERES INCOMPETENTE O SOLO ESTÁS SORDO?! —bramó Thaddeus—. ¡ME IMPORTA UN CARAJO SI TIENES QUE ARRASTRARLO ENCADENADO, LEO MARCHAND! ¡TRÁELO A LA MANSIÓN!

Leo Marchand soltó un suspiro resignado. Ya estaba agotado, y el día apenas comenzaba.

—Señor, ¿recuerda que Derek es un adulto funcional? No puedo simplemente...

—¡Me da igual si es el presidente del país! Si no aparece en el compromiso de su hermano, ¡pensarán que somos una familia disfuncional!

Demasiado tarde para eso, pensó Leo Marchand con cinismo.

—Juró sobre su cadáver que no asistiría —insistió, masajeándose las sienes.

—¡ENTONCES TRAIGAMOS SU CADÁVER!

Leo Marchand se atragantó con su propio aire.

—¡¿Disculpe?!

—¡ME OÍSTE! ¡SI HAY QUE SECUESTRARLO, LO SECUESTRAS! ¡TIENE QUE IR A ESE COMPROMISO, LEO MARCHAND! Y si no... ni se te ocurra volver.

La línea se cortó con un clic seco.

Leo Marchand suspiró largo y tendido, ya temiendo lo que tenía que hacer. Se volvió hacia la puerta de la oficina de Derek.

—Bueno... parece que lo haremos por las malas.

Una hora después – Estacionamiento de Lancaster Enterprises

Derek se ajustaba los gemelos mientras caminaba hacia su coche. No pensaba asistir al maldito compromiso. Ni muerto.

Pero justo cuando tomó la manija de la puerta...

Una camioneta negra frenó bruscamente a su lado.

Su instinto reaccionó al instante. Se giró, listo para defenderse.

¡BAM!

Una bolsa negra le cubrió la cabeza.

—¡¿QUÉ DEMONIOS…?! ¡LEO MARCHAND, TE JURO QUE…!

—¡Lo siento, jefe! —gritó Leo Marchand con tono sinceramente culpable, pero no lo suficiente como para detenerse—. ¡Son órdenes del viejo!

Derek se revolvió, pateó, gruñó... pero varias manos lo empujaron dentro de la camioneta.

—¡Juro que estarán muertos cuando salga de aquí! —rugió, furioso.

—Sí, sí... —suspiró Leo Marchand desde el asiento delantero—. Ya lo tengo asumido.

Apartamento de Mary

Mary cruzó los brazos y fulminó con la mirada a Julián y Delia.

—No.

Julián se llevó una mano al pecho, como si le hubieran disparado.

—¡¿Cómo pudiste decir que no, cuñada?!

—Uno: ya no seré tu cuñada en unas semanas. Y dos: ya te hice un favor. Tu compromiso va a celebrarse. No me necesitas.

—¡Sí te necesito! —se quejó Julián —. ¡Tú estuviste ahí cuando le rogué al abuelo! ¡Eres parte de la narrativa! ¡El arco final!

—Suenas como un personaje de anime —murmuró Mary.

Delia sonrió y sacó un vestido negro de una bolsa. Era impresionante: entallado, seductor, con abertura hasta el muslo y espalda descubierta.

—¡Tarán! —canturreó Delia—. Julián te lo compró. Llámalo regalo de agradecimiento por salvar el compromiso.

Mary arqueó una ceja.

—¿Un regalo de agradecimiento?

—¡Y también de disculpa por haberte engañado! —agregó Julián rápidamente.

Mary lo fulminó con la mirada.

—Entonces deberías haberme comprado un centro comercial.

—¡Vamos, Mary! ¡Te juro que Derek no va a venir! ¡Lo oí discutir con el abuelo! ¡Esta vez sí que no vendrá!

—Dijiste eso la última vez. Y apareció.

—¡Lo prometo! ¡Por el honor de un scout!

—Nunca fuiste un scout —señaló Delia sin levantar la vista.

—¡Mira, si no vienes, todo será un desastre!

—¿Cómo?

Julián parpadeó. Luego, en un momento de brillante improvisación, jadeó como si algo lo golpeara.

—¡Entonces yo no iré!

Mary parpadeó.

—¿Qué?

Delia soltó una carcajada burlona.

Julián adoptó su mejor cara de cachorro abandonado.

—¡Vamos, Mary! ¡Estoy sufriendo! Si tú y Derek no están, ¡pareceré un huérfano sentimental! ¡Mi novia pensará que nadie me quiere! ¡Me tendrán lástima!

—Te juro, Julián , eres agotador —murmuró Mary, frotándose el puente de la nariz.

Delia le dio un codazo.

—Si Derek no está, ¿cuál es el problema?

Mary vaciló unos segundos... luego suspiró.

—Bien. Pero me voy temprano.

—¡SÍÍÍ! —gritó Julián , levantando los brazos en señal de Victoria.

Delia le puso el vestido en los brazos a Mary con una sonrisa triunfal.

—Entonces, a vestirse. Vamos a hacer una entrada épica.

Mansión Lancaster – Celebración del compromiso

Julián saludaba a los invitados con su sonrisa más encantadora frente a la imponente entrada de la mansión Lancaster. Detrás de él, un enorme cartel mostraba una foto suya con Isabela en una pose íntima, con el texto: **"Compromiso de Julián & Isabela"**.

Todo era ostentación pura: lámparas de cristal, vino caro y un enjambre de socialités.

Julián se sentía en la cima del mundo.

Hasta que...

Una figura alta cruzó la entrada.

Vestido con un traje negro perfectamente entallado, Derek Lancaster apareció. El corte resaltaba sus hombros anchos y su rostro de mármol helado. Su sola presencia hizo que algunas damas dejaran de respirar.

El alma de Julián abandonó su cuerpo.

—¿QUÉ...?! —casi se atragantó.

Derek le lanzó una mirada aburrida.

—¿Pasa algo?

Julián tartamudeó.

—P-pensé que no vendrías...

Derek se ajustó los gemelos con indiferencia.

—Eres mi hermano. ¿Por qué no vendría?

Julián estaba al borde del colapso.

Pero lo peor aún no llegaba.

Derek fijó su mirada en el cartel detrás de él.

Su rostro se tensó. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué hay otra chica en el cartel? —preguntó con voz gélida.

Julián tragó saliva.

Derek lo fulminó con la mirada, acercándose con lentitud.

—Pensé que se suponía que era Mary.

Julián palideció visiblemente.

—Jajaja... bueno... sobre eso—

Capítulo 29

Mansión Lancaster: el lugar de celebración del compromiso

La mirada penetrante de Derek seguía fija en Julián ; todo su cuerpo irradiaba tensión. Tenía la mandíbula apretada, el ceño fruncido, y las manos le temblaban de ganas de agarrar a su hermano y arrancarle la verdad.

—Te lo pregunto una última vez, Julián —dijo Derek con una voz peligrosamente baja—. ¿Por qué hay *otra* chica en ese cartel de compromiso?

Julián tragó saliva con dificultad, mirando a su alrededor como si buscara una vía de escape. Se había enfrentado a la ira de su abuelo muchas veces, pero nada, absolutamente nada, se comparaba con el aura letal que Derek emanaba en ese momento.

—Yo… eh… —balbució Julián , mientras su cerebro buscaba desesperadamente una excusa.

—Escúpelo —ordenó Derek, acercándose aún más, invadiendo por completo el espacio personal de Julián .

Y entonces, sin más, Julián estalló.

—¡LO SIENTO! ¡LO SIENTO MUCHO! ¡DEBERÍA HABÉRTELO DICHO ANTES! —gimió, con las palabras saliendo tan rápido que apenas eran comprensibles—. ¡MARY Y YO NO ESTAMOS COMPROMETIDOS! ¡ES SOLO MI HERMANA, PERO DE LA FORMA MÁS PLATÓNICA Y *NO ROMÁNTICA* POSIBLE! ¡NI SIQUIERA SALIMOS JAMÁS! ¡MARY ME PIDIÓ QUE NO TE DIJERA NADA PORQUE TENÍA UNA SORPRESA Y...!

—¡¿QUÉ?! —ladró Derek, echando la cabeza hacia atrás, como si su cerebro necesitara reiniciarse.

Pero Julián ya estaba completamente desbordado; hablaba como un rapero desquiciado con sobredosis de azúcar.

—¡TE JURO QUE DIGO LA VERDAD! ¡NUNCA PASÓ NADA CON MARY! ¡ES ISABELA Y YO, SIEMPRE HA SIDO ISABELA! ¡EL COMPROMISO FUE UN MONTAJE PORQUE EL ABUELO PENSÓ QUE SI TÚ PRESIONABAS PARA EL DIVORCIO... ENTONCES...!

Antes de que pudiera terminar, Derek soltó un suspiro profundo y entrecortado. Sus hombros se relajaron. Su postura se suavizó. Y entonces...

Una sonrisa brillante y juvenil se extendió por su rostro.

—Julián ... —susurró, con la voz cargada de una emoción cruda.

Julián parpadeó. —Eh... ¿sí?

Y sin previo aviso, Derek lo envolvió en un abrazo feroz, casi asfixiante.

—¡TE QUIERO TANTO! —declaró dramáticamente, sacudiéndolo como si fuera un peluche.

—¡¿QUÉ...?! —alcanzó a decir Julián con voz entrecortada, los ojos desorbitados.

Pero Derek no había terminado. Se apartó, le tomó el rostro entre las manos y, para horror de todos los presentes, le estampó un beso sonoro en la mejilla.

—¡TE AMO, HOMBRE!

Julián sintió que su alma abandonaba su cuerpo. —¡¿QUÉ DEMONIOS?!

Derek, sin embargo, estaba demasiado absorto en su felicidad como para notar el colapso existencial de su hermano. Su sonrisa se ensanchó.

—No lo entiendes, Julián . Acabas de darme la mejor noticia de mi vida.

Julián se secó la mejilla con fuerza, mirándolo como si le hubieran crecido dos cabezas. —¿Yo qué...? ¿Cómo es esto... la *mejor* noticia?

Derek le dio una palmada en el hombro, y todo su ser brillaba de euforia. —No me importan las razones que tuvieron tú y Mary para no decírmelo. Lo único que importa es...

Lo miró directamente a los ojos. Su voz bajó, sincera y contundente.

—Ella no se va a casar contigo.

Julián parpadeó. —Eh... sí. *Obviamente.*

Derek lo ignoró. Volvió a agarrarlo por los hombros, como si no pudiera contener la alegría.

—Me has hecho tan feliz. Pídeme lo que quieras como regalo de compromiso. Lo que sea. Es tuyo.

Julián se quedó boquiabierto. —¿Espera... en serio?

Leo Marchand, que había estado observando todo desde el rincón con los brazos cruzados, sonrió con suficiencia.

—Maldita sea. Debería haber sido yo quien diera la noticia. Quizá así me regalabas un yate o algo.

Derek se giró hacia él, arqueando una ceja. —Espera... ¿cómo que tú deberías haber...?

Pero antes de terminar la frase, sus ojos volvieron a clavarse en Julián .

Y entonces lo golpeó un pensamiento.

—Espera... Mary... —murmuró—. ¿Está aquí?

Julián se tensó. —Eh...

—Julián —dijo Derek, entrecerrando los ojos.

Julián soltó una risita nerviosa. —Qué... historia tan graciosa...

—Julián —repitió Derek, esta vez en tono de advertencia.

—Puede que le haya dicho a Ary que no ibas a venir...

Derek apretó la mandíbula. —¿Qué hiciste?

—¡Te juro que yo también pensaba que no vendrías! —se defendió Julián —. ¡Pero ahora es una gran noticia! ¡Ella está aquí! ¡Tú estás aquí! ¡Todos ganan!

Derek parpadeó. —¿Está aquí?

Julián asintió frenéticamente. —¡Sí! ¡Debería llegar en cualquier momento...!

Antes de que pudiera terminar, Leo Marchand dejó escapar un silbido bajo.

—Hablando del diablo —murmuró.

Derek giró la cabeza hacia la entrada.

Y entonces... dejó de respirar.

Mientras tanto, en la entrada...

Un elegante Rolls-Royce Phantom negro se detuvo suavemente frente a la Mansión Lancaster. El exterior pulido brillaba bajo las luces del atardecer, destilando lujo y poder.

El chófer bajó con precisión milimétrica y abrió la puerta trasera.

El tiempo pareció ralentizarse.

Mary emergió.

Todas las cabezas se giraron. Las conversaciones se silenciaron. Los murmullos se intensificaron. Incluso el personal dejó de moverse.

Ella era... **deslumbrante**.

Vestida con un impresionante vestido de seda negra que se ceñía a sus curvas como una caricia, Mary caminaba como si fuera dueña del mundo. El escote profundo dejaba al descubierto lo justo para dejar a todos sin aliento, y la abertura hasta el muslo acentuaba el

movimiento de sus largas piernas con cada paso. El diseño sin espalda revelaba la curva elegante de su columna como una obra de arte.

Su cabello caía en ondas suaves y voluminosas sobre un hombro, enmarcando su rostro con perfección cinematográfica. El maquillaje impecable resaltaba sus ojos ahumados y sus labios carmesí... mortales.

Era imposible no mirarla.

Los hombres contenían la respiración. Las mujeres cuchicheaban.

Y Derek...

Derek sintió que el mundo desaparecía bajo sus pies.

Todo se redujo a una sola visión.

Ella.

Su corazón latía con fuerza, los dedos se le cerraban y abrían junto a los costados.

Mary, completamente ajena al caos que había provocado, alzó la barbilla con elegancia y cruzó las puertas de la mansión.

Derek no podía apartar los ojos de ella.

Y entonces...

Entró.

Derek inhaló hondo.

El juego comienza.

Capítulo 30

En el momento en que Mary entró en la gran mansión Lancaster, todas las miradas se posaron en ella.

El murmullo de las conversaciones se apagó, las copas de champán quedaron suspendidas en el aire, y los elegantes y serenos invitados —acostumbrados a la riqueza y la belleza— quedaron cautivados. Fue como si toda la sala contuviera la respiración al verla.

Pero Mary, completamente ajena al efecto silencioso que provocaba, no sintió nada más que inquietud.

Sus ojos recorrieron el amplio salón de baile, escaneando el mar de rostros desconocidos.

No había señales de Julián .

Tampoco de Delia.

Un suspiro nervioso escapó de sus labios. «Maldita sea, Delia», murmuró, moviéndose ligeramente. *Tenías una sola misión: ser mi escudo.*

El peso de las innumerables miradas la abrumaba, haciéndola profundamente consciente de lo expuesta que se sentía. ¿Era el vestido? ¿La forma en que había entrado? ¿El hecho de haber llegado sola?

Luchó contra el impulso de cruzarse de brazos sobre el pecho y salir corriendo.

Lo que no sabía era que una mirada en particular había estado fija en ella desde el instante en que apareció.

—

Al otro lado del salón, de pie junto a Julián , Derek la observaba.

No —*observar* no era la palabra correcta.

La estaba devorando con la mirada.

La seda de su vestido se aferraba a su cuerpo como un secreto susurrado, suave y líquida contra sus curvas. El escote pronunciado provocaba lo justo para enloquecerlo, y la abertura en la falda revelaba, a cada paso, sus largas y tonificadas piernas.

Ella parecía... *peligrosa*.

Peligrosa de una forma que le secaba la garganta, aceleraba su pulso y paralizaba todo su ser.

Peligrosa de una manera que le secaba la garganta, que hacía latir su corazón con fuerza y paralizaba todo su ser.

A su lado, Leo Marchand silbó en voz baja.
—Maldita sea —murmuró con tono divertido—. Te desearía suerte, pero pareces un hombre que no la necesita.

Derek apenas lo escuchó. Ya se estaba moviendo.

Se alejó del lado de Julián y comenzó a avanzar por el salón de baile, con la atención fija en una sola cosa...

—Lucía.

La llamó y vio cómo aquellos ojos marrón dorado se giraban lentamente hacia él...

—¡Derek!

Una voz cortó el aire como una bofetada. Unos brazos cálidos se aferraron a los suyos antes de que pudiera reaccionar.

Celeste se presionó contra él, sus manos delicadas aferrándose a su manga con una sonrisa dulce... y perfectamente ensayada.

—Derek —susurró—, te he estado buscando por todas partes.

Él apretó la mandíbula. *Ahora no.*

Su mirada se deslizó más allá de ella, de nuevo hacia Mary. Aún podía alcanzarla. Solo unos pasos más...

—Ven —insistió Celeste, tirando de él—. Necesito presentarte a unas personas muy importantes.

Derek exhaló con fuerza, frustrado, y le lanzó una última mirada a Mary.

Ella seguía junto a la entrada, mirando a su alrededor. Aún no lo había visto.

Sus labios se curvaron apenas.

Está bien. Volvería con ella más tarde.

Por ahora, permitió que Celeste lo arrastrara consigo.

—

Mary, aún observando a la multitud, finalmente escuchó una voz que la llamaba por su nombre.

—Lucía.

Su respiración se cortó.

Había algo en esa voz —profunda, segura y extrañamente familiar— que la empujaba a girarse.

No mires.

Un instinto inquietante le susurraba al oído. No sabía por qué, pero si se giraba hacia esa voz, si confirmaba quién era, presintió que se arrepentiría.

Se tensó, obligándose a permanecer inmóvil. Y entonces...

—Aria.

Otra voz la llamó, esta vez desde el lado opuesto.

Su cabeza giró con rapidez hacia el tono familiar, y sus ojos se posaron en un hombre mayor de mirada aguda y calculadora, con un aire de autoridad absoluta.

Thaddeus Lancaster.

Sus labios se separaron ligeramente.
—Abuelo...

Thaddeus caminó hacia ella con pasos lentos y seguros. Al verla, su expresión se suavizó; el orgullo se dibujó en sus rasgos duros.

—Has venido —dijo simplemente.

Mary le regaló una pequeña sonrisa.
—Me hiciste venir.

Thaddeus soltó una risa breve, sin molestarse en negarlo.

—Gracias por enviar el coche —añadió ella—. Pero... ¿por qué el *Rolls-Royce*?

Su voz se convirtió en un susurro, aún sintiendo la incomodidad de la entrada grandilocuente que había llamado demasiada atención.

La expresión de Thaddeus se volvió firme.

—Porque eres una Lancaster.

Mary se quedó inmóvil.

Thaddeus continuó con voz firme:
—Una dama de esta casa merece lo mejor. Si la gente te mira, qué bien. Deberían. Que te reconozcan.

A Mary se le hizo un nudo en la garganta.

Sabía que Thaddeus siempre la había tratado como parte de la familia. Y ella lo había hecho igual.

Pero oírlo ahora, en público, con tanta convicción... algo cálido y punzante se agitó en su pecho.

Tragó saliva.
—Siempre has sido bueno conmigo, abuelo —admitió en voz baja.

La expresión de Thaddeus se suavizó.
—Tú me salvaste la vida aquella noche, Aria. Es justo que yo cuide de la tuya.

Ella parpadeó. El corazón le dio un vuelco.

Recordó a sus padres.
Recordó la noche del incendio.
La noche en que los perdió…
Y en la que salvó a Thaddeus Lancaster.

Se obligó a apartar el recuerdo. No quería emocionarse. No allí. No ahora.

Thaddeus la observó durante unos segundos más antes de aplaudir suavemente, como si se hubiera decidido por fin.

—Bueno —dijo con tono resuelto—, supongo que ahora es el momento perfecto.

Mary frunció el ceño.
—¿Momento para qué?

Thaddeus sonrió.
—Para presentarte.

Un escalofrío le recorrió la espalda.
—¿Presentarme…?

—Sí —asintió, como si fuera lo más natural del mundo—. Ya están todos aquí. Es hora de que te conozcan como es debido.

El estómago de Mary se encogió de golpe.

El pánico brilló en sus ojos.
—No, no, no… no hay necesidad de eso…

—Disparates.

El pulso de Mary se aceleró.
—Abuelo, hablo en serio…

—Yo también.

—¡Me divorcio de Derek! —susurró apresuradamente, tomándolo de la manga—. No tiene sentido que me presentes…

Thaddeus le dio una suave palmadita en la mano.

—Esa es una conversación para otro día.

Mary abrió la boca, dispuesta a protestar… pero no le dio tiempo.

Thaddeus ya se había girado y se alejaba con paso firme.

—

Mientras Mary permanecía en el mismo lugar, aún digiriendo las palabras de su abuelo, una presencia repentina se colocó a su lado.

—Mary, ¿cierto?

Una voz suave, femenina y perfectamente medida interrumpió sus pensamientos.

Mary giró la cabeza.

Y se encontró con una sonrisa dulce. Tan dulce como ensayada.

Una que no llegó a los ojos.

Celeste.

Celeste lucía un elegante vestido, con el porte de una sofisticada socialité. Se movía como si aquel lugar fuera suyo, como si fuera la única mujer digna de captar la atención de los Lancaster.

Mary apenas tuvo tiempo de notar su irritación antes de que Celeste hablara, con una voz educada, pero rebosante de condescendencia.

—Debo decir que no esperaba ver al arquitecto de Derek en un evento tan importante de los Lancaster —reflexionó Celeste con una risa suave y falsa—. ¿Cómo lograste una invitación así?

Los dedos de Mary temblaron. ¿Qué demonios quería decir con eso?

Celeste no le dio oportunidad de responder.

—Supongo que ayuda estar… bien familiarizada con los hombres de Lancaster, ¿eh?

Le lanzó una mirada cómplice, como si compartiera un secreto que sólo ellas dos entendían.

La mandíbula de Mary se apretó. ¿En serio insinuaba que estaba allí porque coqueteaba con Julián y Derek?

Antes de que pudiera contraatacar, Celeste prosiguió con su tono meloso.

—Es impresionante, de verdad. —Sonrió ladeando la cabeza, estudiándola con detenimiento—. No solo Derek y Julián , sino que incluso el abuelo Thaddeus parece tenerte en alta estima.

Mary se puso rígida. No le gustaba hacia dónde apuntaba eso.

—Al fin y al cabo, los Lancaster no aceptan a cualquiera —añadió Celeste con voz suave, casi divertida—. Deben de encontrarte bastante… fascinante.

Mary quiso reírse de lo absurdo, pero veía claro lo que Celeste hacía: fingir una charla inocente mientras sembraba dudas y rumores sobre su presencia.

Respiró hondo y, en vez de ceder a la ira, le regaló una sonrisa lenta y cómplice.

—Tienes razón —respondió suavemente, imitando el gesto de ladeo de cabeza—. Los Lancaster son realmente especiales. Debes sentirte muy afortunada de que te hayan invitado.

Por un instante, la sonrisa de Celeste vaciló.

Las palabras de Mary fueron corteses, pero el mensaje era evidente: ella pertenecía ahí mucho más que Celeste.

Justo cuando Celeste abría la boca, probablemente para lanzar otro comentario velado, la voz de Thaddeus resonó por el salón.

—Damas y caballeros —anunció Thaddeus, captando la atención de todos—. Quisiera tomarme un momento para presentarles a alguien muy especial.

Mary se quedó paralizada.

Oh, Dios. No.

Thaddeus continuó, sonriendo orgulloso, ignorando el pánico que subía por la columna de Mary.

—Ahora me doy cuenta de que debería haberlo hecho antes —dijo, mirando alrededor—. Pero esta noche me gustaría que todos conozcan a mi nieta política.

La respiración de Mary se cortó.

Los murmullos sorprendidos comenzaron a recorrer la sala.

Al otro lado del salón, Derek, que había estado bebiendo su copa distraídamente, se detuvo a mitad del trago.

Frunció el ceño. ¿Nieta política?

Apretó el vaso con fuerza.

Entonces, lentamente, lo comprendió.

…Espera.

¿De quién hablaba el abuelo?

Derek se giró hacia Thaddeus, todavía confundido.

Thaddeus sonrió.
—Hola a todos… Me gustaría presentarles…

La respiración de Mary se quedó atascada en la garganta.

El pulso de Derek retumbaba en sus oídos.

La sala estaba cargada de electricidad.

Y entonces—

Capítulo 31

En el momento en que Thaddeus Lancaster respiró profundamente, listo para finalmente decir su nombre, Mary sintió que todo su cuerpo se congelaba.

Esto era todo.

El momento en que su fachada cuidadosamente construida se haría añicos.

La multitud murmuraba anticipadamente, con ojos fijos en Thaddeus, esperando la gran revelación.

Ella quería correr.

Ella quería desaparecer.

Ella quería—

Un cambio repentino en la atmósfera hizo que Thaddeus vacilara.

Los gritos de sorpresa resonaron en el salón de baile y la atención de los invitados se volvió hacia la gran entrada.

—¡Isabela! —susurró alguien emocionado.

La respiración de Mary se entrecortó.

Espera... ¿Isabela?

Giró la cabeza justo a tiempo para ver a una mujer impresionante entrar al salón, su sonrisa radiante iluminando toda la habitación.

Isabela Calloway.

La prometida del segundo amo de la familia Lancaster.

Sin percibir el caos que acababa de causar, Isabela sonrió y levantó una mano en un elegante saludo, saludando a los invitados como si fuera realeza haciendo una gran entrada.

Thaddeus, momentáneamente desconcertado por la interrupción, miró entre Isabela y la multitud.

Pudo ver cómo cambiaban las suposiciones: cómo decidieron que la "nuera" a la que se refería no era otra que Isabela.

Mary, aún paralizada, sintió una abrumadora oleada de alivio.

Gracias a Dios.

El malentendido fue demasiado conveniente, demasiado perfecto.

Y Thaddeus...

Él lo dejó pasar.

Por ahora.

Mary exhaló silenciosamente; la tensión se desvanecía de sus hombros.

Mientras tanto, al otro lado de la habitación, Derek frunció el ceño, confundido.

¿Qué diablos acababa de pasar?

Estaba a punto de preguntarle a su abuelo cuando...

¡Chocar!

Un fuerte jadeo recorrió la habitación.

El cuerpo de Mary se sacudió ante el sonido, y antes de que pudiera procesar lo ocurrido, sintió algo frío salpicar su piel.

El fuerte olor del vino tinto inundó sus sentidos.

Mary parpadeó, la respiración atrapada, y miró hacia abajo.

Su vestido, su elegante vestido negro, estaba arruinado.

Una mancha de un rojo intenso se extendía sobre la seda, marcándola como una escena de crimen.

Los susurros se intensificaron, las miradas curiosas se clavaron en ella.

Mary sintió cómo la vergüenza se le subía por el cuello como un reguero de pólvora.

Sabía que no había causado el accidente, pero la humillación la quemaba igual.

Levantó la vista para evaluar la situación, y su mirada se posó en Celeste.

Celeste, a unos pasos, fingiendo preocupación.

Celeste, junto a un camarero que sostenía una bandeja con copas de vino.

El estómago de Mary se retorció.

Por supuesto.

Por supuesto que era ella.

El vino no salió de las manos de Celeste, pero Mary no dudaba de que era la mente maestra detrás de esto.

Antes de que pudiera reaccionar, una presencia familiar apareció a su lado.

Calidez.

El peso de un abrigo que cubría sus hombros.

Mary se quedó sin aliento.

Derek.

Su aroma, profundo, masculino y absolutamente embriagador, la envolvió como un escudo, bloqueando las miradas indiscretas y los murmullos.

Su mandíbula apretada, expresión impenetrable, pero sus acciones hablaban más que sus palabras.

Sin dudar, tomó su muñeca.

—Ven conmigo —murmuró, y su voz no dejó lugar a discusión.

Mary apenas pudo responder antes de que él la arrastrara.

De la multitud.

De los susurros.

De Celeste.

Y hacia la privacidad de un pasillo tranquilo.

—

Al llegar a un espacio vacío cerca de los tocadores, Derek se volvió hacia ella.

—¿Estás bien?

Mary tragó saliva.

—Sí —murmuró, apretándose el abrigo—. Gracias.

La mirada de Derek cayó sobre la mancha en su vestido, y sus labios se apretaron en una línea firme.

Su teléfono apareció en segundos.

—Leo Marchand —dijo—. Cómprale un vestido nuevo a Mary...

—No es necesario —interrumpió otra voz.

Ambos se giraron para ver a Julián acercándose.

Mary parpadeó.

—¿Julián ?

Julián , el futuro prometido, aparentemente había presenciado todo.

—Ya le compré otro vestido —dijo con indiferencia—. Leo Marchand, está en mi coche. Ve por él.

Derek detuvo el paso.

Mary se quedó congelada.

La atmósfera cambió.

Derek giró lentamente la cabeza hacia Julián , entrecerrando sus penetrantes ojos azules.

—¿Tienes... un vestido para ella? —su voz era engañosamente tranquila.

Julián asintió.

—Sí. De hecho, también le compré el que lleva puesto. No estaba seguro de si le gustaría, así que compré otro por si acaso.

El agarre de Derek en la muñeca de Mary se apretó.

Su mirada se tornó oscura.

—Compraste su vestido —repitió con tono peligrosamente bajo.

Mary sintió la tormenta venir y apartó la mano de Derek.

—Julián , ¿cómo supiste siquiera la talla de Mary...?

—Oh, solo sé la talla de Ary —respondió Julián con indiferencia—. Después de todo, cuando estabas en el extranjero, Derek, a veces iba de compras con ella.

El cuerpo de Derek se tensó.

Julián , ignorante de los celos que irradiaba su hermano, siguió alegre:

—Aunque Ary siempre se negó a dejarme comprarle cosas, insistí en acompañarla. Así que sí, me familiaricé con su tamaño.

Una vena se marcó en la sien de Derek.

Sus dedos se curvaron en puños.

—¿Qué tan cerca estás exactamente —dijo Derek lentamente— de que ella compre contigo?

Mary reconoció la señal de advertencia.

Oh, no.

Derek estaba celoso.

Julián , felizmente inconsciente, se encogió de hombros.

—Casi. Tanto que le regalé ropa interior antes.

Derek se quedó paralizado.

El alma de Mary pareció salir de su cuerpo.

Un silencio mortal cayó en el pasillo.

Los ojos de Derek se crisparon.

Apretó más el teléfono.

Mary, horrorizada, se volvió hacia Julián con ojos muy abiertos.

—i¿JULIÁN ?!

Julián , al notar la tensión, frunció el ceño.

—¿Qué? Fue un regalo práctico. Cómodo. De alta calidad. Detallista, incluso...

—Julián —la voz de Derek era baja, peligrosa.

—¿Sí?

Derek hizo crujir sus nudillos.

—Corre.

Finalmente hizo clic.

—ESPERA, NO QUISE DECIR—

Demasiado tarde.

Julián salió disparado.

Derek salió tras él.

Mary gimió, cubriéndose la cara.

Hombres.

Unos minutos después, llegó Leo Marchand con el vestido en una bolsa.

Era blanco.

Deslumbrante.

Conservador pero sofisticado, abrazaba las curvas de Mary en todos los lugares correctos y, al mismo tiempo, la hacía lucir como un ángel.

Leo Marchand le entregó el vestido a Derek, mirando a su alrededor.

—Eh... ¿dónde está Julián ?

Derek, aún con ánimo asesino, exhaló bruscamente.

—Sepultado a dos metros bajo tierra si sigue hablando.

Leo Marchand decidió no preguntar y se fue.

Quedaron solo ellos dos.

Derek se volvió hacia Mary, que aún miraba frustrada la mancha en su vestido.

Sin decir palabra, dio un paso y le entregó el vestido nuevo.

Mary parpadeó, luego miró hacia él.

—Gracias —dijo suavemente.

Dudó un instante y añadió:

—Ya puedes irte. Necesito cambiarme.

Derek se apoyó casualmente contra el marco de la puerta, sonriendo.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de ver algo que no deberías?

El rostro de Mary se sonrojó.

Derek rió entre dientes, disfrutando de su nerviosismo.

—Tranquila —bromeó—. No es nada nuevo que haya visto antes.

Mary se quedó sin aliento.

—¡DEREK LANCASTER!

Antes de que pudiera reaccionar, ella lo empujó fuera de la habitación y le cerró la puerta en la cara.

Derek parpadeó.

Luego, lentamente, una sonrisa se extendió en sus labios.

Oh, esto fue divertido.

Capítulo 32

El salón de baile bullía con música y murmullos, pero para Mary todo se volvió difuso cuando Derek extendió su mano hacia ella.

—Baila conmigo —dijo en voz baja, firme.

Mary parpadeó, desconcertada. Derek Lancaster nunca bailaba en estos eventos. Y sin embargo, ahí estaba, frente a ella, esperando.

El corazón le latió con fuerza. ¿Por qué hacía esto?

—¿Me estás pidiendo o me estás ordenando? —bromeó, intentando romper la tensión.

Derek sonrió con suficiencia. —Tómalo como quieras, pero si no me pones la mano encima, lo tomaré como un sí y te arrastraré a la pista.

El calor le subió a las mejillas. Sin pensarlo, colocó su mano sobre la de él. Un error. En cuanto sus dedos se entrelazaron, un escalofrío la recorrió. Su agarre era firme, posesivo, como si no quisiera soltarla.

Y no lo hizo.

Derek la condujo al centro del salón, donde parejas se mecían al ritmo suave de la música. Al atraerla hacia sí, Mary se sintió atrapada, no por sus brazos, sino por la intensidad de su mirada.

—Estás preciosa —murmuró, con voz áspera y un matiz que ella no supo identificar.

Mary tragó saliva. —Gracias.

Mientras se movían al unísono, ella intentó concentrarse en los pasos, pero la presencia de Derek la sobrepasaba.

Entonces dijo, con voz baja: —Ya sé la verdad.

El cuerpo de Mary se tensó.

Él lo sabe.

El pánico la invadió. ¿Se enteraría finalmente de quién era en realidad? ¿Que no era solo «Mary», sino Aria Velmont, su esposa legal?

Derek notó su rigidez y rió entre dientes. —Tranquila, Mary. No tienes que parecer tan culpable.

Ella forzó una sonrisa nerviosa. —No esperaba que sacaras ese tema ahora.

Derek exhaló despacio, apretando sus dedos. —No sabes lo aliviado que me sentí al descubrir la verdad.

Mary tragó saliva, con el corazón en la garganta. Necesitaba decir algo, explicar...

Pero Derek continuó, su voz más suave, profunda, cargada de emociones ocultas.

—No sabes cuánto sufrí cuando supe que estabas comprometida con mi hermano.

Sus palabras golpearon a Mary como un puñetazo.

—No soy de los que roban mujeres, y menos a mi propio hermano. Pero tú... no sabes lo que me hiciste, Mary.

Ella apenas respiraba.

¿Qué le hice?

El pulgar de Derek trazó círculos lentos sobre el dorso de su mano, encendiendo su piel.

—Quería luchar por ti —susurró—, pero no pude. Pensaba que eras suya.

Le dolió el pecho. Su sinceridad la atravesaba.

—Eso me destruyó —añadió—, pero ahora... ahora sé que tengo una oportunidad.

Los ojos de Mary se abrieron. ¿Una oportunidad?

Su mente le gritaba que se alejara, pero en su interior la esperanza brotaba. ¿Podrían tener algo juntos?

Entonces, un recuerdo cruel regresó.

—La mujer que amo no es Aria Velmont. Nunca lo será.

Las palabras de Derek a Julián retumbaron en su cabeza como una bofetada.

El calor que sentía se congeló.

No. Él no la amaba. Amaba a «Mary», la mujer que ella fingía ser, no a Aria, su esposa.

Se le revolvió el estómago. ¿Y si le contaba la verdad ahora? ¿Seguiría queriendo esa oportunidad?

Mary lo miró, con ojos llenos de un anhelo cercano al amor, pero sabía que no era para ella.

No para Aria.

No para su esposa.

Apartó la mirada y se obligó a respirar.

No podía decírselo. Todavía no.

Al otro lado del salón, Vivienne Lancaster observaba a su hijo con mirada penetrante.

Derek bailaba.

Por primera vez en un evento, se entregaba voluntariamente a una mujer. No solo bailaba, sino que parecía completamente absorto.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Vivienne, mirando a Celeste, a su lado.

Celeste esbozó una sonrisa burlona. —La nueva arquitecta de Derek. Pero no te dejes engañar. No es más que una cazafortunas.

Vivienne frunció el ceño.

Algo se sentía... mal.

No podía ver su rostro, pero había algo dolorosamente familiar.

Cris, amiga de Celeste, se inclinó hacia ella y susurró:

—Celeste, ¿quieres a Derek para ti?

Los ojos de Celeste brillaron con celos. —Por supuesto. Debería ser solo mío.

Tamara sonrió con suficiencia. —Entonces asegurémonos de que nadie más pueda tenerlo.

En un rincón, un camarero escuchaba atento mientras Tamara le entregaba un pequeño frasco.

—Pon esto en la bebida de Mary —susurró—. Cuando sienta los efectos, llévala a la habitación de invitados arriba. Asegúrate de que esté completamente borracha. Luego, márchate.

El camarero mantuvo el rostro impasible. —¿Y el pago?

Tamara le entregó un sobre grueso.

—Hazlo bien y encontrarás mucho más de lo que imaginas.

De vuelta en la pista, Derek y Mary seguían perdidos en su baile.

Ninguno notó al camarero acercarse.

Ninguno vio el vaso que colocaba en la bandeja cercana.

Ninguno advirtió que cuando el baile terminara, la trampa los estaría esperando.

Para Mary, la noche ya era complicada.

Pero no tenía idea—

Lo peor estaba por venir.

Capítulo 33

La celebración estaba llegando a su fin, y la mayoría de los invitados ya se habían marchado. La finca Lancaster comenzaba a calmarse, pero la mente de Mary estaba de todo menos tranquila.

Sentada sola en el salón del jardín, un rincón apartado que conocía bien de sus visitas anteriores a Thaddeus, la suave luz de los faroles la envolvía con un halo cálido, mientras el aroma a rosas impregnaba el aire. Sin embargo, pese a la belleza del entorno, sus pensamientos eran un caos.

Tomó otro sorbo de vino. Y otro. Y otro más.

Derek Lancaster.

Su marido.

El hombre que la había hecho caer con una facilidad peligrosa.

¿Pero podría confiar en él? ¿De verdad podría darle una oportunidad después de escucharle decir que Aria Velmont nunca sería la mujer que amaba?

Gimió ruidosamente, echando la cabeza hacia atrás con frustración.

—¡¿Por qué son tan complicados los hombres?! —exclamó de repente, sin dirigirse a nadie en particular, arrastrando las palabras —. Un momento te hacen sentir como el centro de su mundo... y al siguiente... ¡PUM! —levantó las manos con dramatismo—. ¡Te hacen sentir como una ocurrencia secundaria!

Frunció el puchero y negó con la cabeza.

—No. Ya no pensaré en él. ¡Se acabó, Derek!

Pero justo cuando agitaba la mano en el aire, calculó mal el movimiento y casi se cae del asiento.

—¡Guau!

Antes de que pudiera estrellarse contra la mesa, una mano firme la agarró por la muñeca.

—Lucía.

Se congeló.

Esa voz... esa voz profunda, suave y molesta por lo atractiva.

Lentamente, levantó la mirada. Allí estaba.

Derek Lancaster.

De pie frente a ella, con las manos en los bolsillos, mirándola con una mezcla de diversión y exasperación.

—Estás borracha —dijo rotundo, inclinando la cabeza.

Mary jadeó dramáticamente, llevándose una mano al pecho.

—¿Cómo te atreves a acusarme de algo tan escandaloso? No estoy... —hipó— borracha.

Derek arqueó una ceja.

—Cierto.

Mary lo señaló acusadora.

—¿Dudas de mí? ¿Dudas de mi sobriedad? ¡Pfft! ¡Mírame! ¡Aquí parada, perfectamente bien!

—Estás sentada.

Mary parpadeó, y al darse cuenta de que la habían descubierto, intentó ponerse de pie lentamente. Pero sus piernas la traicionaron.

—Vaya—

Antes de que cayera, Derek la atrapó por la cintura.

Ella quedó pegada a su pecho, con el rostro a centímetros del suyo.

Mary rió, imperturbable.

—Eres como mi ángel de la guarda.

Derek suspiró.

—Necesitas descansar. Te llevaré a una habitación...

—¡No! —Mary negó con terquedad—. ¡Estoy perfectamente bien!

Derek la miró fijamente.

—Apenas puedes mantenerte en pie.

—¡Sí que puedo! —insistió—. Mira —intentó pasar junto a él, torpemente, sin tropezar.

Derek suspiró de nuevo, pero esta vez sonrió.

Estaba hecha un desastre de borracha. Y aun así, se veía adorable.

Con un movimiento rápido, la levantó en brazos.

Mary jadeó.

—¡Oye! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Bájame!

—No. Vienes conmigo.

—¡Bruto! —le dio una palmada en el pecho—. ¿Crees que puedes llevarme como a una damisela en apuros?

Derek sonrió con suficiencia.

—Eso es exactamente lo que pienso.

Mary hizo un puchero y cruzó los brazos.

—Mmm. Grosero.

Derek rió entre dientes y la llevó adentro.

———

Dentro de la habitación

Derek recostó suavemente a Mary en la cama. Ella lo miró parpadeando, con las mejillas sonrojadas por el alcohol. ¿O era algo más?

La arropó, a punto de darse la vuelta cuando...

Ella agarró su muñeca.

Derek se quedó congelado.

Sus delicados dedos se cerraron alrededor de su mano, impidiéndole irse.

Y entonces, con la voz más suave, susurró:

—No te vayas.

Su pecho se apretó.

Se volvió hacia ella y entonces sucedió.

Con un tirón repentino, Mary lo bajó sobre la cama, y ambos cayeron sentados.

Derek respiró hondo.

Estaban demasiado cerca.

Su cálido aliento acariciaba su piel, su mirada ligeramente aturdida pero llena de algo peligrosamente atractivo.

—Mary—

—Quédate conmigo —murmuró ella, mientras sus dedos recorrían suavemente la tela de su camisa.

La garganta de Derek se secó.

Dios.

Ella no tenía idea del efecto que le estaba causando.

—Mary, estás borracha —le recordó con voz tensa—. Necesitas dormir.

—Mmm, no quiero —se quejó, inclinándose más y deslizando los brazos alrededor de su cuello.

Derek apretó la mandíbula.

Autocontrol.

Necesitaba autocontrol.

Pero entonces—

Mary presionó sus labios contra los de él.

Un beso rápido, fugaz.

Aún así, fue suficiente para encender algo incontrolable dentro de él.

Derek se quedó quieto.

Sus manos se aferraron instintivamente a las sábanas, y todo su cuerpo se puso rígido.

Se apartó un poco, mirándola con detenimiento.

—Mary, ¿sabes quién soy?

Ella no respondió.

En cambio, apretó su agarre alrededor de su cuello, sus labios a solo unos centímetros de los de él.

Derek inhaló profundamente.

—Mary, estás borracha —repitió, aunque esta vez con la voz más débil—. No quiero que te arrepientas de esto. Además, creo que ni siquiera sabes quién soy.

Ella inclinó la cabeza, con un brillo juguetón y seductor en los ojos.

Y en un susurro borracho, respiró:

—Eres Derek Lancaster... mi esposo.

Derek se quebró.

El último hilo de autocontrol que le quedaba se rompió por completo.

Con un gruñido bajo, capturó sus labios en un beso profundo y abrasador.

Mary jadeó suavemente, pero no se apartó.

Se derritió en él, correspondiendo al beso con igual fervor.

Derek la presionó contra el colchón, sus manos aferrándose a su cintura, sintiendo el calor de su cuerpo bajo el suyo.

Sus dedos se enredaron en su cabello, acercándolo aún más, como si no quisiera soltarla nunca.

Y él tampoco.

En ese momento, nada más importaba.

No las mentiras.

No las complicaciones.

No que ella aún no le hubiera contado toda la verdad.

Lo único que importaba era que ella estaba allí.

En sus brazos.

Y él no iba a dejarla ir.

No esta noche.

Capítulo 34

Mary se despertó con un dolor de cabeza insoportable, el cuerpo inusualmente caliente y dolorido. Su mente estaba nublada, y frunció el ceño mientras intentaba recordar lo ocurrido la noche anterior. Pero solo vinieron destellos: la voz de Derek, su calor, su tacto.

Se incorporó con dificultad, dándose cuenta de que no estaba en su cama. El pánico la invadió mientras se aferraba a las sábanas.

Entonces, el sonido de una puerta abriéndose.

Derek salió del baño, recién duchado, con una toalla colgando alrededor del cuello. Su cabello húmedo lo hacía aún más atractivo, pero Mary estaba demasiado alterada para notarlo.

—Buenos días, esposa —dijo Derek, con una sonrisa burlona curvando sus labios.

A Mary se le encogió el estómago.

Giró la cabeza hacia él, incrédula. —¿¡C-cómo me acabas de llamar!?

Derek se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos. —Esposa. Cónyuge. Compañera en santo matrimonio. —Inclinó la cabeza—. ¿Tartamudeé?

El corazón de Mary se aceleró. Dios, no podía creerlo.

—Deja de bromear, Derek —dijo ella, forzando una risa—. Eso no tiene gracia.

La sonrisa de él se ensanchó. —No bromeo. Anoche me llamaste tu esposo.

El rostro de Mary se volvió pálido, casi fantasmal.

Ella... ¿hizo qué?

Su mente quedó en blanco, intentando desesperadamente recordar, pero todo estaba borroso.

Derek la observaba con diversión, pero también con curiosidad.

—No te preocupes, cariño —dijo suavemente, acercándose—. Ahora lo entiendo. Dices que estás casada, pero luego me sigues llamando... esposo.

Mary, abrumada, asintió rápidamente. —¡Sí! ¡Eso es! Tengo marido.

Derek tarareó, mirándola fijamente, y luego fijó la vista en sus manos.

—¿Dónde está tu anillo de bodas?

Mary se quedó paralizada.

Derek se acercó más. —¿Y dónde está exactamente ese misterioso esposo tuyo?

La garganta de Mary se secó. No podía contarle la verdad.

Pero antes de que pudiera decir nada, Derek soltó una risita baja.

—No tienes que decir nada, Mary. Ya lo sé.

El corazón de Mary se detuvo.

¿Él sabe?

Su respiración se aceleró, y su mente comenzó a dar vueltas. ¿Quiere decir que sabe que ella es Aria Velmont?

Antes de que pudiera caer en la espiral de pensamientos, Derek interrumpió con voz suave pero firme.

—Sé que tú también sientes algo por mí.

Mary parpadeó, procesando sus palabras lentamente.

¿Esperar... qué?

Su corazón latió con fuerza. Quiso decir algo, cualquier cosa, pero su mente estaba completamente desorientada.

De repente, Derek le tomó la mejilla, y su pulgar le rozó la piel.

No.

Ella no podía ceder.

No cuando sabía que incluso si Derek se enamoraba de ella, no sería por quien realmente era.

Mary apartó la mano.

—Para ya, Derek —se esforzó en decir, con la voz temblorosa—. Lo de anoche fue un error.

La expresión de Derek se tornó oscura al instante.

—¿Un error? —su voz bajó peligrosamente—.

Mary tragó saliva y asintió. —Sí. Estaba borracha. No sabía lo que hacía.

Derek soltó una risa fría. —Las palabras de borracho son pensamientos sobrios, Mary.

Mary apretó los puños. —Deberíamos olvidar que esto pasó.

Derek dio un paso atrás, mirándola intensamente.

Luego, con una sonrisa torcida, dijo: —No me importa si estás casada. Esperaré a que te divorcies.

El corazón de Mary dio un vuelco.

—Porque, por mucho que lo niegues, Mary... tú también me deseas.

——

Mientras tanto...

La cabeza de Celeste palpitaba cuando despertó en una cama desconocida.

Estaba desnuda.

Y estaba sola.

Sus ojos se abrieron con horror.

Antes de que pudiera procesar lo que sucedía, la puerta del dormitorio se abrió.

Tamara, su supuesta amiga, estaba allí de pie, pero detrás de ella, una multitud con teléfonos en mano.

—¡Ahí está! —anunció Tamara en voz alta—. ¡La amante que se acuesta con mi novio!

Se escucharon jadeos en la sala. Los teléfonos comenzaron a grabar.

Celeste estaba mortificada.

Tamara, sorprendida.

—¡Espera! ¿Qué? ¡NO! —se apresuró a cubrirse.

Entonces, Vivienne Lancaster entró en la habitación.

Oh, no.

Capítulo 35

A Celeste se le cortó la respiración al fijar la mirada en Vivienne Lancaster, que ahora estaba en la entrada de la habitación.

La gente que rodeaba la puerta guardó silencio al percibir su presencia. Los murmullos cesaron y algunos incluso bajaron sus teléfonos.

La mirada aguda de Vivienne recorrió la escena: Celeste, desnuda y despeinada en la cama, y las expresiones atónitas de quienes la observaban.

Un destello de reconocimiento cruzó el rostro de Vivienne. —¿Celeste?

El estómago de Celeste se retorció.

La expresión de Vivienne se endureció. —¿Qué significa esto?

Tamara, que hasta entonces se había deleitado con el caos, titubeó de repente. Claramente no esperaba que entrara la matriarca Lancaster.

—Señora Lancaster, yo... —balbuceó Tamara, intentando recuperar el control—. Me equivoqué. No pensé que fuera Celeste quien...

Celeste, aún en shock, se cubrió instintivamente con las sábanas. Ni siquiera sabía cómo había llegado allí.

Los ojos de Vivienne se entrecerraron con frialdad.

Entonces su voz cortó la habitación como una cuchilla.

—Suficiente.

La orden fue firme y absoluta.

Vivienne se volvió hacia los presentes. —Guarden sus teléfonos. Ahora.

La autoridad en su tono hizo que todos bajaran inmediatamente sus dispositivos; algunos incluso se disculparon antes de salir

apresuradamente.

El rostro de Tamara se iluminó de irritación, pero esbozó una sonrisa forzada. —Señora Lancaster, no quise causar problemas, solo...

—Ya has hecho más que suficiente —interrumpió Vivienne bruscamente—. ¡Fuera!

Los ojos de Tamara se abrieron de par en par, incrédulos. —P-pero...

Vivienne la miró fijamente.

Tamara apretó los puños, con el rostro desfigurado por la frustración, pero no se atrevió a desafiarla. Tras una última mirada preocupada a Celeste, salió furiosa, dando un portazo.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Celeste sintió la fría mirada de Vivienne. Tragó saliva con dificultad.

—Me has decepcionado —dijo finalmente Vivienne.

El pecho de Celeste se apretó.

Vivienne avanzó lentamente, con paso decidido.

—Esperaba más de ti, Celeste. Creí que te comportabas con dignidad. Y, sin embargo, aquí estás.

A Celeste le ardió la garganta. —Vivienne, por favor, no recuerdo qué pasó...

Vivienne levantó una mano, interrumpiéndola. —Ahórrame las excusas.

Celeste se mordió el labio, pensando a mil por hora. Si perdía el favor de Vivienne, lo perdería todo.

Entonces, con el rabillo del ojo, vio un objeto familiar sobre la mesita de noche.

El abrigo de Derek.

Un pensamiento hizo clic en su mente. Una oportunidad.

Su mano tembló al alcanzarlo, los dedos rozando la tela.

Luego miró a Vivienne, con los ojos deliberadamente llenos de lágrimas no derramadas.

—Derek estuvo conmigo anoche.

La expresión de Vivienne titubeó por un instante.

—¿Qué?

Celeste asintió lentamente, agarrando el abrigo. —Derek me trajo aquí —su voz se oscureció—. Estábamos juntos.

Las cejas de Vivienne se fruncieron ligeramente.

Celeste bajó la mirada, fingiendo vergüenza. —No esperaba que pasara así, pero... quiero a Derek, Vivienne —se llevó una mano al pecho, como si luchara con sus emociones—. Siempre lo he querido.

Vivienne guardó silencio por un momento, estudiándola.

Entonces, sorprendentemente, soltó un suspiro lento.

—Si ese es el caso, quizás sea lo mejor.

El corazón de Celeste dio un vuelco.

Vivienne se dio la vuelta. —Derek se está divorciando de Aria de todas formas. Y, francamente, te preferiría a ti antes que a ese arquitecto con el que bailaba.

Celeste apretó los puños bajo las sábanas.

Ese arquitecto.

Lucía.

Incluso cuando no estaba presente, Mary seguía siendo una amenaza.

Pero al menos ahora tenía a Vivienne de su lado.

Celeste cambió su expresión a algo más suave y agradecido.

—Gracias, Vivienne —susurró.

Vivienne simplemente asintió. —Tranquilízate. Esta situación ya es bastante complicada.

Con eso, salió de la habitación, dejando a Celeste sola.

En el instante en que la puerta se cerró, la dulce expresión de Celeste desapareció.

Apretó con fuerza las sábanas, clavándose las uñas en la tela.

Entonces, los recuerdos de la noche anterior finalmente regresaron.

Flashback: La verdad sobre anoche

Celeste había estado tambaleándose por los pasillos, con la mente nublada por el alcohol.

Un camarero se acercó a ella y le ofreció el abrigo manchado de Derek.

—¿Señorita Mary? —preguntó.

Celeste lo miró, parpadeando. Su mente ebria apenas registraba el nombre.

Pero algo dentro de ella le susurró: *sé Mary*.

Si eso significaba tener la atención de Derek, estaba dispuesta a ser Mary.

Asintió.

El camarero sonrió y le ofreció una bebida.

Ella la aceptó.

Luego, lo siguiente que recordó fue que la llevaban por las escaleras.

Había susurrado el nombre de Derek.

Pero cuando extendió la mano, sus dedos no encontraron los de él.

Una mano diferente la sostuvo. Más fuerte, más áspera.

Y luego… oscuridad.

De vuelta al presente

El cuerpo de Celeste se estremeció.

No era Derek.

Era otra persona.

Había caído víctima de su propia trampa.

Su respiración se aceleró mientras apretaba el abrigo de Derek.

Pero no importaba.

Nadie sabía la verdad.

Y ahora, Vivienne estaba de su lado.

Una sonrisa lenta y torcida se dibujó en sus labios.

Mary pudo haber ganado la atención de Derek anoche.

Pero al final... ella seguía siendo la que estaba del lado de su madre.

Y eso era mucho más peligroso.

Capítulo 36

Vivienne Lancaster estaba sentada en el soleado salón de la finca, con expresión impasible mientras escuchaba el informe de su asistente. En sus manos reposaba una delicada taza de té de porcelana, aunque no había tomado ni un solo sorbo.

—Señora, como me indicó, he investigado el asunto discretamente —dijo el asistente, firme y sereno—. Es bien sabido que la señorita Celeste lleva años enamorada del señor Derek. Por eso, es posible que no haya mentido sobre haber pasado la noche con él. Al fin y al cabo, tenía su abrigo en su habitación, y... —dudó un instante—. Considerando que el señor Derek ya está en proceso de divorcio de la señora Aria Lancaster, no sería descabellado que finalmente le prestara atención a la señorita Celeste.

Vivienne permaneció inmóvil, con la mirada fija en un punto lejano, fría y calculadora.

—Pero eso es solo una especulación —respondió con voz helada—. Sabes tan bien como yo que todas las mujeres de la alta sociedad desean ser mi nuera. Celeste no es la excepción. —Dejó la taza sobre la mesa con un suave tintineo—. Quiero pruebas.

El asistente hizo una ligera reverencia. —Entendido, señora. Indagaré más.

Justo cuando se disponía a retirarse, un golpe resonó en la puerta.

—Pase —ordenó Vivienne.

Las puertas se abrieron y entró Derek.

Irradiaba confianza natural, vestido con un impecable traje a medida, su postura relajada pero imponente. Una sonrisa encantadora curvó sus labios mientras se acercaba a su madre.

—Mamá —saludó cálidamente, inclinándose para besarle la mejilla.

Vivienne, que había sido dura apenas unos segundos antes, se permitió una pequeña sonrisa afectuosa.

—Derek —dijo con suavidad—. Pareces de buen humor.

—Sí —asintió él, tomando asiento frente a ella—. Anoche fue... interesante.

Vivienne observó con atención.

—¿Te refieres a la celebración? —preguntó.

Derek sonrió. —Sí. Pero diría que lo mejor fue después de la fiesta.

El asistente intercambió una mirada sutil con Vivienne, quien ocultó su curiosidad tras una expresión inescrutable.

Vivienne decidió tantear el terreno.

—Supongo que pasaste la noche aquí, ¿no? —inquirió con ligereza, ladeando la cabeza—. ¿Con alguien?

Los labios de Derek se curvaron en una sonrisa cómplice.

—Así es —admitió sin dudar.

Vivienne apretó con más fuerza la taza que sostenía.

Celeste decía la verdad.

El asistente permaneció en silencio, atento al desarrollo del diálogo.

Vivienne ocultó su reacción, dirigiendo a Derek una mirada inquisitiva.

—¿Y esta mujer... te importa? —preguntó, con voz casual pero mirada penetrante.

Derek se reclinó en la silla y exhaló suavemente.

—Lo hará —respondió con convicción.

Las dudas de Vivienne se disiparon.

Había asumido que Derek se casaría tras divorciarse de Aria, pero se mostraba escéptica ante la versión de Celeste. Ahora, escuchándolo

a él, por fin estaba convencida.

Celeste había triunfado.

Derek finalmente la veía.

Vivienne dejó la taza y exhaló en silencio.

—Ya veo —murmuró.

Derek interpretó esa reacción como desaprobación.

—Te va a gustar, mamá —aseguró con una risita—. Es... diferente a cualquiera que haya conocido.

Vivienne arqueó una ceja.

—¿Ah?

—Es tenaz, astuta y no se deja intimidar —continuó Derek, suavizando la expresión—. Me vuelve loco, pero a la vez... me hace sentir vivo.

Vivienne parpadeó.

Eso no sonaba a Celeste.

Esperaba que dijera que ella era elegante, serena, alguien que lo comprendía a fondo. Pero sus palabras no encajaban del todo con esa imagen.

Dejó el pensamiento a un lado.

—¿Y la amas? —preguntó, observándolo atentamente.

Derek sonrió.

—Sí.

Vivienne sintió un leve alivio.

Si Derek avanzaba, era hora de ayudarlo a cerrar ese capítulo.

—Entonces no tiene sentido postergar más esto —dijo—. Deberías finalizar tu divorcio cuanto antes.

El semblante de Derek se oscureció al mencionar a Aria.

—Ya lo habría hecho —respondió con amargura—, pero el abuelo sigue poniendo obstáculos.

Vivienne suspiró.

Por supuesto.

Thaddeus era el último obstáculo.

Se inclinó sobre la mesa y posó una mano firme sobre la de Derek.

—Déjamelo a mí —prometió con suavidad—. Me aseguraré de que entienda que este divorcio es necesario.

Derek la miró sorprendido.

—¿Harías eso?

Vivienne sonrió amable.

—Mereces estar con quien realmente amas —dijo—. Y Aria... —su expresión se endureció— nunca estuvo destinada a esta familia.

La mandíbula de Derek se tensó y un destello de amargura cruzó su rostro.

—La odio —susurró, cargado de resentimiento acumulado—. Engañó al abuelo para concertar el matrimonio. Tres años de mi vida atado a una mujer que nunca quise.

Vivienne asintió lentamente, absorbiendo su ira.

—Pronto serás libre —prometió—. Y cuando lo seas, podrás casarte con la mujer que realmente amas.

Derek exhaló aliviado, como si un peso se levantara de sus hombros.

—Gracias, mamá.

Vivienne sonrió, pero en su mente ya se tramaba el próximo movimiento.

Si Thaddeus no escuchaba a Derek, escucharía a ella.

Y ella se aseguraría de que así fuera.

Capítulo 37

Mary estaba frente a la casa de Derek, o mejor dicho, lo que quedaba de ella. La otrora majestuosa mansión estaba cubierta a medias por andamios, vigas de acero y paredes sin terminar. El aire estaba cargado de polvo de cemento y madera, y el estruendo de taladros y martillazos resonaba por toda la obra.

Ella dudó.

Venir aquí se sentía demasiado personal. Esa era la casa de Derek. Su espacio privado.

Y aunque estaba allí solo como arquitecta, el hecho de que él viviera allí, que ese fuera su santuario, la hacía sentir… insegura.

Su corazón aceleró al pensar en verlo en un lugar donde no era el director ejecutivo, ni el hombre de negocios, ni el arrogante rival, sino solo Derek, el hombre.

—Estás siendo ridícula, Mary —murmuró para sí misma, enderezando la espalda.

Era una profesional. Esto era su trabajo.

Respiró hondo, se armó de valor y entró.

——

Mary repasaba el plano en su tableta cuando sintió una presencia detrás de ella.

—Vaya, vaya... mira quién decidió entrar a *mi* casa.

Todo su cuerpo se tensó.

Esa voz. Esa voz profunda y burlona.

Se giró, y allí estaba Derek Lancaster, con los brazos cruzados, sonriéndole como si hubiera esperado justo ese momento.

—La arquitecta Mary —reflexionó con sorna—. ¿O debería decir… la señora Lancaster?

El corazón de Mary dio un vuelco al escuchar su apellido de casada pronunciado así.

—Estoy aquí por trabajo, Derek.

—¿Trabajo? —sonrió con suficiencia, acercándose—. Dime, Mary... ¿ya te divorciaste de tu marido?

Su ojo se movió, esquivo.

—Porque si estás libre... —su sonrisa se volvió más profunda— tal vez debería postularme.

Mary le lanzó una mirada fija.

—Derek.

—¿Sí, esposa?

Ella exhaló por la nariz.

Derek se inclinó apenas, bajando la voz a un tono peligrosamente burlón.

—¿O quieres que te haga olvidar a tu marido primero?

La respiración de Mary se cortó.

Solo por un instante.

No estaba dispuesta a dejarlo ganar.

Entonces sonrió dulcemente y le dio una palmadita en el pecho.

—Tal vez en tu próxima vida.

Derek parpadeó, luego rió.

—Algún día, Mary —dijo, negando con la cabeza—. Algún día dejarás de resistirte.

Mary subió a una plataforma sin terminar, inspeccionando cuidadosamente la colocación de vigas y estructuras. Estaba explicando los ajustes a los trabajadores cuando, de repente…

—¡CUIDADO!

Un fuerte estruendo reverberó por todo el lugar.

Mary se giró justo a tiempo para ver una pesada escalera de acero que se desplomaba... directo hacia ella.

Su mente se quedó en blanco.

No había tiempo para reaccionar. No había tiempo para moverse.

Y entonces—

Unos fuertes brazos la rodearon por la cintura y la apartaron.

El mundo giró mientras Mary sentía que caía, pero en vez de chocar contra el suelo duro, aterrizó contra algo cálido, sólido y protector.

Un estruendo fuerte y desagradable resonó.

Luego—silencio.

Por un instante, Mary no pudo procesar lo ocurrido.

Su corazón latía acelerado cuando abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba apoyada contra el pecho de Derek.

Sus brazos aún la envolvían, protegiéndola por completo.

Mary jadeaba, aturdida y con la visión borrosa.

Entonces lo sintió.

Calor.

Goteo.

Un charco de líquido acumulándose bajo ellos.

El estómago se le contrajo.

Parpadeó.

Y lo vio.

Sangre.

Extendiéndose por la camisa blanca de Derek.

Goteo.

Goteo.

Goteo.

Su corazón se detuvo.

—¿D-Derrek?

Ninguna respuesta.

Sus manos temblaban.

—¡Derek!

Nada.

El terror le comprimió el pecho.

Sus dedos temblorosos ahuecaron su rostro.

La respiración se volvió irregular.

Los ojos, entrecerrados.

Demasiado desenfocados.

Demasiado inmóvil.

Su pulso gritaba.

—¡Oye, quédate conmigo, idiota! —la voz se le quebró.

Aún sin respuesta.

Algo dentro de ella se rompió.

—No puedes dejarme así.

Sus manos apretaron la camisa con fuerza.

—Derek, abre los ojos. Ahora mismo. ¿Me oyes?

Su visión comenzó a nublarse.

El pecho se apretó.

No podía perderlo.

No lo permitiría.

La respiración entrecortada.

La cabeza dando vueltas.

Las voces de los trabajadores, lejanas.

El mundo se inclinó.

Y entonces—

Oscuridad.

Capítulo 38

Los ojos de Mary se abrieron de golpe al techo blanco y estéril que se alzaba sobre ella. La garganta seca, las extremidades pesadas. Un dolor sordo le latía en la espalda y los hombros, pero nada comparado con el frío y acechante miedo que le arañaba el pecho.

—¿Dónde...? —su voz sonaba quebrada y débil.

—Ya despertó —la saludó una enfermera con voz amable. Su rostro reflejaba ternura, pero sus ojos denotaban preocupación—. Está en el Hospital St. Catherine. Sufrió un accidente en la obra.

El recuerdo regresó con brutal claridad. La viga de acero. Los brazos de Derek rodeándola. La sangre.

—¡Derek! —Mary se incorporó de golpe, pero el dolor la atravesó por completo. Hizo una mueca y se agarró el costado instintivamente.

—Señorita, por favor, cálmese —intentó guiarla la enfermera—. Tiene hematomas leves, pero aún está en observación.

—N-no me importa —balbuceó Mary, con la respiración entrecortada —. ¿Dónde está Derek? ¿Dónde está?

La enfermera dudó. —Está… sigue en urgencias. Los médicos están haciendo todo lo posible…

Mary no escuchó más. El pánico ahogó la voz de la mujer, sus palabras se perdieron en el rugido ensordecedor en sus oídos. Sin pensarlo, se arrancó la aguja intravenosa de la mano; la palma le ardió al ver la sangre brotar de la pequeña herida.

—¡Señorita! No puede…

Pero Mary ya estaba de pie; las piernas le temblaban, pero estaba decidida. Se tambaleó hacia la puerta, descalza, con la bata de hospital que se movía a su alrededor, temblorosa, mientras irrumpía en el pasillo.

Urgencias no estaba lejos. A unos pocos metros. A unos segundos.

Pero para Mary parecía una eternidad.

Al llegar a la entrada, con la visión nublada por las lágrimas, la puerta se abrió de golpe.

Salió un médico, seguido de una enfermera. Empujaban una camilla con un cuerpo completamente cubierto por una manta blanca.

Muerto.

A Mary se le cortó la respiración.

No. No, no, no.

—Lo siento. Hicimos todo lo que pudimos, pero el paciente no sobrevivió —dijo el médico, con voz distante, como un eco.

Las rodillas de Mary cedieron y las manos le temblaron violentamente. —No... —su voz se quebró; un sollozo ahogado escapó entre sus labios—. No, por favor... No puede ser... Derek...

Sus dedos temblorosos alcanzaron el borde de la manta.

—Derek, por favor, despierta. No puedes... no puedes dejarme así. No puedes simplemente... desaparecer —sus palabras salían entrecortadas, desgarradas por el dolor y la desesperación.

Apretó la mano fría y sin vida bajo la manta, mientras las lágrimas salpicaban su piel.

—Ni siquiera llegué a decirte... que yo... —su voz se rompió, los sollozos le impedían respirar—. ¡No puedes morir! Haré lo que me pidas. Lo que sea, solo... vuelve a mí. Lo siento por todo. Por alejarte. Por fingir que no me importabas. Me importas, Derek. Me importas tanto que duele.

Su corazón se retorció con dolor, y todo su cuerpo tembló con la fuerza de su agonía.

—Yo... —se atragantó con las palabras—. Me gustas, ¿vale? Me gustas tanto que ni siquiera puedo pensar con claridad cuando estás cerca. Y fui demasiado cobarde para admitirlo. Pero si tan solo... si tan solo volvieras conmigo, te lo diré todos los días. Lo juro.

Sus dedos se aferraban desesperados al borde de la manta. La respiración era superficial y errática. La vista se nublaba con lágrimas y el pecho se agitaba.

—Por favor... —su voz era apenas un susurro—. No me dejes.

—¿Es eso cierto?

La voz era débil. Áspera.

Pero estaba allí.

Fue real.

Mary levantó la cabeza de golpe y sus grandes ojos llorosos se encontraron con la figura que estaba a unos metros.

Derek.

Vivo.

Cubierto de vendas y moretones, pero vivo.

La miró fijamente, con una expresión que mezclaba agotamiento, dolor y algo más. Algo que parecía peligrosamente cercano a la esperanza.

—¿De verdad lo decías en serio? —su voz tensa mantuvo la mirada fija en la de ella.

Por un momento, Mary solo pudo mirarlo boquiabierta, mientras su mente luchaba por asimilar lo que veía.

Y entonces algo en ella se soltó.

Se tambaleó hacia adelante, con las manos temblorosas intentando alcanzarlo. Derek apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando Mary le echó los brazos al cuello, aferrándose a la tela de su camisa como si desapareciera si la soltaba.

—Derek —susurró con la voz cargada de emoción—. Idiota. Idiota absoluto.

Los brazos de Derek la envolvieron, su abrazo suave a pesar del dolor que seguramente le causaba.

—Creí que estabas muerta —dijo Mary, la voz entrecortada por el peso de la emoción—. Creí que te había perdido.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa burlona. —Siento decepcionarte. Soy más fuerte de lo que parezco.

Mary soltó una risa temblorosa, las lágrimas todavía rodaban por sus mejillas.

—Dios, Derek —susurró, ahuecando las manos sobre su rostro para asegurarse de que realmente estaba allí—. Pensé que nunca... pensé que nunca llegaría a...

Su voz temblaba, la respiración entrecortada. Antes de que el miedo regresara, antes de que la desesperación la arrastrara de nuevo, Mary presionó sus labios contra los de él.

El beso fue feroz, desesperado, crudo.

Una colisión de todo lo que había reprimido, de cada sentimiento que tuvo demasiado miedo de admitir.

La respiración de Derek se cortó por la sorpresa, antes de que sus brazos se apretaran alrededor de ella, acercándola más mientras le devolvía el beso con igual intensidad.

El corazón de Mary latía con fuerza, su cuerpo temblaba como si fuera a desmoronarse. Pero el toque de Derek la anclaba. Su calor. Su latido. Su presencia.

Cuando finalmente se separaron, jadeando por aire, Derek la miró con una expresión que Mary nunca había visto antes.

—No tienes idea de cuánto tiempo he estado esperando eso — suspiró, la voz áspera y llena de algo que retorció el corazón de Mary.

Y al fijar su mirada en la de ella, Mary comprendió algo.

No estaba preparada para dejarlo ir.

Capítulo 39

Derek había insistido en que estaba perfectamente bien desde que regresaron del hospital. Pero Mary, siempre testaruda, no iba a permitir que él se marchara de una experiencia cercana a la muerte como si nada hubiera pasado.

Por eso, para sorpresa de todos, Derek terminó quedándose en el pequeño apartamento de Mary durante unos días. No era lujoso ni espacioso, muy lejos de lo que él estaba acostumbrado, pero nunca se quejó. Al contrario, parecía extrañamente cómodo tumbado en su sofá y curioseando por la cocina como si fuera el dueño del lugar.

—Deja de querer apoderarte de mi cocina, Derek. Se supone que deberías estar descansando. —Mary se cruzó de brazos al verlo servirse un vaso de agua. Su brazo vendado se estremecía con cada movimiento.

—Estoy herido, no paralizado —respondió él con una sonrisa perezosa, apoyándose en el mostrador como si no se hubiera tambaleado hacía un momento—. Además, te estaba preparando algo de beber. Pensé que tendrías sed después de tanto insistir.

Mary puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír. —Siéntate antes de que te lastimes otra vez. Traigo agua.

Derek rió entre dientes, disfrutando claramente de sus reproches. —Sí, señora.

—Buen chico. —Le dio una palmadita en la cabeza y, al instante, apartó la mano con un sonrojo que le calentó las mejillas.

Pero Derek solo se rió. —Sigue así y hasta me verás meneando la cola.

Los días transcurrían entre bromas juguetonas y silencios que apretaban el pecho de Mary. Los coqueteos de Derek se volvían más descarados, sus caricias más largas y su mirada más dulce cada vez que la atrapaba mirando.

Intentó mantener sus muros bien altos, pero ¿cómo resistirse cuando él la miraba como si ella fuera su única razón para seguir adelante?

En el cuarto día, Julián apareció en el apartamento con Delia y Leo a cuestas.

—Parece que nuestro chico dorado está recibiendo un trato VIP —bromeó Julián al ver a Derek instalado cómodamente en el sofá, con una manta encima y una taza de café (hecha por Mary) sobre la mesa.

—Supongo que estar medio muerto tiene sus ventajas —replicó Derek con una sonrisa torcida.

—Tienes suerte de que Mary tolere tu dramatismo —intervino Delia —. Yo te habría tirado por la ventana.

—Creo que en el fondo le gusta tenerme cerca —guiñó Derek a Mary, que se burló y puso los ojos en blanco, aunque el rubor le delató.

—Tiene buen corazón. Más del que mereces —dijo Julián con un tono juguetón, pero sus ojos brillaban con alivio.

Mary sintió calor en el pecho al verlos así, a Derek entre amigos y familia, como si todo fuera normal.

—No puedo creer que estén todos aquí en mi mini apartamento —murmuró Mary, un poco avergonzada.

—Pequeño, pero acogedor —la elogió Julián con una sonrisa sincera —. Me gusta. Te queda bien.

—Lo que significa que nos van a tener que aguantar para la comida —anunció Delia meneando las cejas—. Derek paga, obviamente.

—¿Disculpa? —Derek arqueó una ceja—. ¿Llegan sin invitación y esperan que les dé de comer?

—Claro, porque estás perdidamente enamorado de nuestra querida Mary y harías lo que fuera para consentirla —dijo Delia con sonrisa

cómplice.

Derek quiso responder, pero al mirar a Mary, su expresión se suavizó. —Tienes razón.

El corazón de Mary dio un vuelco. ¿Qué iba a hacer con él?

Todos pidieron comida para llevar, y Derek se encargó de todo. Cuando llegó, fue él quien sirvió primero el plato a Mary, rozando su mano con la suya al entregarle los cubiertos.

—Come. Me has cuidado toda la semana, ahora me toca consentirte —su voz bajó solo para ella, íntima.

Sus mejillas se encendieron. —Eres imposible.

—Y a ti te encanta —respondió él con una sonrisa ladina.

Delia, Leo y Julián se miraron divertidos, sin decir nada.

El almuerzo estuvo lleno de risas y charlas amenas. Julián y Leo compartían anécdotas del trabajo, mientras Delia molestaba a Derek por su rol de "paciente necesitado".

Pero entre bromas, Derek no dejaba de mirar a Mary de reojo. Le susurraba cosas al oído. Le acariciaba la mano cuando nadie miraba. Y, a ratos, rozaba su sien con los labios cuando ella parecía demasiado nerviosa para responder.

Era como si no pudiera evitarlo.

Y a Mary le costaba mucho fingir que no le afectaba.

Cuando retiraron los platos y todos se acomodaron en la sala, Delia le lanzó una sonrisa cómplice a Mary.

—¿Sabes qué? Deberíamos irnos de viaje a la playa.

—¿Qué? —Mary parpadeó, sorprendida.

—¡Sí! —apoyó Julián —. Has pasado días cuidando a Derek, mereces un descanso. Además, necesito ver si el encanto de Derek funciona en traje de baño.

Derek puso los ojos en blanco, pero sonrió con suficiencia. —Funciona en todas partes.

Mary rió entre dientes, resignada. —Un viaje a la playa suena bien, pero con el trabajo...

—Descansa —insistió Leo, alentador—. Te lo mereces. Y además, tienes que evitar que el señor Lancaster se vuelva a lesionar.

Derek sonrió. —Sí, Mary. Considéralo un plan de recuperación. Para los dos.

Ella no pudo evitar reír. —Está bien. Me voy.

Todos aplaudieron y lanzaron ideas para el viaje, pero los ojos de Mary seguían pegados a Derek.

A la forma en que su sonrisa se suavizaba cuando se encontraban.

A cómo su mano tomaba la suya como si fuera lo más natural del mundo.

A cómo su corazón la traicionaba cada vez que él hablaba.

Ella estaba enamorada de él.

Pero la pregunta seguía ahí.

¿Y si él sentía lo mismo?

Y si lo hacía, ¿sería ella lo suficientemente valiente para arriesgarlo todo por él?

Las respuestas estaban escondidas tras sus sonrisas, sus caricias, sus besos furtivos.

Y ella estaba decidida a descubrirlas.

Capítulo 40

El resort era simplemente impresionante. La arena blanca, tan fina y pura que parecía un manto de polvo de diamantes, se extendía hasta donde alcanzaba la vista bajo el sol radiante. Las olas turquesas del océano lamían la orilla con suavidad, invitándolos a sumergirse en ese agua cristalina que parecía sacada de un sueño. Las palmeras se mecían perezosas al ritmo de la brisa tropical, y el aire estaba impregnado del fresco aroma a sal marina mezclado con el dulzor de los cocos recién caídos.

—Esto —dijo Julián dejando caer su bolsa de lona en la arena— es el paraíso.

Mary no pudo más que asentir. Hacía mucho que no sentía que un lugar pudiera ser tan perfecto para desconectar. Y ahora, rodeada de Delia, Julián , Leo y... Derek, claro, el viaje ya tenía un sabor especial.

Leo se había esmerado al máximo, reservando una villa lujosa con piscina privada, chef personal y una vista que parecía sacada de una postal de ensueño. Delia no pudo contener un grito de emoción al ver las cabañas junto a la piscina y enseguida se lanzó a conquistar una.

—¡Muy bien, amigos! —aplaudió Delia—. El plan para hoy es sencillo: diversión, diversión y más diversión. ¡Vamos, cambiémonos y a la playa!

—Suena perfecto. —Julián ya se quitaba la camisa con prisa, corriendo hacia el agua.

Leo puso los ojos en blanco. —Sería mejor que vayamos despacio, que estamos aquí para relajarnos.

Mary rió entre dientes y giró hacia su habitación asignada, pero una voz la detuvo.

—Lucía.

Se volvió y lo encontró mirándola con esa intensidad que ya conocía demasiado bien.

—Ponte algo que me guste —dijo Derek con una sonrisa juguetona —. Siempre te ves espectacular.

—Cállate, Derek —murmuró, sintiendo las mejillas arder—.

Se apresuró a irse, nerviosa pero sin poder ocultar la emoción que le revolvía el pecho.

No pasó desapercibido cómo Delia le lanzó una sonrisa cómplice antes de alejarla para cambiarse.

—Cuéntame —susurró Delia en cuanto se quedaron solas—. Tú y Derek… ¿qué está pasando entre ustedes?

—¿Qué? ¡Nada! —Mary se apresuró a negar, demasiado rápido—. Solo lo estoy ayudando a recuperarse.

—Claro, claro. —Delia rodó los ojos con dramatismo—. Se han estado mirando con cariño desde que llegamos.

Mary intentó objetar, pero Delia la interrumpió.

—Ni lo niegues. Inténtalo. Está claro que está locamente enamorado de ti.

Mary mordió su labio inferior. ¿Qué podía decir? Porque, en el fondo, una parte de ella esperaba que Delia tuviera razón.

Finalmente, se pusieron los trajes de baño. Mary eligió un elegante bañador de una pieza en azul profundo. Al salir, la mirada de Derek la encontró al instante.

—¿Es demasiado? —preguntó nerviosa.

—Es perfecto —respondió en voz baja—. Y ahora me estoy replanteando lo de la playa, porque la idea de que otros chicos te vean así me vuelve loco.

Mary soltó una risa negando con la cabeza.

—Eres imposible.

—Pero te gusto así —sonrió Derek, sus ojos brillando con una dulzura que ella empezaba a desear.

Antes de que pudiera responder, Delia tiró de su brazo.

—¡Vamos! ¡El agua nos espera!

Todos se dirigieron a la playa, donde Leo ya chapoteaba como un niño feliz. Julián , con su habitual aire estoico, se dejó llevar por la calma y se metió en el agua con una sonrisa relajada.

El primer contacto del agua fresca con los dedos de Mary le provocó un escalofrío placentero.

—Se siente bien, ¿no? —dijo Derek, rozando suavemente su brazo mientras se colocaba a su lado.

—Sí —respondió ella, dejando que la tensión de las últimas semanas se esfumara poco a poco.

Pero la tranquilidad duró poco. Pronto Derek empezó a salpicarla como un niño travieso.

—¡Derek! —rió Mary, devolviéndole la broma con un chapuzón.

Lo que siguió fue una guerra de agua llena de risas contagiosas, que se mezclaban con el rumor de las olas. Julián se unió, haciendo clavados espectaculares y mojándolos a todos. Delia fingía enfado, pero era evidente que disfrutaba. Leo, por su parte, observaba divertido y negaba con la cabeza ante sus payasadas.

Finalmente, Mary, agotada y con el pelo empapado, volvió a la orilla y se dejó caer en una toalla, respirando feliz.

Derek se desplomó a su lado, empapado también.

—¿Ya es suficiente? —preguntó.

—Por ahora —respondió ella con una risita—. Fuiste despiadado.

—Solo me aseguraba de que la estuvieras pasando bien —su sonrisa se suavizó—. Me encanta verte sonreír así.

Mary sostuvo su mirada, con el corazón latiendo con fuerza.

—A veces eres sorprendentemente dulce, ¿lo sabías?

—No se lo digas a nadie —respondió él con tono pícaro—. Tengo una reputación que mantener.

Cayeron en un silencio cómodo, con solo el sonido del mar y las risas lejanas de sus amigos.

Pero Derek no había terminado de mimarla. Cuando llegó el almuerzo, servido por el chef en un rincón sombreado junto a la playa, él insistió en darle la comida con sus propias manos.

—Toma —le ofreció un plato rebosante de brochetas de camarones —. Recuerdo que dijiste que te gustaban.

Mary arqueó una ceja.

—¿De verdad te acuerdas?

—Por supuesto —se inclinó y susurró cerca de su oído—. Me fijo en todo lo que te rodea, Mary.

Sus mejillas ardieron.

—Solo lo dices.

—¿De verdad? —extendió la mano y apartó un mechón húmedo de su rostro—. Me has cuidado. Solo intento devolverte el favor.

Su pecho se apretó. ¿Por qué decía esas cosas que la hacían sentir tan vista, tan importante?

Miró a sus amigos jugando al voleibol de playa, distraídos, y se encontró sola con él.

Era extraño lo fácil que se sentía todo. Su presencia ya no le causaba ansiedad, sino seguridad.

Quizá… solo quizá… estaba comenzando a dejarse caer con más fuerza.

Pero antes de que pudiera pensar en esa posibilidad aterradora, Derek le robó otro beso, esta vez en la mejilla, demorando los labios más de lo esperado.

—¡Derek! —exclamó, mirando alrededor—. ¡Nos van a ver!

—Perfecto —rió él, encantado con su vergüenza—. Que se queden con las ganas.

Mary soltó una risa.

Era insoportable.

Pero también era el único capaz de acelerar su corazón como nadie más.

Y, por una vez, no tenía ganas de huir.

Capítulo 41

Las náuseas habían sido incesantes durante días. Al principio, Mary las atribuyó al estrés, al agotamiento y a la confusión emocional de sus complejos sentimientos por Derek. Pero cuando el mareo y las náuseas matutinas solo empeoraron, se vio obligada a afrontar la posibilidad.

Estaba sentada en su pequeño baño, con la mirada fija en el palito de plástico que sostenía en sus manos temblorosas. Las dos líneas rosas la miraban firmes y claras.

Embarazada.

Su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales; su mente era un torbellino de emociones. El hijo de Derek. Su hijo.

Las lágrimas le inundaron los ojos, mezcla de alegría desbordante y miedo paralizante. ¿Qué pensaría Derek? ¿Querría siquiera a ese hijo? Su relación había sido una danza confusa e impredecible de pasión y conflicto. Sin embargo, no podía negar lo que sentía por él, sentimientos que se habían profundizado desde el accidente.

Mary posó sus dedos suavemente sobre su estómago, y sus pensamientos se desviaron hacia las sonrisas juguetonas de Derek, sus coqueteos y la calidez de su tacto.

Pero con la misma rapidez, su mente giró hacia la amargura que sentía por Aria. Su desesperación por liberarse de ella. El solo pensamiento le revolvió el estómago.

No. No podía decírselo. No hasta estar segura de lo que realmente sentía.

Así guardó su secreto.

Pasaron los días, y su determinación por proteger a su hijo se hizo más fuerte. Pero el peso del secreto se hacía cada vez más insoportable con cada mirada furtiva y caricia cariñosa que Derek le daba.

Sin embargo, incluso en su silencio, alguien lo había notado.

Alguien que observaba cada uno de sus movimientos con celos venenosos.

Celeste estaba de pie junto a la ventana de su lujoso apartamento, con los ojos brillando de satisfacción mientras su investigador privado le exponía los detalles.

—¿Está embarazada? —Los labios de Celeste se curvaron en una sonrisa maliciosa—. Vaya, ¿no es interesante?

—Sí, señora. Está confirmado. La señorita Aria Lancaster, aunque ahora se hace llamar Mary, está embarazada. Y, según la cronología, es muy probable que el bebé sea de Derek.

Los ojos de Celeste se oscurecieron. La sola idea de que Mary tuviera el hijo de Derek le hacía hervir la sangre. Esa mujer ya se había acercado demasiado a él, robándole atención en cada instante. ¿Y ahora esto? ¿Un bebé?

Su mano apretó con fuerza el teléfono, las uñas se le hundieron en la palma.

—No. Esa mujer no puede tenerlo todo.

Su mente se llenó de posibilidades y los engranajes giraron con intenciones maliciosas.

Si Mary estaba embarazada del hijo de Derek, entonces sólo había una cosa que hacer.

Destruirla.

Todo empezó con amenazas sutiles: notas deslizadas por debajo de su puerta, llamadas misteriosas en plena noche. Pero cuando Mary recibió un sobre sin remitente con fotos suyas tomadas desde varios ángulos —evidencia de que alguien la estaba acosando—, se le heló la sangre.

El golpe final llegó en forma de un mensaje escrito con tinta escarlata.

"Deja la vida de Derek para siempre, o tu precioso bebé pagará el precio".

A Mary se le doblaron las rodillas al contemplar la aterradora amenaza. El pánico la atenazaba. Quienquiera que estuviera haciendo eso no estaba jugando. Estaba dispuesto a hacer daño a su hijo.

Y ella no tenía forma de protegerse.

Excepto...

Su corazón se encogió dolorosamente al pensar en pedir ayuda. Pero ¿qué opción le quedaba? Derek era poderoso e influyente. Si alguien podía protegerla a ella y a su hijo, ese era él.

Pero él no podía saber que era ella. No todavía. No hasta que estuviera segura de cómo se sentía.

Con dedos temblorosos, Mary marcó el número privado de Derek. Su voz temblaba, y profundizó el tono para sonar desconocida.

—Derek, soy... Aria.

—¿Aria? —Su voz se agudizó, y el desdén fue evidente.

—Sí —dijo ella con voz temblorosa—. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —se burló—. ¿Por qué demonios iba a ayudarte?

—Por favor, solo escucha. Es... importante.

—¿Importante? —La risa de Derek fue fría y hueca—. ¿Qué podría ser tan importante como para que tú, precisamente, vinieras arrastrándote hacia mí?

—Estoy embarazada —su voz fue apenas un susurro.

Silencio.

Luego, una risa áspera y amarga.

—¿Embarazada?

—Sí.

—¿Y esperas que me crea eso? ¿Después de todo lo que has hecho? ¿Conspirando con mi abuelo, obligándome a casarme con ella, y ahora intentando engañarme con un bebé? ¡Ni siquiera me he acostado contigo! —Su voz sonaba áspera, llena de resentimiento y asco.

—No es... —La voz de Mary se quebró—. Lo juro, no miento. No planeé esto. Solo necesito tu ayuda. Alguien... alguien intenta hacerme daño. Lastimar a nuestro bebé.

—No soy tonto, Aria —dijo Derek, con palabras como hielo—. Sé hasta dónde estás dispuesta a llegar solo para conseguir lo que quieres. Cualquiera que sea el problema en el que estés metida, ese es tu problema.

—Derek, por favor —la desesperación en su voz era innegable—. Tengo miedo. Alguien me amenaza. Y yo... no sabía a dónde más ir.

—Bien —espetó—. Porque no encontrarás ayuda en mí. No eres nada para mí. Pase lo que pase, es lo que te mereces.

Mary sintió las lágrimas recorrerle las mejillas, el cuerpo temblando de terror e impotencia.

—Derek... por favor... te lo ruego.

—Ruega todo lo que quieras. Me da igual. Y aunque ese niño sea mío... —Hizo una pausa, y su voz se volvió aún más fría—. No quiero saber nada de él. Por lo que a mí respecta, ni siquiera existe. Y si te queda algo de decencia, les harías un favor a todos y te desharías de él.

Mary sintió que todo su mundo se derrumbaba bajo sus pies. Sus palabras la golpearon como cuchillos, desgarrándola por dentro y por fuera.

—Tú... tú no quieres decir eso —su voz fue apenas un susurro entrecortado.

—Oh, lo digo en serio, Aria.

Sus palabras fueron definitivas, su tono destilaba odio. Antes de que Mary pudiera decir otra palabra, la comunicación se cortó.

Miró fijamente su teléfono, con la vista nublada por las lágrimas. Sus manos temblaban violentamente mientras apretaba el teléfono contra el pecho.

Él la odiaba.

La odiaba tanto que preferiría que su hijo nunca existiera.

A Mary se le doblaron las rodillas y su cuerpo se desplomó en el suelo, mientras los sollozos le arrancaban la garganta. Todo lo que había sentido por Derek —cada instante de ternura, anhelo y añoranza— se hizo añicos como un cristal roto a su alrededor.

Su corazón dolía con un dolor tan profundo que temía ahogarse en él. El hombre al que había llegado a querer, quizás incluso a amar, la había destruido con solo unas palabras.

Y mientras las lágrimas seguían cayendo, algo dentro de ella se endureció.

Si Derek no la quería ni a ella ni a su hijo, que así fuera.

Pero ella jamás lo perdonaría.

No por esto.

Capítulo 42

Mary yacía acurrucada en su cama, envuelta por la oscuridad de su apartamento. Habían pasado horas desde aquella llamada, pero las palabras que Derek le había espetado aún resonaban sin cesar en su mente.

—No quiero tener nada que ver con eso.

—Deshazte de él.

Cerró los ojos con fuerza, mientras las lágrimas empapaban la almohada. Su cuerpo entero se sentía agotado, vacío, dominado por un dolor tan profundo que le costaba respirar.

El hombre que ella creía... No. El hombre que amaba. El hombre que la había besado con tanta ternura, que la había abrazado y hecho sentir que significaba algo… ¿Cómo podía ser tan cruel?

¿Cómo pudo descartarla a ella y a su hijo tan fácilmente?

Se apretó el vientre con la mano, y el calor de su palma tembló sobre la pequeña vida que ahora deseaba proteger con fervor: su hijo. Su bebé. El bebé de Derek.

Y él no quería tener nada que ver con eso.

Un sollozo gutural le arrancó la garganta. Cada fragmento de su corazón roto ardía de traición y dolor. Sentía que se hundía, que se ahogaba bajo el peso de todo lo que no podía controlar.

Pero, en algún lugar entre los restos de sus emociones, un nuevo fuego se encendió.

Si Derek no los quería, bien. Ella criaría a su hijo sola. Amaría a ese bebé lo suficiente para los dos. Y lo protegería con todas sus fuerzas.

Pero eso no detenía el dolor. La angustia. El devastador rechazo.

Los días se confundieron.

Mary apenas comía. Apenas dormía. Sus ojos, antes vibrantes, ahora estaban apagados, ensombrecidos por el cansancio y la tristeza.

Cada vez que sonaba su teléfono, se le encogía el pecho con la absurda esperanza de que fuera Derek llamando para disculparse, para decir que no había dicho nada en serio, que quería ser el padre de su hijo.

Pero nunca lo fue.

Leo llamó varias veces, preguntándose por qué no contestaba las llamadas de Derek. Al parecer, el hombre le había estado enviando mensajes y llamadas todos los días. Pero ella los ignoró por completo.

¿Por qué molestarse siquiera? Derek le había dejado claro que Aria no significaba nada para él. Así que podía seguir intentando alcanzarla como Mary todo lo que quisiera. No cambiaría nada.

—Maldita sea, Mary. ¿Dónde demonios estás? —El último mensaje de voz de Leo se repetía una y otra vez, con una preocupación casi genuina—. Derek ha estado volviendo locos a todos intentando encontrarte. Solo... al menos dime que estás bien.

Pero ella no pudo responder. No cuando su corazón aún estaba destrozado.

Dos semanas después, se encontraba frente al espejo, pálida e inexpresiva. El trabajo se había convertido en su única distracción, su único refugio. Se sumergió en proyectos, dibujos y revisiones nocturnas hasta que sus manos temblaban de cansancio.

Y funcionó.
O al menos, se obligó a creerlo.

Pero hoy era diferente. Hoy tenía que asistir a la fiesta de Julián en su mansión, una celebración empresarial a la que no podía negarse. Su empresa era uno de los patrocinadores, y su presencia era obligatoria.

Mary se vistió con un vestido sencillo pero elegante, uno que no llamara la atención, pero que fuera presentable para el evento. Al mirarse al espejo, apenas reconoció a la mujer que la observaba.

Sus dedos temblaron mientras presionaba una mano sobre su estómago.

—Estarás bien —susurró—. Estaremos bien.

——

La mansión bullía de invitados, risas y música inundando el ambiente. Mary se mantenía en un segundo plano, forzando sonrisas educadas y sosteniendo conversaciones tensas. Sus ojos revoloteaban buscando verlo.

Lo encontró antes de lo esperado.

Derek estaba de pie junto a la barra, con una copa de champán en la mano, luciendo devastadoramente guapo como siempre, a pesar de las vendas asomándose bajo su traje.

Sus heridas no habían sanado del todo, pero su comportamiento mostraba solo arrogancia y confianza.

Ella lo odiaba.

¿Cómo podía verse tan... bien, tan despreocupado, cuando ella apenas podía mantenerse en pie?

Entonces, como si sintiera su presencia, la mirada de Derek se posó en ella.

Sus ojos se abrieron sorprendidos, antes de que una sonrisa torcida se dibujara en sus labios.

—Aquí estás —dijo con voz baja y cálida, como si nada hubiera cambiado, como si no hubiera destrozado su mundo.

Los dedos de Mary se apretaron alrededor de su vaso.

—Hola, Derek —respondió con tono frío.

Su sonrisa se desvaneció ante su voz helada.

—He estado intentando contactarte. ¿Por qué no has contestado a ninguna de mis llamadas?

—¿Por qué te importa? —replicó ella, con los ojos ardiendo de lágrimas contenidas—. Dejaste perfectamente claro que no quieres saber nada de mí.

Derek frunció el ceño, confundido.

—¿De qué hablas? Te he estado buscando por todas partes.

—Seguro que sí —su voz se quebró—. Pero quizá deberías haber respondido a la llamada de Aria en lugar de ignorarla cuando más te necesitaba.

La confusión en su rostro se intensificó.

—¿De qué demonios estás hablando?

Y entonces todo hizo clic.

—¿Fue ella a verte? —preguntó Derek con los ojos llameantes—. ¿Aria fue a verte y te acosó?

A Mary se le encogió el estómago.

—¿De qué... de qué estás hablando?

—Aria —escupió el nombre como si fuera veneno—. Es una mentirosa, una manipuladora. Si te dijo algo sobre un bebé, es todo un complot. Quiere arruinarnos. Y no voy a permitir que lo haga.

Las uñas de Mary se clavaron en sus palmas.

—¿Arruinarnos? —repitió con voz hueca.

—¡Sí! —los ojos de Derek brillaban con determinación—. Está desesperada porque sabe que voy a pedir el divorcio. Hará lo que sea para controlarme. Y si te está mintiendo...

—Para —susurró Mary, con la garganta irritada—. Basta.

Derek frunció el ceño.

—Mary, escúchame. Lo que te haya dicho no es cierto. Nunca me he acostado con ella, y no tengo ni idea de dónde sacó la idea del bebé. Ella...

—¡Basta! —el grito de Mary rompió el aire entre ellos. Su cuerpo temblaba, los puños apretados a los costados—. ¿Te oyes siquiera? ¿Sabes lo cruel que suenas?

La confusión de Derek se profundizó.

—¿Cruel? Estoy intentando protegerte.

—¿Protegerme? —rió ella, pero era una risa entrecortada y retorcida —. No me estás protegiendo, Derek. Me estás humillando.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Mary, eso no es lo que yo...

—¿Cuánto más me vas a humillar? —su voz estaba cargada de agonía, su pecho subía y bajaba con cada palabra—. Has dejado claro cuánto me odias. Cuánto me desprecias. ¿Sabes qué? El sentimiento es mutuo. Te odio, Derek. Te odio.

Derek parecía como si le hubieran dado una bofetada. Su rostro palideció, su mirada buscándola como si intentara armar un rompecabezas imposible.

—Mary, yo—

—Vete ya —su voz era gélida, fría, cortante—. No quiero volver a verte. Nunca más.

El dolor en sus ojos era evidente, pero no dijo nada. Derek abrió la boca para hablar, pero la cerró. Sin decir más, se dio la vuelta y se alejó; el eco de sus pasos fue un cruel recordatorio del hombre que acababa de destrozar su corazón.

Mary corrió al tocador y, cuando la puerta hizo clic detrás de ella, se desplomó en el suelo, con sollozos entrecortados.

No podía respirar. No podía pensar.

Solo sentía la agonía abrasadora de la traición. Y el odio ardiente en el pecho.

El hombre que amaba la había destruido. Y ya no había vuelta atrás.

Capítulo 43

Mary estaba sentada al borde de la cama, con los dedos temblorosos sosteniendo el teléfono. Las crueles palabras de Derek aún retumbaban en su mente. Su voz, cargada de indiferencia y frustración, le sugirió que abortara a su hijo, como si la vida que crecía dentro de ella no significara nada. Como si ella misma no significara nada.

Cerró los ojos, sintiendo una opresión en el pecho. El dolor era profundo, implacable, extendiéndose por todo su ser como un veneno. No le había contado a nadie sobre el embarazo, ni siquiera a Julián ni a Delia. Y ahora… ahora debía aceptar la verdad: Derek nunca querría tener un hijo.

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Se levantó, secándose las lágrimas, intentando recomponerse antes de abrir.

—¿Abuelo? —su voz se quebró al ver al anciano parado frente a ella, la preocupación grabada en cada arruga de su rostro.

—¿Puedo entrar, Aria? —La voz de Thaddeus era suave, pero su expresión, sombría.

—Claro. Por favor. —Mary se hizo a un lado, apretando nerviosa el vestido con las manos.

Se sentaron en la modesta sala de estar, y Thaddeus no perdió tiempo.

—Supongo que ya te enteraste. Derek solicitó el divorcio esta mañana.

Las palabras le dieron un puñetazo en el estómago.

—¿De verdad lo hizo? —preguntó, con voz débil.

Thaddeus asintió solemnemente.

—Quería escuchar tu versión, Aria. Saber por qué hemos llegado a esto.

Las lágrimas que había contenido se derramaron, y sus hombros temblaron.

—Intenté hablar con él… intenté decirle la verdad… —su voz se quebró—, pero no quiso oírla. Él… cree que lo estoy manipulando.

—¿Manipularlo? —Thaddeus frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

Mary dudó, clavándose las uñas en las palmas.

—Abuelo, estoy… estoy embarazada. Y alguien está amenazando a mi bebé. Le pedí ayuda a Derek… como Aria. Pero solo dijo que no quería saber nada. Que simplemente… —se le cortó la respiración—, simplemente que me deshiciera de él.

Los ojos de Thaddeus se abrieron de par en par, sorprendidos.

—¿Dijo eso?

Mary asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Dijo que nunca se acostó conmigo. Que no quiere saber nada del bebé, a menos que sea por el divorcio. —Le temblaba la voz—. Por favor, abuelo, solo quiero que todo esto termine. No puedo seguir viviendo así. Le daré el divorcio. Solo… déjame liberarme de él.

La mirada de Thaddeus se suavizó con compasión y tristeza.

—Mary, yo… creía que tú y Derek se llevaban bien. Que tal vez el divorcio sería innecesario.

—Yo también —susurró ella entrecortadamente—. Pero me odia, abuelo. Me odia tanto que prefiere creer que miento sobre nuestro hijo antes que siquiera considerar la posibilidad de que diga la verdad.

Thaddeus dejó escapar un largo y cansado suspiro, con los hombros hundidos.

—No puedo creer que Derek fuera tan cruel. Lo crié mejor que eso.

—Me odia desde que nos casamos. Desde que creyó que conspiramos contigo para tenderle una trampa. Me esforcé tanto por

hacerle ver que nunca quise esto, pero… —su voz se quebró, su dolor quedó al descubierto ante el hombre que había orquestado su miseria—.

—Nunca quise que las cosas terminaran así —dijo Thaddeus con un tono cargado de culpa—. Aria, si hubiera sabido…

—No podías saberlo. Creías que hacías lo mejor para tu familia. No te culpo por nada de esto. Pero, por favor, abuelo, si hay algo que puedo pedirte, es que me dejes ir. No retrases más el divorcio. Simplemente… déjame tener mi libertad.

Thaddeus cerró los ojos, con una sombra profunda de dolor en el rostro.

—Me salvaste la vida una vez, Aria. La noche en que murieron tus padres —su voz era ronca, cargada de años de culpa y gratitud—. Fue un accidente terrible. Tus padres… no sobrevivieron. Pero tú… sobreviviste porque me rescataste de los restos cuando el coche estaba a punto de explotar. Eras solo una niña. Magullada, ensangrentada y rota. Pero me salvaste. Y siempre he sentido que te debía la vida.

A Mary se le cortó la respiración.

—Yo… nunca lo supe.

—Tus padres eran buenas personas. Y les fallé al no poder salvarlos. Lo mínimo que podía hacer era proteger a su única hija —apretó los puños—. Cuando concerté el matrimonio entre tú y Derek, pensé que era la mejor manera de asegurar que estuvieras bien cuidada. De darte por fin una familia. Pero parece que lo único que hice fue hacerte sufrir.

Los ojos de Thaddeus brillaron de pesar.

—Aria, aunque el divorcio se concrete… aunque legalmente ya no formes parte de esta familia… tú y tu bebé seguirán siendo mi familia.

Mary lo miró con ojos abiertos e incrédulos.

—No te abandonaré ni a ti ni a mi nieto. Los protegeré a ambos. Pase lo que pase —sus palabras eran firmes, llenas de una sinceridad que rompió la frágil compostura de Mary.

—Gracias —susurró ella con la voz temblorosa, mezcla de gratitud y tristeza—. Gracias, abuelo. Solo quiero vivir en paz. Criar a mi hijo lejos de todo este dolor.

Thaddeus asintió con expresión seria.

—Te ayudaré, Aria. Lo prometo.

Pero incluso mientras hablaba, Mary no podía sacarse de la cabeza la sensación de que las cicatrices que Derek le había dejado en el corazón jamás sanarían del todo. El hombre que una vez admiró… el hombre con el que alguna vez esperó ser feliz… había destrozado su confianza sin remedio.

Y ahora, ella solo podía alejarse.

Lejos del hombre que alguna vez pensó que podría amarla.

Lejos del hombre que solo la veía como un monstruo.

Capítulo 44

Leo Marchand miró su reloj al salir de la consulta, con un expediente en mano que contenía los informes médicos actualizados de Derek. El médico le había asegurado que las lesiones de Derek estaban sanando bien, pero que las revisiones y las sesiones de terapia seguirían siendo necesarias para una recuperación completa. Un alivio le recorrió el cuerpo, aunque aún no podía sacarse la preocupación de encima. Desde aquel incidente con Aria y Mary, Derek no había sido el mismo.

Exhaló un suspiro y se disponía a regresar a la oficina cuando algo llamó su atención: al final del pasillo, una figura familiar salía de una clínica. Entrecerró los ojos, deteniéndose.

—¿Mary? —murmuró, observándola con expresión distraída y preocupada. Apuraba el paso, aferrando con fuerza un pequeño sobre marrón, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

Antes de que Leo Marchand pudiera llamarla, ella ya se había ido, sin mirarlo siquiera.

La curiosidad se apoderó de él y su mirada volvió al cartel sobre la puerta: *Obstetricia y Ginecología.*

No podía ser…

Sin pensarlo más, Leo Marchand avanzó hacia la clínica. La recepcionista lo miró al acercarse.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Eh… la señora que acaba de salir, Mary. Soy su… —la voz le tembló, pero continuó—. ...esposo. Necesito hablar con el médico que la atendió. Es urgente.

La recepcionista arqueó una ceja, pero le indicó que esperara. Minutos después, un doctor apareció, con semblante serio pero compasivo.

—¿Es usted el marido de la señorita Mary?

—Sí —respondió Leo Marchand, todavía con el corazón latiendo con fuerza—. Se fue tan rápido que no pude hablar con ella. ¿Está… bien?

El doctor asintió, suavizando su expresión.

—Está bien, solo un poco estresada, lo cual no es ideal considerando su estado.

—¿Estado?

—Está embarazada, y según su último chequeo, el embarazo es delicado. Por favor, asegúrese de que se cuide mucho durante este periodo.

Embarazada.

La palabra retumbó en su mente mientras su mundo parecía tambalearse. A duras penas agradeció al médico y salió en piloto automático.

Con las manos temblorosas, marcó el número de Mary, pero fue directo al buzón de voz.

Una mezcla de incredulidad, confusión y preocupación lo invadió.

Entonces recordó a Derek.

No estaba seguro de si él era el padre, pero no podía quedarse callado. Derek necesitaba saberlo, fuera o no su responsabilidad.

No tardó en estar frente a la oficina de Derek. Él estaba sentado detrás del escritorio, el ceño fruncido como siempre.

—¿Actualizaciones? —preguntó con voz seca, sin mirar a Leo Marchand.

—El médico dice que te estás recuperando bien. Te ajustaron las recetas y las sesiones de terapia —informó Leo Marchand.

Derek no parecía muy interesado. Su obsesión por Mary y la tensión con Aria lo habían vuelto irritable y hosco.

—Derek… necesito decirte algo más.

Finalmente, Derek alzó la mirada con una mezcla de desconfianza y expectación.

—¿Qué pasa?

Leo Marchand tragó saliva y le dijo:

—Vi a Mary hoy. Salía de una clínica de ginecología.

Derek frunció el ceño.

—¿Una clínica ginecológica?

—Sí. Hablé con su médico. Está embarazada.

Los ojos de Derek se abrieron de par en par. Todo su cuerpo se tensó, como si la noticia lo hubiera sacudido.

—¿Embarazada?

—Sí. No sé cuánto lleva ni estoy seguro si el bebé es tuyo —admitió Leo Marchand.

Derek se levantó de golpe, con una expresión feroz y decidida.

—Es mío. Lo sé.

Paseó inquieto por la habitación, respirando con dificultad. Y entonces, una sonrisa iluminó su rostro, pura y llena de alegría.

—Voy a ser padre —susurró, con una mezcla de incredulidad y esperanza—. Tengo que encontrarla. Tengo que hablar con ella.

Salió corriendo, dejando a Leo Marchand en silencio.

Pero en otro lugar, Mary vivía su propia pesadilla.

Se tambaleó hacia atrás, apoyándose con fuerza en la fría barandilla metálica de una escalera. Su cuerpo temblaba, mientras los ojos de Celeste la fulminaban con resentimiento.

—¿Crees que puedes llegar aquí y robarme todo? —Celeste rugió, una mezcla de furia y amargura en su voz—. Primero, la atención de

Derek. Después, la aprobación de Vivienne. Incluso Julián y Leo Marchand te tratan como a una muñeca preciosa. ¿Quién crees que eres, Mary?

—No quiero quitarte nada, Celeste. Solo… déjame en paz —suplicó Mary con voz temblorosa.

Pero Celeste no se detuvo. La empujó con tanta fuerza que Mary perdió el equilibrio. Tropezó, resbaló…

Un grito se escapó de su garganta mientras caía por las escaleras. Un dolor punzante se extendió por su abdomen. Sangre. La pesadilla carmesí manchaba su vestido blanco.

—Ayuda… —susurró con la vista nublada—. Por favor… salva a mi bebé.

——

El teléfono de Derek sonó mientras él aceleraba hacia el apartamento de Mary. Apretó con fuerza el volante antes de contestar.

—¿Hola?

—¿Es el señor Derek Lancaster? —la voz del hospital sonaba profesional, pero urgente—. Su esposa, Aria Lancaster, fue ingresada hace poco. Su bebé está en estado crítico. Necesitamos un consentimiento familiar para una cirugía de emergencia.

Derek apretó la mandíbula con rabia.

—Buen intento. Sea cual sea el plan que estén tramando, no va a funcionar. Aria no es mi verdadera esposa y no quiero saber nada de ella. Dejen de llamarme.

—Señor, por favor—

Pero Derek colgó, enfurecido. No soportaba que lo manipularan otra vez.

Pisó el acelerador a fondo, con la mente fija solo en encontrar a Mary y arreglar las cosas.

Ojalá supiera cuánto estaba a punto de perder.

Capítulo 45

Derek irrumpió en la mansión Lancaster, al borde de la frustración. Su teléfono no dejaba de vibrar con llamadas perdidas de su madre, que le exigía volver a casa de inmediato. Ya estaba furioso por no encontrar a Mary en su apartamento y porque sus llamadas siempre caían directo al buzón de voz.

Apretó los puños mientras avanzaba por los relucientes suelos de mármol del gran vestíbulo. El aire en la mansión parecía más denso de lo habitual; la tensión latía bajo el lujo y el silencio.

—¿Dónde está mi madre? —le preguntó con brusquedad a una de las amas de llaves.

—En la sala, señor. Ella lo estaba esperando.

Derek gruñó por lo bajo y se dirigió hacia la sala de estar, con la mente hecha un nudo entre la inexplicable ausencia de Mary y las repentinas e irracionales exigencias de su madre.

Al entrar, Vivienne se acercaba con paso firme, los tacones resonando con autoridad. Antes de que pudiera decir palabra, una bofetada brutal le impactó en la cara, haciéndole girar la cabeza.

—¿Qué…? —murmuró, con la voz ronca por la sorpresa.

—¡Eres un imbécil desagradecido e irresponsable! —la voz de Vivienne temblaba de furia. Sus ojos ardían y su pecho subía y bajaba con respiraciones entrecortadas.

Derek la miró con la mejilla ardiendo. —¿Qué demonios fue eso?

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —le espetó, con lágrimas de rabia ardiendo en los ojos—. El hospital llamó a tu abuelo. Intentaron contactarte primero, pero tú... —se le quebró la voz con desprecio— rechazaste la llamada y les dijiste que no te importaba. ¡Lo de Aria!

Derek frunció el ceño, confundido y con una creciente culpa: —¿De qué hablas? Era solo otra de sus tretas...

—¿Tretas? —repitió Vivienne, incrédula—. ¡Idiota! La llamada era real. ¡Aria está en el hospital, luchando por su vida y la de tu bebé! ¡Tu bebé! ¡Y ni siquiera te molestaste en escuchar!

El aire le faltó y sintió una opresión en el pecho. —Es imposible —musitó débilmente—. Aria solo quiere manipularme de nuevo...

—¿Manipularte? —Vivienne negó con desprecio—. Ni siquiera entiendes lo tonto que eres, ¿verdad? La enfermera estaba desesperada. Necesitaban el consentimiento de un familiar para una operación de emergencia y salvar al bebé. Intentaron contactarte, y tú los ignoraste con frialdad. La vida de tu propio hijo estaba en juego, ¡y les dijiste que no te importaba!

—No... —negó Derek, sin fuerzas—. Yo...

—¿Pensaste que era una conspiración? —la risa amarga de Vivienne fue como un puñal—. Estás tan consumido por tu odio hacia ella que ya no distingues la realidad.

Los hombros de Derek se hundieron y el pulso se aceleró. El recuerdo de la llamada de la enfermera resonaba en su mente. ¿Había cometido un terrible error?

—Pero la niña no es mía —su voz se desmoronaba—. Aria ha intentado destruirlo todo entre Mary y yo. Incluso la acosó.

—¿La acosó? —Vivienne entrecerró los ojos—. Dime, Derek, ¿quién te dijo eso? ¿Mary?

—¡Sí! —respondió a la defensiva—. Mary se ha estado alejando por las maquinaciones de Aria. He estado buscándola porque está embarazada. ¡Y sé que ese niño es mío!

Vivienne lo miró fijamente por un instante y luego soltó una risa hueca, sin alegría, que le heló la sangre.

—Eres un genio en los negocios, Derek. Pero en el amor, eres un tonto ciego y arrogante.

—¿Qué significa eso? —se enfureció de nuevo.

—Significa que estás cometiendo el mayor error de tu vida —dijo Vivienne con voz amenazante—. Y cuando lo descubras, será demasiado tarde. Pero no esperes que te lo diga. Considéralo tu castigo.

Derek abrió la boca para exigir una explicación, pero ella le dio la espalda y se alejó, dejándolo en medio de la habitación, con la mente dando vueltas.

Apretó los dientes, la furia ardiendo en su interior. Las palabras de su madre revolvían sus entrañas, la culpa lo ahogaba. Pero ya no podía retroceder. Aria solo había traído problemas desde el principio. Y ahora, su familia se volvía contra él.

—¡Maldita sea! —maldijo, golpeando la pared con el puño. El dolor recorrió su brazo, pero no calmó la tormenta que lo consumía.

Si Aria realmente intentaba una conspiración, había logrado que pareciera un monstruo ante su propia madre. Y lo peor: le impedía encontrar a Mary.

La ira lo quemaba como pólvora. Su odio por Aria crecía sin control. Esta vez, se aseguraría de que pagara por ello.

Capítulo 46

La respiración de Thaddeus era superficial y entrecortada mientras corría por los inmaculados pasillos del Hospital St. Margaret. Sentía una opresión en el pecho, no solo por el esfuerzo, sino por el miedo que le apretaba el corazón como un puño. Le temblaba la mano al acercarse a la enfermería.

—¿Dónde está? —jadeó—. Aria Lancaster. Soy su suegro. Me dijeron que está en estado crítico.

La enfermera del mostrador, una mujer de mediana edad con ojos cansados pero amables, se incorporó de inmediato.

—Sí, señor. La señora Lancaster ingresó con un traumatismo grave. Los médicos están preparando una cirugía de emergencia, pero necesitamos el consentimiento de un familiar…

—Lo firmaré. Lo que sea necesario. Solo sálvenla a ella y al bebé —dijo Thaddeus, desesperado—. No me importa cuánto cueste. Solo… háganlo.

La enfermera asintió con solemnidad. Había escuchado súplicas así antes, pero el tono de ese hombre la conmovió.

—Haremos todo lo posible, señor. Acompáñeme. Prepararé los documentos.

Minutos después, tras garabatear su firma con manos temblorosas, Thaddeus observó cómo el equipo quirúrgico se llevaba a Aria. La bata del hospital estaba manchada de sangre: un rojo intenso, alarmante.

Tenía los puños cerrados a los costados y el corazón palpitándole en los oídos. ¿Cómo se había llegado a esto? ¿Y dónde demonios estaba Derek? ¿Por qué su nieto se negaba a presentarse para salvar a su esposa e hijo?

Volvió a marcar su número, pero la llamada cayó directo al buzón de voz. La frialdad de Derek lo desconcertaba. Lo hacía hervir de rabia

e impotencia.

Deambuló por los pasillos sin rumbo, ignorando las miradas de lástima del personal. Cada minuto era un suplicio. En su cabeza solo resonaba la imagen del rostro pálido de Aria, y con ella, la culpa.

Parecía haber pasado una eternidad cuando finalmente se abrieron las puertas del quirófano. Un médico de rostro agotado se acercó, con la mirada baja.

—Señor Lancaster… la operación fue un éxito. Aria está estable, pero… —titubeó, y Thaddeus sintió un nudo en el estómago—. Me temo que no pudimos salvar al bebé. Lo siento mucho.

Las palabras lo golpearon como un mazazo. Por un instante, se quedó sin aliento, incapaz de procesarlas. El bebé... su bisnieto… ya no estaba.

Las lágrimas le escocieron en los ojos, y sus hombros se hundieron bajo el peso del dolor.

—Ya veo… —murmuró, apenas audible—. ¿Puedo verla?

—Por supuesto. La están trasladando a una habitación privada. Puede esperar allí.

Asintiendo con rigidez, Thaddeus siguió a la enfermera. Sus piernas casi cedieron al ver a Aria inconsciente en la cama, pálida y frágil como una flor marchita.

Se sentó a su lado, le tomó la mano con ternura, y susurró con voz rota:

—Lo siento, Aria… lo siento tanto...

No se movió de allí. No hasta que, finalmente, ella abrió los ojos, nublados por el dolor.

—¿Abuelo? —murmuró, su voz una nota quebrada.

—Estoy aquí, hija. Estoy contigo —dijo Thaddeus, ahogándose en remordimientos—. Lo siento tanto... por lo que hizo Derek. Por tu sufrimiento. Por no haberte protegido.

—¿Dónde está Derek? —preguntó Mary, mirando a su alrededor con desesperación—. ¿Vino?

Thaddeus dudó.

—Debe estar ocupado. Tal vez no llegó a tiempo.

Los labios de Mary temblaron, pero forzó una sonrisa débil.

—Ya… ya me lo imaginaba —susurró. Apretó la manta con fuerza, como si intentara anclarse a algo que no fuera su dolor—. Está bien. Ya me acostumbré.

Esa sonrisa vacía le desgarró el alma. Esta mujer había soportado más de lo que cualquiera debería.

Se quedaron en silencio hasta que la puerta volvió a abrirse. Vivienne Lancaster entró, con el rostro descompuesto.

—Ay, Aria… —su voz temblaba de culpa—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Mary la miró con suavidad.

—No tiene por qué disculparse, señora Lancaster. Usted no hizo nada malo.

—Sí lo hice —admitió Vivienne, con vergüenza—. Intenté arruinar tu relación con Derek porque creí que eras un obstáculo. Pensé que Celeste lo haría feliz. Incluso me tragué las mentiras de que seguían juntos.

Mary esbozó una sonrisa amarga.

—Nunca la odié por eso. Usted no me quería, pero nunca fue cruel.

Vivienne se sentó junto a la cama, seria.

—Me equivoqué. Pensé que el corazón de Derek pertenecía a otra persona y dejé que mis prejuicios me cegaran. Solo quería que él encontrara el amor como yo lo encontré con su padre. Pero me equivoqué.

Mary bajó la mirada.

—Ya no importa. Derek ha dejado claro que no quiere saber nada de mí.

Vivienne frunció el ceño, indignada.

—Ese idiota… cree que Aria y Mary son dos personas distintas. Por eso te trata con tanta crueldad. Su odio por Aria le impide ver la verdad.

Los ojos de Mary se llenaron de lágrimas.

—Me odia. Me odia tanto…

Vivienne le acarició la mano.

—Pero ama a Mary. Desesperadamente. Y se odiará a sí mismo cuando descubra que ha estado lastimando a la misma persona que ama.

Mary negó con la cabeza, su voz un susurro quebrado.

—Ya no quiero que cambie. Ya no quiero nada de él.

—Entonces no lo esperes —respondió Vivienne con firmeza—. Lo que decidas, te apoyaré. Aunque eso signifique dejarlo ir.

Las lágrimas de Mary se deslizaron por sus mejillas mientras su cuerpo temblaba de dolor y rabia.

Ella nunca perdonaría a Derek. Jamás.

Y se aseguraría de que él nunca tuviera la oportunidad de lastimarla otra vez.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Una enfermera entró con un sobre en la mano.

—Le acaban de entregar esto, señora Lancaster.

Mary lo tomó con manos temblorosas. Al abrirlo, su expresión pasó de confusión a furia.

Era una citación judicial. La primera audiencia por el divorcio que Derek Lancaster había solicitado.

—Así que realmente pidió el divorcio… —murmuró, la voz baja y cargada de veneno.

Sus dedos se cerraron en torno al papel con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

—Está bien —susurró—. Quiere el divorcio… pues lo tendrá. Pero esta vez lo enfrentaré como Aria Lancaster. Su esposa traicionada y olvidada.

Y se encargaría de que se arrepintiera de cada segundo.

Capítulo 47

La sala del tribunal imponía respeto. Sus altos techos y paredes de madera pulida desprendían una solemnidad que aplastaba el aire. Todo allí hablaba de poder, juicio y consecuencias. Tres jueces ocupaban el estrado, revisando documentos y murmurando entre ellos con rostros severos.

Derek Lancaster se mantenía rígido en la silla del denunciante, tamborileando los dedos contra la mesa con inquietud evidente. Fruncía el ceño, apretaba la mandíbula y vibraba de irritación contenida.

Esto debía ser sencillo. Una mera formalidad para poner fin a la farsa que había sido su matrimonio con Aria. Si ella no se presentaba, el divorcio debía concederse por incomparecencia. El secretario del tribunal ya lo había anunciado con voz firme: si el demandado no llegaba en cinco minutos, la audiencia sería desestimada y reprogramada.

Por supuesto, Aria intentaba complicarlo todo. Lo había hecho desde el primer día. Para Derek, esto era solo otra jugada sucia para prolongar lo inevitable.

—Claro que sí —murmuró con sarcasmo, reclinándose en su silla con una sonrisa amarga—. Típico de Aria.

Tan convencido estaba de que ella no aparecería, que su mente ya se había desviado hacia una preocupación más apremiante: Mary. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no respondía sus llamadas?

Lo último que deseaba era perder el tiempo con una mujer que despreciaba, mientras la única que le importaba podía estar en peligro... o peor aún, alejándose de él para siempre.

Entonces, las puertas dobles del tribunal se abrieron de par en par.

El sonido resonó por la sala, atrayendo todas las miradas. El corazón de Derek se detuvo en seco.

Mary entró.

Sus ojos se abrieron de par en par. Su cuerpo se tensó. La confusión deformó su expresión, mientras su mente intentaba desesperadamente comprender lo que veía.

Irradiaba una furia contenida. Llevaba la barbilla en alto, los ojos brillantes de determinación y... odio. Un vestido negro ajustado delineaba su figura con elegancia, su cabello estaba perfectamente peinado, su presencia era simplemente imponente.

Pero lo que realmente lo dejó sin aliento fue verla caminar decidida hasta la silla del acusado y sentarse con aplomo.

—Disculpen mi tardanza, señores —dijo con voz firme y cortante—. Soy Aria Lancaster.

El mundo se inclinó peligrosamente sobre su eje.

No. No podía ser.
Era imposible.

Derek la miraba boquiabierto, paralizado, sin poder procesar lo que acababa de escuchar. Era como si le hubieran arrancado el suelo bajo los pies.

—¿Señor Lancaster? —preguntó uno de los jueces, sacándolo de su aturdimiento—. ¿Procedemos?

—¿A-Aria...? —balbuceó él, sin apartar la mirada de ella, buscando desesperadamente una explicación. Una señal de que todo era una broma cruel.

—Sí, señor Lancaster —respondió Mary, con una mirada tan gélida que le heló la sangre—. ¿Sorprendido?

Su voz destilaba desdén, y una mueca Victoriosa curvó sus labios.

—¿Tú...? ¿Tú eres Aria? —La voz de Derek temblaba. Una opresión dolorosa le estrujaba el pecho.

—Así es. La esposa de la que tanto querías deshacerte.

Derek se aferró a los bordes de la mesa, los nudillos blancos por la presión. El horror lo desgarró, la culpa lo golpeó como un látigo. Todos los recuerdos reprimidos, todo el daño que había causado... lo embistieron sin piedad.

—Procedan con el acuerdo de divorcio —continuó Mary con frialdad, sin apartar los ojos de él—. Estoy de acuerdo con el divorcio.

—¡No! —exclamó Derek, con desesperación—. ¡Yo... yo no quiero el divorcio!

Mary le ofreció una sonrisa amarga, casi burlona.

—¿No estamos aquí porque tú lo pediste? ¿No era esto lo que siempre quisiste?

Cada palabra fue una estocada. Apenas podía respirar. El caos en su mente era una maraña de pánico y arrepentimiento. No lo sabía. Dios, no lo sabía.

—Retiro la demanda —declaró con voz temblorosa—. Me niego a seguir adelante con el divorcio.

Los jueces intercambiaron miradas de desconcierto. Uno de ellos carraspeó antes de dirigirse a la sala:

—Muy bien. Dado que el demandante ha retirado el caso, esta audiencia queda oficialmente cancelada. Pueden retirarse.

Los jueces se levantaron y abandonaron la sala con la misma indiferencia con la que habían llegado. Pero Derek no se movió. Permaneció allí, con el pecho agitado, la mirada clavada en Mary.

Poco a poco, la sala se vació entre murmullos de asombro. Solo ellos dos quedaron bajo el peso de un silencio aplastante.

—Mary... —susurró él, con voz entrecortada—. Yo... yo no lo sabía.

Ella entrecerró los ojos.

—No te importó.

—Yo... yo pensé que... estabas fingiendo. Creí que intentabas tenderme una trampa. Que acosabas a Mary... Pero eras tú. Siempre fuiste tú. Mi Mary.

Su rostro se torció en una mueca de dolor.

—¿Tu Mary? —soltó una risa amarga—. Nunca fui tuya, Derek. Y tú te encargaste de que lo entendiera perfectamente.

—No... —suplicó, la voz rota—. Me equivoqué. No sabía...

—¡Nunca intentaste saberlo! —lo interrumpió, su voz resonando con fuerza—. ¡Te dedicaste a herirme, a acusarme, a tratarme como si no valiera nada! ¿Y todo por qué? ¿Por tu estúpido orgullo?

Derek bajó la mirada, vencido, con los hombros hundidos bajo el peso de sus errores.

—Si hubieras puesto solo una fracción del esfuerzo que dedicaste a buscar a "Mary" en encontrar a tu esposa, ya lo sabrías. Pero ahora... —Su voz se tornó fría, letal—. Ahora te odio con todo lo que me queda.

Y con esas palabras, lo dejó hecho añicos.

Se levantó y salió de la sala sin mirar atrás, mientras Derek quedaba solo entre las ruinas de todo lo que había destruido con sus propias manos.

Capítulo 48

Las piernas de Derek se movieron antes de que su mente pudiera procesar lo que estaba sucediendo. Salió disparado de la sala, con el pulso retumbando en los oídos mientras corría por el pasillo tras Mary. Su voz, ronca y desesperada, se alzó en el aire:

—¡Mary! ¡Espera, por favor!

Ella no detuvo el paso. Sus tacones resonaban con fuerza sobre el mármol, la espalda erguida, la mirada fija al frente, como si él no fuera más que un fantasma molesto que intentaba alcanzarla.

Derek empujó las puertas de golpe y la sujetó por la muñeca, obligándola a detenerse.

—Por favor, Mary —le temblaba la voz, la sostenía con firmeza, pero sus manos también temblaban—. Solo escúchame.

Finalmente, ella se giró. Su rostro era una máscara impenetrable, pero sus ojos... sus ojos estaban llenos de un odio tan intenso que a él se le encogió el pecho.

—¿Qué quieres, Derek? —escupió, y cada palabra fue un latigazo—. ¿No has hecho ya suficiente?

—Lo sé —murmuró él, con la voz ahogada, las rodillas a punto de ceder bajo el peso de la culpa—. Sé que fui un cabrón. Todo lo que pasó es culpa mía. Yo debería haber estado allí. Debería haberte escuchado. Debería...

—Deberías haberme importado —lo interrumpió con frialdad, soltándose con brusquedad—. Pero nunca lo hiciste. Ni una sola vez.

—Mary, por favor. No lo sabía. Yo...

—¿No lo sabías? —rió con amargura, y el sonido lo atravesó como un puñal—. No, Derek. Nunca te molestaste en saberlo. Estabas tan obsesionado con tu odio hacia Aria Lancaster que ni siquiera te importó quién era tu esposa.

Él se estremeció.

—Pensé que solo estabas...

—¿Qué? ¿Jugando? ¿Era otro plan para arruinar tu preciosa relación con tu supuesta novia? —entrecerró los ojos—. Te lo dije desde el principio. Te dije que estaba casada. Te lo repetí una y otra vez. Y ni una sola vez se te ocurrió averiguar con quién.

Un nudo le apretó la garganta.

—Mary, yo estaba...

—¿Cegado por tu odio? ¿Tan atrapado en tus suposiciones que ni siquiera miraste tu maldita foto de boda de hace tres años? —escupió con voz temblorosa de furia—. Odiabas tanto a tu esposa que te negaste a ver la verdad incluso cuando la tenías justo delante.

—Pensé... —titubeó, bajando la cabeza, derrotado—. Pensé que eras una manipuladora. Que habías obligado a mi abuelo a organizar este matrimonio. Te odié por eso. Porque yo quería elegir a la persona con la que compartiría mi vida. Quería enamorarme, no estar atado a alguien que creía que me usaba.

Mary soltó una risa amarga.

—Y ni siquiera te molestaste en saber quién era yo. Me trataste como si no valiera nada. Como si fuera una plaga que debías erradicar. Me hiciste sentir insignificante. Día tras día.

Las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de Derek. Sus hombros se hundían bajo el peso abrumador de sus errores.

—Lo siento. Lo siento tanto. Estaba tan enfadado por todo —el matrimonio, mi abuelo, las mentiras...— que nunca me detuve a pensar que... —se le quebró la voz—. Que te estaba lastimando a ti. A la única persona que no lo merecía.

Los ojos de Mary brillaban con lágrimas contenidas, pero su expresión seguía firme, implacable.

—Sí, Derek. Me lastimaste. Una y otra vez. Y no solo a mí. —Su voz se quebró, las manos temblaban—. Lastimaste a nuestro hijo.

A Derek se le cortó la respiración.

—Mary, te juro que yo no quise...

—¿No era tu intención? —alzando la voz, ella jadeó—. Le dijiste a la enfermera que no te importábamos. Que no querías saber nada de mí ni del bebé. Que no éramos nada para ti. ¿Y sabes qué, Derek? Por tu culpa... —la voz se le quebró, un sollozo escapó entre sus dientes—. Por tu culpa, nuestro bebé se ha ido.

El mundo se le vino abajo. Se desplomó de rodillas frente a ella, aferrándose a sus manos como si fueran su única tabla de salvación.

—No. No, por favor. No lo sabía. Pensé...

—¿Qué pensaste, Derek? —la voz de Mary era pura devastación—. ¿Que era una mentira más? ¿Otra conspiración para atraparte? ¿De verdad creíste que inventaría algo así? ¿Que fingiría estar en el hospital, rogando por la vida de nuestro hijo?

—Lo siento —lloró, sacudido por los sollozos—. Es mi culpa. Todo es mi culpa. Haré lo que sea, Mary. Solo... solo perdóname. Por favor.

—¿Perdonarte? —repitió, con voz temblorosa—. ¿Perdonarte cuando la única persona que amaba más que a mí misma murió por tu culpa?

Los hombros de Derek se estremecieron con violencia.

—Lo arreglaré. Podemos intentarlo de nuevo. Seré el padre que debí haber sido desde el principio. Solo dame una oportunidad. Por favor, Mary. Haré lo que sea.

Ella negó con la cabeza, los ojos anegados de lágrimas.

—¿Aún no lo entiendes?

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

—Derek —lo miró, y lo que vio en sus ojos lo dejó sin aliento—. Ya no puedo tener hijos.

El golpe fue fulminante. El corazón se le encogió, la respiración se volvió errática. No podía procesarlo.

—No... no importa si no quieres otro hijo. Mientras te tenga a ti... mientras estemos juntos...

—No, Derek —su voz era apenas un susurro, rasgado por el dolor—. Me malinterpretaste.

Él la miró, aún nublado por el llanto.

—¿Q-qué quieres decir?

—Quiero tener un hijo. Y lo tendré. —Su mirada era firme, gélida—. Solo que no quiero tener un hijo contigo.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sus palabras fueron cuchillas que le abrieron el alma.

—Mary... —su voz no era más que una súplica rota.

—Se acabó, Derek. El amor que me quedaba por ti... murió con nuestro bebé.

—No... —tembló, deshecho—. Por favor, no me dejes. Te lo ruego. Pasaré el resto de mi vida intentando compensarte. Solo... no me dejes.

Ella lo miró, de verdad lo miró, por primera vez desde que comenzó esta pesadilla.

Y todo lo que encontró en sus ojos fue vacío.

—Adiós, Derek.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se alejó, dejándolo arrodillado en el suelo frío, con el alma hecha trizas.

No se movió. No podía. La verdad lo había golpeado como un maremoto, dejándolo sin aire, sin esperanza, sin perdón.

Y mientras los pasos de Mary se desvanecían en la distancia, lo supo con una claridad demoledora:

La había perdido. Y no tenía a nadie a quien culpar más que a sí mismo.

Capítulo 49

Mary apretó los puños al entrar en el almacén abandonado y en penumbra.
El aire nocturno se colaba por las grietas de las paredes, frío y húmedo, pero no bastaba para sofocar el incendio que ardía en su pecho.
Estaba harta.
Harta de ser la víctima.
Harta de que la pisotearan y la dejaran de lado como si no valiera nada.
Esta noche, Celeste pagaría por todo.

En cuanto vio a Leo en el café donde habían quedado, Mary no se molestó en fingir cordialidad.
Necesitaba algo de él. Y por la expresión culpable en su rostro y la inquietud que lo envolvía, sabía que lo obtendría.

—Leo Marchand, necesito el número de Celeste —dijo con voz gélida, sin una chispa de calidez en la mirada.

—¿Qué? ¿Por qué...? —Los ojos de Leo Marchand se agrandaron, presas del pánico—. Lu… madame, ¿está segura…?

—Solo muéstrame su número. —Su tono era de acero—. Ahora.

Dudó, pero la determinación en su voz no le dio espacio a objeciones. Buscó el contacto en su teléfono y, con las manos temblorosas, se lo entregó a Mary.

Ella escribió un mensaje con fría eficiencia:

"Sir Derek quiere verte. Dice que necesita hablar… quizá empezar de nuevo. Estará en el viejo almacén de Birch Avenue a medianoche. No llegues tarde."

Borró el mensaje, le devolvió el teléfono a Leo Marchand y se levantó.

—¿Qué acabas de hacer? —balbuceó él, con un nudo en la garganta.

—No te preocupes. Solo llévame al lugar y vete. Esto no te concierne.

—Mary… ¿qué carajo estás planeando?

Ella le dedicó una sonrisa tan helada que le erizó la piel.

—Justicia.

Las súplicas de Leo Marchand fueron en vano. Mientras conducía hacia el almacén, intentó razonar con ella, hacer más preguntas, ofrecer ayuda. Pero Mary se mantuvo en silencio.
Sus ojos fijos al frente, los nudillos blancos por la fuerza con que apretaba los puños.
Cuando el auto se detuvo, salió sin decir palabra.

El aire mohoso y denso del lugar era el escenario perfecto para lo que iba a ocurrir.
Algo se removía dentro de ella. Algo oscuro. Irrefrenable.

Entonces escuchó pasos acercándose.

Celeste emergió de las sombras, confundida.
—¿Derek? —llamó, una mezcla de esperanza y sospecha—. ¿Estás aquí?

Mary dio un paso al frente.
El eco de sus tacones rompió el silencio.

—Derek no —dijo, helada.

Celeste se detuvo en seco.
—Tú…

—Sí. Yo.

—¿Qué demonios haces aquí? —Celeste entrecerró los ojos, desconfiada—. ¿Me mentiste?

—Ah, ¿quieres hablar de mentiras? —La risa de Mary fue aguda, amarga—. Tú eres la última persona que debería quejarse de eso.

Celeste apenas abrió la boca para replicar, pero Mary fue más rápida.
La bofetada resonó como un disparo en el almacén.
Celeste se tambaleó, los ojos muy abiertos por el golpe.

—¿De verdad pensaste que ibas a salirte con la tuya? —espetó Mary —. ¿Empujarme por las escaleras? ¿Intentar matar a mi bebé?

El rostro de Celeste se torció con una sonrisa venenosa.

—¿Viniste a llorar por tu mocoso muerto? Esa cosa nunca debió existir.

La rabia estalló dentro de Mary como una bomba.
La segunda bofetada le partió el labio a Celeste.
La sangre le corrió por la comisura, roja como la furia que ardía entre ambas.

—¡No te atrevas a hablar así de mi hijo! —gritó Mary, la voz temblándole—. ¡Tú hiciste esto! ¡Tú intentaste matarnos!

—Quizá deberías agradecerme —escupió Celeste, limpiándose el labio—. Derek merece algo mejor. Alguien que valga la pena. Tú solo fuiste un error. Un estorbo que debía desaparecer.

Las palabras cayeron como ácido en las heridas de Mary.
Sin pensar, la agarró del cabello y le echó la cabeza hacia atrás, obligándola a mirarla.

—Me arruinaste la vida —susurró con voz baja y letal—. Tú y tu patética obsesión con Derek. Pero ¿sabes qué, Celeste? Ya perdiste. Incluso ahora, Derek no te quiere.

—¡Cállate! —chilló Celeste, intentando zafarse—. ¡No sabes nada!

—Oh, sé mucho. —Mary apretó más fuerte, haciendo que Celeste gimiera—. Sé que eres una cobarde amargada que no soporta que él nunca te haya amado.

—¡Basta! ¡Suéltame! —sollozó Celeste, las lágrimas cayendo ya sin contención.

Mary la soltó con desdén.
Celeste cayó al suelo, temblando, hecha un ovillo.

Mary se dio la vuelta para marcharse.

Pero no llegó lejos.

El sonido metálico del roce contra el concreto la hizo girarse.
Celeste se lanzó sobre ella, con un trozo de hierro oxidado entre las manos.

—¡Muere, perra! —chilló, los ojos desquiciados por el odio.

Mary no alcanzó a reaccionar. El miedo la congeló.

Pero antes de que el arma la alcanzara, una mano firme sujetó la muñeca de Celeste, deteniéndola en seco.
La giró con tal fuerza que el metal cayó al suelo con un estruendo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —La voz de **Derek** era baja, pero furiosa. Llena de una rabia protectora que heló la sangre de Celeste.

Ella quedó muda.
Boca abierta.
Respirando con dificultad.

—¿Derek? —susurró Mary, incrédula.

Él la miró, su expresión suavizándose al instante.

—Mary… ¿estás bien?

Ella apenas pudo asentir, aún temblando.

Pero Celeste no se había rendido.
Retrocedió un paso, aún con el odio en los ojos.

Derek se colocó entre ambas, con los hombros tensos, los puños cerrados.

Lo que sucediera a continuación sería más que un enfrentamiento. Sería el final de todo lo que alguna vez las había unido.

Capítulo 50

El silencio era un cuchillo flotando en el aire, filoso y a punto de caer.
Derek se interponía entre Mary y Celeste, los ojos encendidos de furia. Su pecho subía y bajaba con respiraciones ásperas y entrecortadas, cada músculo tenso, enrollado como un resorte a punto de romperse.

Celeste retrocedió a trompicones, la mirada desorbitada como la de un animal acorralado.
—D-Derek... ¡Esto no es lo que parece! —su voz se quebró, la desesperación empapaba cada palabra.

—¿Ah, no? Porque parece que acabas de intentar atacar a mi esposa —gruñó, la voz baja y peligrosa, provocando que Celeste se estremeciera.

—¿Tu esposa? —repitió ella, incrédula, la rabia deformándole el rostro—. ¡Esa mujer es a quien odias! ¡La que despreciabas y querías fuera de tu vida! ¡Esa es Aria Lancaster!

El nombre quedó suspendido en el aire, afilado como una daga. Derek apretó la mandíbula. Su mirada se desvió hacia Mary, quien observaba a Celeste con una calma escalofriante y provocadora.

—Ay, cariño... ¿es cierto? —La voz de Mary era un ronroneo seductor mientras se acercaba un paso más a Derek y le sujetaba el cuello de la camisa, tirando de él hasta que sus rostros quedaron a centímetros—. ¿Todavía me odias?

La expresión de Derek se suavizó al instante. Sus ojos, llenos de desesperación y ternura, no dejaban lugar a dudas.
—No. Jamás —susurró, ronco de sinceridad.

Mary sonrió con una dulzura maliciosa.
—Buen chico —murmuró antes de besarle la mejilla con lentitud, sin apartar la mirada de Celeste—. ¿Ves, Celeste? Tus intentos de separarnos solo lograron acercarnos. ¿No es irónico?

El rostro de Celeste se contrajo de puro odio. Sus manos se cerraron como garras.
—¡Mientes! ¡Derek, no puedes desearla! ¡Te ha estado engañando todo este tiempo!

—¿Engañándome? —La voz de Derek era hielo puro—. La única que me ha engañado aquí eres tú. Intentaste matar a mi esposa. Mataste a nuestro hijo.

Su voz se quebró al decirlo, y el dolor en su mirada le desgarró el alma a Mary.

Celeste dio un paso atrás, vacilante. Sus labios temblaban.
—Y-yo... No lo entiendes, Derek. Solo lo hice porque yo...

—Porque estás obsesionada conmigo —espetó él—. Porque no puedes aceptar que jamás, ni en un millón de años, te elegiría.

—¡No! —gritó Celeste entre lágrimas—. ¡Intentaba protegerte! Ella es solo una...

—¡Es mi esposa! —bramó Derek. Su voz resonó en el almacén, cruda, implacable—. Y tú casi la destruyes. Mataste a mi bebé, Celeste. *Tú* hiciste eso.

Las palabras fueron como látigos que la azotaron. Celeste palideció, tambaleándose hasta caer al suelo. Se agarró la cabeza con ambas manos, como si pudiera protegerse de la verdad.
—No... No... No se suponía que terminara así...

A lo lejos, el aullido de las sirenas rompía la noche, cada vez más cercano.

Mary abrió los ojos de par en par, la respiración agitada.
—Derek... ¿Qué está pasando?

—Llamé a la policía en el camino —dijo él sin apartar la mirada del cuerpo encogido de Celeste—. Leo me contó todo. No iba a dejar que la enfrentaras sola. No después de lo que hizo.

Mary lo miró, el corazón golpeándole el pecho. No sabía si sentirse agradecida o furiosa. Aquel hombre que había destruido su mundo ahora intentaba salvarlo.
¿Pero acaso ya era demasiado tarde?

Los ojos de Celeste recorrían el almacén con pánico.
—No... No pueden llevarme... ¡Derek, por favor! ¡No puedes dejar que...!

Pero la expresión de Derek era puro acero.
—¿Dejarte escapar? ¿Después de todo lo que has hecho?

Ella sollozaba, aterrada.
—¡Derek, te amo! ¡Todo lo que hice fue por ti! ¡Quería protegerte de ella!

Él soltó una risa amarga.
—¿Protegerme? Intentaste matar a la única persona que me importaba. Destruiste a mi familia. —Su mirada se volvió helada—. Me aseguraré de que tú y tu familia paguen. Los Moreau sentirán mi ira. Considera todos nuestros lazos rotos desde hoy.

Celeste se quedó paralizada.
—No... ¡Derek, por favor! Mi familia...

—Tu familia quedará arruinada —susurró él, implacable—. Les quitaré todo. Como tú intentaste quitármelo a mí.

Las rodillas de Celeste cedieron, pero los oficiales entraron en ese instante, linternas en alto, iluminando la escena con una brusquedad cegadora.

—¡Manos arriba! —ordenó uno.

Celeste gritó, levantando las manos con desesperación.
—¡No! ¡Es un malentendido!

Uno de los agentes la alzó con brusquedad y le colocó las esposas mientras ella sollozaba histéricamente.

—Está arrestada por intento de agresión, tentativa de homicidio, y por su presunta implicación en el ataque reciente a la Sra. Aria Lancaster. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá y será usado en su contra en un tribunal.

Celeste chillaba, retorciéndose como un animal atrapado.
—¡Derek! ¡Por favor! ¡Lo hice por ti!

Pero él la miró con una frialdad absoluta.
—Nunca te perdonaré, Celeste. Por lo que le hiciste a Mary... y por lo que le hiciste a *mi hija*.

Sus gritos siguieron hasta que su voz se perdió en la noche, arrastrada por los oficiales.

Mary sintió que el cuerpo le pesaba como plomo. Le temblaban las rodillas. La verdad había salido a la luz. Celeste había sido arrestada. Se había hecho justicia.

Y aun así, el agujero en su corazón seguía abierto, sangrante.

Derek se volvió hacia ella, los ojos empañados de desesperación.
—Mary... ¿Estás herida?

—¿Importa? —susurró con voz apagada—. No estabas allí cuando pasó.

Él se estremeció, como si cada palabra lo golpeara.
—Lo siento. Sé que nunca podré borrar lo que hice. Pero te lo ruego... No me dejes.

Ella lo miró, conteniendo las lágrimas.
—¿Para qué? ¿Para volver a pasar por el infierno?

—No. Para enmendar lo que rompí. Para amarte como mereces. —La voz de Derek se quebró—. Te amo, Mary. Haré lo que sea para demostrártelo.

Mary retrocedió, negando con la cabeza.
—No puedes arreglar esto, Derek. Nos abandonaste a mí... y a nuestro hijo. Y no puedes reparar ese dolor.

Derek se arrodilló frente a ella, con las manos temblorosas.
—Lo sé. Y aun así, si me das la oportunidad... me pasaré el resto de mi vida compensándolo.

Su voz era tan sincera que dolía. Pero el dolor de Mary era aún más fuerte.

—Adiós, Derek —susurró con frialdad, y se dio la vuelta, alejándose sin mirar atrás.

Y aunque él la llamó con la voz rota y desesperada, Mary nunca se detuvo. Nunca volvió la vista atrás.

Capítulo 51

Celeste Moreau fue detenida al día siguiente.

Los cargos por intento de agresión e intento de asesinato fueron lo suficientemente graves como para acaparar titulares, pero la atención de los medios pronto se desvió hacia la influencia de su familia. El poder de los Moreau era vasto y bien engrasado. Sus abogados no tardaron en obrar su magia, consiguiendo su libertad bajo fianza en espera de juicio.

Verla salir de la comisaría, pálida pero aún con ese aire desafiante y altivo, le encendió a Derek una furia sorda en el pecho. Pero también reafirmó su determinación: **se aseguraría de que Celeste pagara.** No solo por lo que le hizo a Mary, sino también por el papel que desempeñó en arrebatarles a su hija.

Él debería haber estado allí. Debería haberlas protegido.

Pero el golpe más doloroso fue otro. Fue cómo Mary lo eliminó por completo de su vida.

Cada intento que hizo para contactarla fue recibido con el mismo silencio sepulcral.

Llamó a su antiguo número: desconectado.
Fue a su apartamento: se había mudado.
Trató de ubicarla a través de Leo, de sus amigos, incluso del trabajo… pero era como si Mary se hubiera evaporado.

Derek sabía que ella no quería saber más de él, pero enfrentarse a la posibilidad de que **fuera definitivo**… eso le desgarraba.

Y entonces, semanas después, llegó el golpe mortal.

Su abogado le entregó el sobre con un suspiro grave y una mirada cargada de lástima.
—Señor Lancaster, ha sido citado para el trámite de divorcio. Demanda presentada por la señora Aria Lancaster, por *incompatibilidad*.

“Incompatibilidad…”

La palabra sonaba como cristal roto en su boca. Le temblaban las manos mientras releía una y otra vez el documento. Las letras se le desdibujaban entre las lágrimas.

Ella realmente lo estaba dejando. No, ya lo había dejado.

Las palabras de Thaddeus retumbaron en su mente.

“Se ha ido, Derek. Y es tu culpa.”

No podía respirar. No podía pensar. Solo sentía el peso abrumador de todo lo que había perdido. Mary se estaba divorciando de él. Después de todo. Después de todas las promesas que se había jurado cumplir.

Caería de rodillas si fuera necesario. Se arrastraría, se humillaría, lo que fuera por verla una vez más. Por pedirle perdón.

Pero Mary ya lo había borrado de su historia.
Se mudó a una dirección desconocida, incluso para Leo.
Cambió su número.
Cortó cada hilo que los unía.

Ella lo había eliminado de su vida.

Las semanas siguientes fueron una lenta caída libre.
Dejó de importarle todo. Su empresa, su imagen, sus responsabilidades.
Lancaster Industries empezó a tambalearse por su negligencia.
Reuniones pospuestas, contratos fallidos.
Los medios comenzaron a especular sobre su estado mental.
Sus propios empleados lo miraban con inquietud. Con lástima.

Pero nada de eso importaba.

Nada valía si no podía recuperarla.

Y por si fuera poco, llegaron las represalias de los Moreau.

Raphael Moreau pasó al ataque: demandas, sabotajes empresariales, chantajes.

Los acuerdos que a Derek le había llevado años cerrar se le escapaban como arena entre los dedos.
Proveedores que se negaban a trabajar con él.
Inversores que retiraban su apoyo.
Proyectos detenidos.

Su imperio se desmoronaba.
Pero ni siquiera eso dolía tanto como el vacío que lo consumía por dentro.

Estaba solo en su oficina, sumido en penumbra. Papeles rotos cubrían su escritorio.
Los ojos enrojecidos. La ropa arrugada. El corazón hecho pedazos.

Repasaba una y otra vez en su cabeza todo lo que hizo mal.
Cómo la había rechazado. Cómo la había acusado de mentir. Cómo la abandonó cuando más lo necesitaba.

Y el bebé… su hijo. El que negó. El que rechazó sin pensarlo.

Su teléfono vibró, sacándolo de su tormento. El nombre de Leo apareció en la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Derek con la voz rota por noches de insomnio.

—Hablé con ella.

El aire se le fue del pecho.

—¿Dónde?

Leo dudó.

—No lo sé. Pero está a salvo. Se está quedando en algún lugar… con gente en quien confía.

—No es suficiente. —La desesperación quebró su voz—. Necesito verla. Necesito…

—No quiere verlo, señor —respondió Leo con tono bajo—. Y siendo sinceros… ¿puede culparla? La llevó al límite. Y ahora los Moreau le

están haciendo la vida imposible por su culpa. Solo quiere seguir adelante. Sin usted.

Derek cerró los ojos con fuerza.

—Lo arreglaré. Lo juro. Voy a arreglar todo esto.

—Eso espero, señor —murmuró Leo—. Porque Raphael Moreau no va a detenerse hasta verlo destruido.

La llamada se cortó.

Derek miró su teléfono con los puños cerrados.
Su mundo se derrumbaba, pero no dejaría que todo terminara así.
Se enfrentaría a Raphael. Haría caer a la familia Moreau si eso era lo que hacía falta para proteger a Mary.

Pero lo más importante… **la recuperaría.**

Aunque tuviera que renunciar a todo lo que poseía.

—Mary… —susurró con voz quebrada—. Lo siento. Dios, lo siento tanto. Fui un imbécil. Un ciego.

Ya no le importaba su negocio. Que Raphael lo redujera a cenizas si quería.
Nada de eso importaba si no podía enmendar sus errores. Si no podía demostrarle cuánto se arrepentía.

Se puso de pie con una resolución temblorosa.

Si no podía encontrarla, la haría venir a él.

Porque no la perdería.

No así.

No ahora que por fin estaba dispuesto a hacer lo que fuera para recuperarla.

Capítulo 52

La tensión en la oficina de Derek era tan densa que se podía cortar con un cuchillo. Julián estaba de pie frente a él, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos encendidos de ira y frustración.

—¿Qué demonios estás haciendo, Derek? —espetó con frialdad—. Me fui unos meses al extranjero a resolver mis asuntos y, al volver, te encuentro sumido en la miseria. Un hombre destrozado. Y peor aún, todo el mundo empresarial se ríe de ti.

Derek levantó la vista. Tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro demacrado. Era evidente que no había dormido bien, si es que dormía en absoluto. Sobre su escritorio, decenas de papeles estaban desparramados: propuestas sin revisar, informes ignorados, documentos urgentes que reclamaban atención.

—Sé que metí la pata —admitió con voz ronca—. Estoy... intentando arreglar las cosas.

—¿Intentándolo? —repitió Julián con desprecio—. ¡No estás haciendo lo suficiente! Raphael está allá afuera, hundiendo sus colmillos en cada rincón del mundo empresarial. Velmont Innovaciónes está bajo asedio, y el Imperio Lancaster se derrumba delante de tus ojos. La gente ha perdido la confianza. Los inversores se están retirando. Creen que te volviste loco. Y, ¿sabes qué? No están tan equivocados.

Derek apretó la mandíbula. Cada palabra era como un golpe en el estómago. Pero no podía contradecirlo. Era verdad.

—Raphael tiene a Mary en la mira —dijo, con los puños cerrados—. Está comprando acciones de Velmont Dynamics, manipulando a la junta para destituirla como directora ejecutiva. Todo por mi culpa. Porque sabe que ella es mi debilidad.

—Entonces haz algo al respecto —bramó Julián , golpeando el escritorio—. Deja de sentarte aquí como un perdedor patético y empieza a luchar. ¡Eres Derek maldito Lancaster! El hombre al que

todos temían y respetaban. Y si ese hombre ya no existe, más vale que le entregues tu empresa a Raphael en bandeja de plata.

—No puedo perderla otra vez —susurró Derek, con la voz quebrada.

—Entonces demuéstrale que mereces una segunda oportunidad. Pero primero, tienes que salvarte a ti mismo. Reconstruye el imperio. Rompe los planes de Raphael. Demuestra que no eres un cobarde escondido tras su propia miseria.

Derek lo miró, y las palabras de su hermano lo atravesaron como una descarga eléctrica. Tenía razón. Había estado paralizado por la culpa. Pero eso terminaría ahora.

Se puso de pie con una nueva llama ardiendo en sus ojos.

—Tienes razón. Esto se acabó. Es hora de mostrarle a Raphael lo que pasa cuando desafía a un Lancaster.

Julián sonrió, satisfecho.

—Ese sí es el hermano que conozco.

—Pero no puedo hacerlo solo —admitió Derek—. Raphael juega sucio. Tiene recursos y contactos que ni siquiera podemos rastrear.

—Entonces usa los tuyos. Llama a los peces gordos.

La voz de Derek se volvió más grave.

—No solo está jugando sucio. Se infiltró en Velmont Dynamics. Utilizó a un accionista ficticio para adquirir acciones con derecho a voto. Ahora mueve sus hilos para incriminar a Mary por malversación, sabotea sus proyectos… Está ejecutando una maniobra de poder completa.

Los ojos de Julián se abrieron de par en par.

—¿Cómo demonios logró eso?

—Tiene conexiones. Y ni un gramo de escrúpulo. Quiere destruirnos a ambos —dijo Derek, con tono oscuro.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Derek sostuvo su mirada. La respuesta lo golpeó con la fuerza de una revelación.

—Lo enfrentaré. Pero no lo haré solo. Necesito a alguien aún más despiadado que él. Alguien que pueda destruirlo antes de que entienda lo que lo golpeó.

Julián arqueó una ceja, intrigado.

—¿Quién?

—El abuelo —dijo Derek con resolución—. Thaddeus Lancaster. El mejor estratega que ha existido.

Julián se quedó boquiabierto.

—¿Estás hablando en serio? Lleva años retirado. Ni siquiera quiere saber de la empresa.

—Pero sigue siendo una leyenda. El Dragón Durmiente del mundo corporativo —afirmó Derek, con una certeza férrea—. Y voy a despertarlo.

El nombre de Thaddeus Lancaster evocaba respeto y temor. Había construido el imperio desde cero, aplastando a cada rival con una inteligencia despiadada. Incluso retirado, su sombra aún se cernía sobre el mundo de los negocios como una amenaza latente.

Julián tragó saliva, impresionado.

—Si logras que se interese… entonces Raphael está acabado.

—Ese es el plan —dijo Derek, con una sonrisa sombría—. Raphael eligió pelear con la familia equivocada.

—¿Y qué esperas? —lo instó Julián —. Haz la llamada.

Derek no dudó. Marcó el número privado. La línea sonó... una, dos, tres veces. Y entonces:

—Derek —respondió una voz grave, profunda, inquebrantable. La voz de un rey.

Derek cerró los ojos un instante.

Estaba listo.

Lucharía por su empresa. Por Mary. Por todo lo que había perdido.

Y Raphael Moreau estaba a punto de aprender que desatar la ira de un Lancaster era la peor decisión de su vida.

Capítulo 53

Derek se detuvo ante las imponentes puertas de roble de la mansión Lancaster. Tenía los puños cerrados y la mandíbula apretada. Hacía años que no pisaba ese lugar con otra cosa que no fuera arrogancia o desdén. Pero hoy... solo lo movía la desesperación.
El peso de sus fracasos le oprimía el pecho como una tormenta que amenazaba con destruirlo por dentro.

Inhaló hondo y empujó las puertas.

El gran salón lo recibió con la misma majestuosidad de siempre: suelos de mármol relucientes, candelabros de cristal colgando como coronas del techo. Un monumento a un legado... que él había ayudado a derrumbar.

Julián ya estaba allí, de pie. El rostro de su hermano era una máscara tensa, los brazos cruzados. Vivienne, sentada en uno de los sofás, tenía la preocupación grabada en cada línea de su rostro. Ambos lo miraban, sin necesidad de preguntar por qué había vuelto.

—Necesito hablar con el abuelo —dijo Derek, en voz baja y tensa.

—Está en el estudio —respondió Julián sin apartar la mirada—. Te está esperando.

Derek avanzó por el pasillo que conocía de memoria. Cada paso resonaba como una sentencia. Sentía un nudo en la garganta, pero ya no podía darse el lujo de detenerse. El orgullo era un lujo que ya no podía pagar.

Cuando abrió la puerta del estudio, encontró a Thaddeus Lancaster junto a la ventana. Estaba de espaldas, las manos entrelazadas detrás, observando la vasta extensión de tierra que formaba su imperio. Seguía irradiando ese poder silencioso que una vez había levantado un reino desde la nada.

—Abuelo —dijo Derek, con la voz quebrada.

—Vaya, vaya… el arrogante que arruinó todo lo que construí —espetó Thaddeus, sin girarse siquiera—. ¿A qué has venido?

—Necesito tu ayuda —murmuró Derek, tragando su orgullo como veneno.

Thaddeus lo miró por encima del hombro, con los ojos fríos. Su voz fue una cuchilla:

—¿Ayuda? ¿Para qué? ¿Para limpiar el desastre que creaste?

—Sí.

La palabra salió como una confesión. Pesada. Humillante.

—Fracasé. Fui un tonto. Cegado por el odio, por el orgullo... y lo perdí todo —continuó—. Quiero recuperarlo. Por Mary. Por esta familia. No puedo hacerlo solo.

Thaddeus curvó los labios en una sonrisa amarga.

—Por fin lo admites. Pero dime, Derek, ¿por qué demonios debería ayudarte? ¿Después de lo que le hiciste a mi nieta? ¿Después de comportarte como un niño mimado?

—Lo sé —susurró Derek, ahogado por la culpa—. No tengo excusas.

—¿Y crees que mereces mi ayuda?

—No. No la merezco. Pero estoy dispuesto a ganármela. Haré lo que sea. Aunque tenga que empezar desde abajo.

Por primera vez, algo se movió en el rostro de Thaddeus. Lo observó, quizás viendo por primera vez al hombre detrás del nieto. Al que había caído… y al que estaba dispuesto a arrastrarse para levantarse.

Thaddeus arqueó una ceja con una chispa de malicia.

—¿Cualquier cosa?

—Sí. —La voz de Derek fue firme—. Lo que sea.

—Entonces, arrodíllate —ordenó Thaddeus.

Los ojos de Derek se abrieron como platos.

—¿Qué?

—Si vas a pedirme ayuda, demuéstramelo. Arrodíllate. Suplica.

La exigencia fue como una bofetada. Humillante. Degradante. Pero si ese era el precio... lo pagaría.

Justo cuando Derek comenzaba a inclinarse, las puertas se abrieron de golpe.

—¡Padre! —exclamó Vivienne, entrando a toda prisa, con los ojos encendidos de ira—. ¡Esto es demasiado!

Julián fue tras ella.

—¡No puedes pedirle eso! —protestó, con los puños tensos—. Está intentando arreglarlo.

—Nunca le exigiste algo así —añadió Vivienne, con la voz rota.

Thaddeus se mantuvo impasible.

—Y por eso fracasó. Porque nadie se atrevió a ponerlo a prueba.

Derek los miró a todos. Podía dar la vuelta. Podía irse. Pero no estaba allí por él. Lo hacía por Mary. Por la empresa. Por la familia que decepcionó.

Y entonces, sin más, se arrodilló. La cabeza inclinada, casi tocando el suelo.

—Ayúdame, por favor, abuelo. Te lo ruego.

Vivienne se cubrió la boca, ahogada en un sollozo. Julián apartó la vista.

Thaddeus lo observó… y de pronto soltó una carcajada seca.

—Vaya, que me aspen —dijo entre risas—. Vi esta escena en una serie hace poco. Solo quería ver si lo decías en serio. Nunca imaginé que lograría que mi nieto se arrodillara ante mí.

Derek alzó la cabeza, atónito.

—¿Qué?

Thaddeus dejó de reír. Su rostro recuperó la seriedad.

—Solo quería ver si lo decías en serio, muchacho. Y lo dices. Eso basta.

Julián soltó una risa nerviosa. Vivienne negó con la cabeza.

—Padre… eso fue cruel.

—Estoy viejo. Me entretengo con lo que puedo —se encogió de hombros antes de mirar a Derek—. Ahora levántate. Tenemos trabajo que hacer.

Derek se puso de pie. Las piernas le temblaban. Pero la llama en su interior… ardía con fuerza renovada.

—¿Cuál es el plan, abuelo?

Los ojos de Thaddeus brillaron.

—Los derribaremos en tres fases. Primero, reconstruiremos el imperio Lancaster. Has dejado que se infeste de parásitos. Vamos a cazarlos y eliminarlos.

Derek se sentó frente a él. Escuchaba con una atención que no conocía de sí mismo.

—Los accionistas han perdido la fe. La junta ya considera reemplazarte. Solo logré frenarlos apelando a tus logros pasados. Esa es tu ventaja. Aprovéchala. Recuperaremos las inversiones, restauraremos alianzas… y haremos que los que dudaron se arrepientan.

—¿Y luego? —preguntó Derek.

—Después… destruiremos a los Moreau. Su corrupción, sus juegos sucios. Los desenmascararemos. Usaremos la ley si podemos, y si no... jugaremos en las sombras. Pagarán por lo que nos han hecho. Por lo que le hicieron a *ella*.

El corazón de Derek se encogió de rabia.

—¿Y después?

—Después, respaldaremos públicamente a Velmont Incorporated. Mostraremos que Mary tiene al apellido Lancaster a su lado. Nadie se atreverá a subestimarla.

Derek lo miró, con el peso de esa declaración cayendo sobre él como una carga sagrada.

—¿Quieres que les declare la guerra?

—Exactamente. Te convirtieron en una broma. Es hora de recordarles quién eres.

Las manos de Derek temblaban.

—Entiendo. ¿Cuándo empezamos?

—Ya empezamos —gruñó Thaddeus—. Julián ha estado trabajando para que no te destituyan. Pero su influencia tiene límites. Ahora te toca a ti.

Derek lo miró, perplejo.

—¿Julián ... me está ayudando?

Thaddeus asintió.

—A pesar de todo, sigue creyendo en ti. Demuestra que tiene razón.

Una chispa se encendió en el pecho de Derek. Determinación pura.

—Lo haré. Recuperaré lo que perdí. No soy un hombre roto.

—Bien —Thaddeus asintió con frialdad—. La junta se reunirá en tres días. Tienes hasta entonces para convencerlos de que mereces ese puesto.

—Estaré listo.

—Y Derek... —Thaddeus le clavó una mirada cortante—. No creas que te he perdonado. Ni por Aria… ni por ese niño. Eso también tendrás que ganártelo.

La reunión se alargó durante horas. Thaddeus desmenuzaba cada debilidad del negocio como un cirujano sin anestesia. La segunda fase del plan —acabar con los Moreau— fue trazada con brutal precisión, disfrazada de elegancia. La astucia de Thaddeus seguía siendo legendaria.

Por primera vez en años, Derek volvió a sentirlo: el fuego. El hambre. El deseo de reconstruir.

Thaddeus se recostó, con la mirada afilada.

—No te ofrezco caridad. Te ofrezco guerra. Guía, sí… pero tendrás que demostrar que mereces cada paso.

—No voy a fallarte —juró Derek, con voz férrea.

—Entonces empecemos —dijo Thaddeus, con el brillo de un dragón recién despertado en los ojos.

La mirada de Derek se clavó en la suya.

Y en silencio, se prometió una cosa.

Por Mary.
Por redención.
Por el nombre Lancaster.
La guerra apenas comenzaba.

Capítulo 54

La sala de juntas de Lancaster Empire estaba impregnada de tensión. Hombres y mujeres vestidos con trajes impecables murmuraban entre sí, cruzando miradas cargadas de incertidumbre y sospecha. Los rumores sobre el colapso de Derek se habían propagado como pólvora, y todos estaban allí por la misma razón: decidir si seguía siendo apto para liderar.

Derek entró en la sala más erguido que en semanas. Aunque su rostro aún reflejaba el desgaste de noches sin dormir y una ansiedad persistente, en sus ojos ardía un fuego renovado, uno que se negaba a extinguirse.

Las palabras de Thaddeus seguían resonando en su mente:

"Debes demostrar que eres digno de recuperar lo que perdiste".

Él no estaba allí para suplicar. Estaba allí para luchar.

Tomó su lugar en la cabecera de la mesa, recorriendo con la mirada los rostros frente a él. Algunos eran aliados de antaño; otros, oportunistas disfrazados de ejecutivos, esperando con ansias su caída. Y entre todos, destacaba Timothy Moreau, el padre de Raphael, sentado con arrogancia contenida. A su lado, Raphael lucía una sonrisa petulante, como un depredador frente a una presa herida.

—Ah, el rey destronado por fin hace su entrada —comentó Timothy con desdén—. ¿Te humillarás ahora o más tarde?

Derek apretó la mandíbula, pero no respondió. Sabía que todos esperaban verlo perder el control.

—Comencemos —dijo Timothy con voz melosa, fingiendo autoridad —. Señor Lancaster, como accionistas mayoritarios hemos convocado esta reunión para discutir su evidente incapacidad para desempeñarse como director ejecutivo. Dado su... frágil estado

mental y los escándalos recientes, creemos que debería reconsiderar su posición.

Derek alzó la voz, sereno pero firme.

—Damas y caballeros. Sé por qué están aquí. Han oído rumores, han leído los titulares. No voy a negar que cometí errores. Errores graves.

Algunos murmullos recorrieron la sala.

—Pero no vine a dar excusas. Estoy aquí para recordarles quién soy. Fui yo quien convirtió a Lancaster Empire en lo que es hoy. Y no voy a rendirme.

Timothy soltó una risita desdeñosa.

—Palabras grandes para alguien que ha sido la burla de todos. Has perdido el respeto de tus inversores, de tus socios… incluso de tu familia. ¿Qué te hace pensar que todavía puedes liderar?

Derek sostuvo su mirada sin titubear.

—Porque entiendo lo que está en juego. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para reparar lo que rompí.

—¿Y tu esposa? —intervino Timothy con tono venenoso—. ¿Por cuál lloras? ¿Por la que casi mataste con tu negligencia o por la que ya no quiere saber nada de ti?

Derek apretó los puños bajo la mesa.

—Mis asuntos personales no determinan mi capacidad como líder.

—¿Ah, no? —intervino Raphael con burla—. Tu inestabilidad emocional ha puesto en peligro el legado de tu abuelo. Eres solo un niño mimado jugando a ser rey.

Los ojos de Derek se afilaron como cuchillas.

—¿Y tú qué has construido, Raphael? Tú y tu familia se alimentan del trabajo ajeno. ¿Cuándo tomaste una decisión que valiera siquiera una décima parte del apellido Lancaster?

La sonrisa de Raphael se borró, aunque el desdén seguía presente.

—Solo eres palabrería. Ya nadie te respeta. Acéptalo: estás acabado.

—¡Basta! —interrumpió Julián , con tono autoritario—. Si quieres cuestionar el liderazgo de mi hermano, hazlo con tus propios logros sobre la mesa. Si no, guarda tus patéticos insultos.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Pero Timothy solo sonrió con más malicia.

—Perfecto. Vayamos directo al grano. Permitamos que el Sr. Lancaster exponga su caso, y luego procederemos con una votación. ¿Estamos de acuerdo?

Los presentes asintieron. Derek respiró hondo y dio un paso al frente. Sus ojos recorrieron los rostros, muchos de ellos hostiles, otros solo escépticos.

—He cometido errores —dijo—. Errores imperdonables. Pero no voy a fingir que ya no soy digno de este cargo. Lancaster Empire se construyó con fuerza, innovación y resiliencia. Y yo he demostrado esas cualidades antes. Las demostraré otra vez. Tengo un plan para devolverle a esta empresa su gloria… y más. Pero para lograrlo, necesito su apoyo. No por mí, sino por el imperio que hemos construido juntos.

—Discursos bonitos —bufó Timothy—. ¿Y esperan que confiemos en ti cuando ya has fracasado tan estrepitosamente?

La expresión de Derek se endureció.

—He aprendido de mis fracasos. Y no estoy solo. Tengo a alguien que me guiará de vuelta a la cima.

—¿Quién? —preguntó Raphael con diversión burlona.

Derek levantó la vista.

—**A mí.**

La sala quedó en un silencio absoluto.

Desde la puerta, una figura imponente hizo su entrada. Thaddeus Lancaster, a quien todos creían retirado, avanzó con la solemnidad de una leyenda viviente. Su cabello plateado resplandecía bajo las luces, y sus ojos, fríos como el acero, se clavaron en cada rostro.

—Thaddeus… —balbuceó Timothy, pálido.

—Presidente Lancaster… —susurró otro, mientras varios accionistas se ponían de pie con reverencia.

Pero Thaddeus no buscaba reverencias. Su mirada estaba fija en su nieto.

—He escuchado suficiente estupidez —declaró con tono gélido—. Y he venido a poner orden.

Avanzó con paso firme hasta la mesa. Su presencia era como una tormenta silenciosa.

—Derek puede haber sido ingenuo, pero sigue siendo un Lancaster. Y si alguien cree que puede arrebatarle lo que nos pertenece, está profundamente equivocado.

Sus ojos se clavaron en Timothy y Raphael.

—Apuesto mi nombre por el liderazgo de Derek. Y quien se oponga a él… se enfrenta a mí.

El peso de sus palabras cayó como una sentencia. Incluso la sonrisa de Raphael desapareció, reemplazada por una ira contenida.

—Bien —continuó Thaddeus—. ¿Procedemos con la votación?

Los votos se emitieron en silencio. Cada papeleta depositada con manos temblorosas. Derek no apartó la vista del recipiente. Todo su futuro pendía de ese instante.

Finalmente, la voz del secretario anunció:

—Por mayoría, la junta acuerda... que Derek Lancaster continuará como director ejecutivo.

Un suspiro de alivio escapó de los labios de Derek, pero su mirada permaneció fija en Timothy y Raphael, cuyos rostros destilaban odio.

Esto no había terminado. Apenas comenzaba.

La voz de Thaddeus cortó el aire como un cuchillo:

—Ahora, Derek… es momento de demostrarles a estos idiotas de qué está hecho un verdadero Lancaster.

Capítulo 55

La atmósfera en la Mansión Lancaster había cambiado de forma radical. Ya no era un santuario de luto y arrepentimiento, sino un cuartel de guerra. Rebosaba energía, precisión… y una intención despiadada.

La influencia de Thaddeus era imposible de ignorar. Su presencia insufló nueva vida tanto a la casa como a la empresa. Derek igualó su intensidad, sumergiéndose de lleno en la reconstrucción del Imperio Lancaster con la misma ferocidad con la que, tiempo atrás, se había empeñado en autodestruirse.

—Bien —dijo Thaddeus, tomando asiento frente a su nieto en el estudio, con pilas de documentos entre ellos—. Muéstrame lo que tienes.

Los ojos de Derek brillaron con determinación.

—Lancaster Empire obtendrá el contrato de AdlerTech. Los Moreau llevan meses detrás, pero se confiaron. Su propuesta es puro brillo sin sustancia. Nosotros vamos por innovación real y rentabilidad a largo plazo.

Thaddeus gruñó, aprobando con un gesto seco.

—Perfecto. Pero no basta con ganar. El mundo tiene que enterarse de que los Lancaster han vuelto.

Su estrategia había sido despiadadamente eficaz. Thaddeus orquestó su ofensiva con una precisión quirúrgica, explotando cada debilidad de los Moreau. Innovación tecnológica, condiciones de servicio agresivamente mejores… Nada quedó fuera del tablero.

Por primera vez en meses, Derek sintió una emoción distinta al remordimiento: **Victoria**. Dulce. Embriagadora. Pero sabía que no podía confiarse. Esto apenas era el comienzo.

Sonrió, con un dejo de su antigua arrogancia, suavizada ahora por una humildad forjada en el dolor.

—Todo está listo. El comunicado de prensa saldrá en sincronía con el anuncio oficial de AdlerTech. Los principales medios se harán eco. La narrativa estará de nuestro lado.

Thaddeus entrecerró los ojos, complacido.

—Parece que has vuelto.

—Y no solo eso —respondió Derek—. Estoy listo para atacar.

Julián irrumpió en el estudio con una carpeta gruesa bajo el brazo.

—Ustedes dos son unos monstruos en los negocios —comentó con media sonrisa—. La forma en que destriparon la propuesta de los Moreau fue brutal.

—El salvajismo es el único idioma que entienden —replicó Derek con frialdad—. Y esto apenas empieza.

Julián lo observó, cruzado de brazos. Su sonrisa habitual dio paso a una expresión más seria.

—Por fin vuelves a parecer vivo.

Derek levantó la vista de su portátil y sostuvo la mirada de su hermano.

—¿Me estuviste ayudando todo este tiempo?

Julián se encogió de hombros.

—¿De verdad creíste que me quedaría de brazos cruzados mientras intentabas arreglar tu desastre? Es el legado de nuestra familia. Y... —suspiró, la voz más suave— eres mi hermano. Aunque últimamente hayas sido un idiota monumental.

Derek soltó una risa seca, cargada de culpa.

—Me lo merezco.

—Desde luego. —Julián lo miró con atención—. Pero estás cambiando. Se nota que quieres enmendarlo.

—Tengo que hacerlo —dijo Derek, con la voz ronca—. Por Mary. Por todo lo que rompí.

Julián se sentó a su lado, más serio.

—Hablando de rupturas... ¿has sabido algo de sus abogados?

El rostro de Derek se endureció, aunque el dolor cruzó fugazmente su expresión.

—La primera audiencia es en dos semanas.

Julián asintió, conteniendo la frustración.

—¿Estás seguro de que puedes con eso?

—Tengo que hacerlo. Por ella.

Julián lo miró con una mezcla de compasión y advertencia.

—No te pierdas otra vez, Derek.

Derek asintió en silencio.

—No lo haré.

Julián lo analizó un segundo más, antes de decir:

—Bien. Porque se avecina algo peor.

—¿Qué quieres decir?

—Los Moreau están tambaleándose. Han sentido la presión. Su valor bursátil cayó tras perder el contrato y hay rumores sobre el regreso del abuelo al mundo empresarial. No saben quién los está cazando, pero están desesperados por averiguarlo.

Derek esbozó una sonrisa sombría.

—Pronto lo sabrán.

—Quizá. Pero hay algo más. —La expresión de Julián se volvió glacial—. Raphael está intentando apoderarse de Velmont Dynamics.

Derek se congeló.

—¿Qué?

—Ha estado usando una empresa fantasma para comprar acciones desde dentro. Mary probablemente cree que son maniobras corporativas normales, pero Raphael planea algo mucho más grande. Una OPA hostil.

La furia se encendió en el rostro de Derek.

—¿Y Mary no lo sabe?

—Puede que lo sospeche, pero tiene demasiados frentes abiertos. Y tú bien sabes a cuál me refiero.

Derek apretó los puños. El desastre emocional que él mismo había provocado aún la envolvía. Era su culpa.

—Como accionista con derecho a voto —continuó Julián —, me han invitado a la junta anual de Velmont Dynamics. Entre los puntos a tratar... está la evaluación del desempeño de la directora ejecutiva. Y su posible reemplazo.

—Raphael va a moverse ahí —dijo Derek, tenso.

—Exacto. Y por eso —Julián sonrió con intención— te nombro mi representante.

Derek lo miró, sorprendido.

—¿Qué?

—Si Raphael va a jugar sucio, tienes que estar ahí para frenarlo.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres quien quiere reparar todo esto. Tú debes protegerla. Y no solo a ella. Si Raphael se apodera de Velmont, tendrá suficiente poder para destruirnos.

Derek respiró hondo. Su determinación se endureció.

—¿Cuál es el plan?

Julián sonrió, satisfecho.

—Le enseñaremos a Raphael que no es el único que sabe jugar sucio.

Mientras Julián trazaba su estrategia, Derek escuchaba en silencio, absorbiendo cada detalle. Esta vez no podía fallar.

La noticia arrasó los titulares: **Lancaster Enterprises le arrebataba a los Moreau el contrato de AdlerTech.**
Los medios se deshicieron en elogios:

"¡Lancaster Enterprises contraataca!"
"El Fénix resurge: los Lancaster superan a los Moreau"
"¿El fin del reinado Moreau?"

Pero el daño real estaba ocurriendo en la sombra. Thaddeus había movido las piezas con tal precisión que los cimientos del imperio Moreau empezaban a desmoronarse. Algunos aliados clave enfrentaban auditorías. Socios de confianza comenzaban a retirarse. Las acciones caían, lenta pero constantemente.

—¿Qué demonios está pasando? —bramó Raphael, golpeando el escritorio. A su lado, Timothy lo miraba pálido.

—Nos están acorralando —gruñó su padre—. Se nos escapan los tratos, los inversores dudan. Alguien nos tiene en la mira.

Raphael apretó los dientes.

—Si son los Lancaster, los haré pedazos.

Pero su rabia no bastaba para ocultar la verdad: **los Moreau estaban perdiendo... y ni siquiera sabían contra quién luchaban.**

La noche anterior a la junta de Velmont Dynamics, Derek y Thaddeus repasaban el plan final cuando Julián entró al estudio.

—Todo listo —anunció—. Ya es oficial: Derek me representará en la reunión. Si Raphael va a atacar, lo hará ahí.

Derek asintió con resolución.

—Entonces que venga.

Julián bajó la voz.

—Y después... la audiencia de divorcio es en dos días.

Derek cerró los ojos un instante. El dolor volvía, más silencioso, más profundo.

—Una batalla a la vez. Ahora mismo, mi prioridad es proteger la empresa de Mary.

Thaddeus lo miró con esa mezcla de dureza y respeto que solo los guerreros reservan para los suyos.

—Tienes una oportunidad de redimirte, Derek. No la desperdicies.

—No lo haré —juró Derek.

Pero mientras lo decía, sabía que esto era apenas el comienzo.

Salvar la compañía de Mary era una guerra.

Recuperarla a ella... esa sería la más difícil de todas.

Y todavía estaba lejos de terminar.

Capítulo 56

La conferencia de prensa fue un espectáculo.
Los flashes de las cámaras estallaban sin cesar, y los reporteros se empujaban en busca del mejor ángulo, con la mirada fija en los dos hombres sentados a la larga y pulida mesa. El contrato con AdlerTech era la empresa conjunta más esperada del año: un proyecto pionero que prometía generar miles de millones en ingresos y transformar industrias a nivel mundial.

Derek vestía un elegante traje negro, su presencia imponente pero serena. A su lado, Víctor Adler, el formidable director ejecutivo de AdlerTech, un hombre cuyas alianzas eran leyenda. El aire entre ellos rebosaba autoridad cuando se inclinaron para firmar el monumental acuerdo.

—Damas y caballeros —anunció Víctor con su voz de barítono que dominó el murmullo expectante de la multitud—. Hoy marca una nueva era de innovación tecnológica. Con Lancaster Enterprises al frente de este proyecto, no tengo duda de que nuestra visión revolucionará la industria.

La firma de Derek fluyó sobre el documento con precisión experta. Al completarse el último trazo, la sala estalló en aplausos. La imagen de los dos directores ejecutivos estrechándose la mano, con sonrisas que irradiaban poder y confianza, acaparó titulares durante semanas.

Pero la mente de Derek estaba en otra parte.

Se escabulló en cuanto concluyeron las formalidades, dejando a Julián a cargo del resto. La reunión en Velmont Dynamics ya estaba en marcha, y no tenía tiempo que perder.

La junta anual de accionistas se celebraba en la elegante y minimalista sala de conferencias de Velmont Innovation. Las paredes de cristal ofrecían vistas panorámicas de la ciudad, pero ese día, la

tensión era más densa que el acero y el hormigón del paisaje exterior.

—Señorita Velmont —dijo uno de los miembros de la junta, su tono cargado de desprecio apenas disimulado—, es innegable que su desempeño ha sido... deficiente. Ha fallado en cerrar contratos cruciales, ha desperdiciado oportunidades, y ahora enfrentamos acusaciones de malversación de fondos. Esta empresa sufre bajo su liderazgo.

Mary apretó la mandíbula, los puños tensos bajo la mesa. Su frustración no se dirigía solo a las palabras del hombre, sino a sí misma, por haber permitido que Raphael se infiltrara en su empresa con tanta facilidad. Había estado tan ocupada peleando sus propias batallas que no vio venir el ataque desde dentro.

—Señorita Velmont —intervino otra voz, suave pero afilada como una daga escondida en terciopelo—, tenemos todo el derecho a cuestionar su competencia. Y si no puede dar respuestas satisfactorias, podríamos vernos obligados a considerar un reemplazo.

Un reemplazo.
La palabra cayó sobre la sala como una sentencia.

—¿Cómo explica los recientes fracasos a la hora de conseguir contratos importantes?

—¿Y qué hay de los rumores de mala gestión financiera? Las cifras no cuadran...

—Tal vez sea hora de un cambio de liderazgo antes de que el declive sea irreversible.

Mary se aferró al borde de la mesa, la rabia en su interior apenas contenida. Había dado todo por esa empresa. Y sin embargo, ahí estaba Raphael, sentado cómodamente, viéndola desmoronarse.

Él se recostó en su silla, con una sonrisa venenosa en los labios.

—Acéptalo, Aria. Estás fuera de lugar. Velmont Innovation necesita liderazgo real. Alguien que sepa lo que hace.

La sala vibró con murmullos de aprobación. **Los buitres volaban en círculos.**

—He hecho todo lo posible por llevar esta empresa al éxito —la voz de Mary temblaba de furia contenida—. Si hay discrepancias, las resolveré. Y en cuanto a...

—Oh, por favor —la interrumpió Raphael, lleno de condescendencia —. Eres un barco que se hunde, arrastrando a todos contigo. Los accionistas merecen algo mejor.

Los ojos de la junta se aguzaron como cuchillas.

—¿Y a quién sugieres como reemplazo? —preguntó Mary con una mirada gélida.

La sonrisa de Raphael se ensanchó, triunfante.

—A mí, por supuesto. A diferencia de ti, **yo** sé dirigir una empresa.

La sala estalló en discusiones. Los miembros de la junta estaban claramente influenciados por la manipulación de Raphael. Mary sintió que las paredes se cerraban sobre ella, la desesperación arañándole el pecho.

Entonces, las puertas se abrieron con un crujido, y todas las miradas se volvieron hacia el hombre que acababa de entrar.

Derek.

Su sola presencia alteró la atmósfera. Su traje impecable, su mirada cortante. Pero lo que más imponía era esa fuerza renovada, esa confianza inquebrantable que parecía hecha de acero.

El rostro de Raphael se torció con fastidio.

—¿No deberías estar ocupado con tu pequeña ceremonia de firma?

Derek esbozó una sonrisa burlona.

—Viajé y entré al edificio como todos los demás. Disculpen la tardanza. Estoy aquí como representante de Julián ... y como inversor.

Un murmullo recorrió la sala. Los accionistas intercambiaron miradas sorprendidas.

Mary lo miró, confundida. Su aparición parecía irreal, como sacada de un sueño mal interpretado.

Raphael recuperó su compostura con rapidez.

—¿Y qué crees que haces aquí? Esta es una reunión privada de accionistas.

Derek lo miró con frialdad.

—Estoy aquí para proteger los intereses de esta empresa... **de escoria como tú**.

La sala se llenó de jadeos. El rostro de Raphael se ensombreció.

—Damas y caballeros, todos me conocen. Saben lo que he logrado como director ejecutivo de Lancaster Empire. Pero quizás no saben que Raphael Moreau ha estado conspirando contra Velmont Innovation desde el principio. Mediante sociedades fantasma y acciones prestanombres, ha intentado socavar el liderazgo de esta empresa.

—Eso es absurdo —bufó Raphael—. No tienes pruebas.

—Oh, tengo pruebas —respondió Derek con calma—. Y si lo desean, puedo presentarlas aquí y ahora.

Arrojó una pila de documentos sobre la mesa. Las hojas se desplegaron como cuchillas de verdad.

—Aquí está todo. Sus planes, sus intentos de sabotaje, sus tácticas fraudulentas para hacerse con el control. Blanco sobre negro.

El rostro de Raphael palideció. Los accionistas comenzaron a murmurar de nuevo, con la atención clavada en Derek. Su sola presencia bastaba para inclinar la balanza.

—Esta empresa no está fracasando por culpa de Mary. Está siendo saboteada por alguien que prefiere verla arder antes que verla prosperar —dijo Derek, recorriendo la sala con una mirada de acero —. Si aún dudan de la capacidad de **mi esposa**, les sugiero que vendan sus acciones. Las compraré todas. Una por una.

El impacto fue inmediato.

—¿Tu esposa? —susurró alguien.

La revelación se expandió como pólvora encendida.

Derek no desvió la mirada de Raphael.

—Lancaster Empire acaba de conseguir el proyecto más grande del año. Estamos más fuertes que nunca. Y estamos listos para respaldar a Velmont Dynamics bajo el liderazgo de **Aria Lancaster**.

Mary abrió los ojos de par en par. Su corazón latía con fuerza desbocada. Jamás imaginó que Derek la defendería así. Ni que la reclamaría ante el mundo.

Los miembros de la junta se miraron, visiblemente sacudidos. La tensión era casi insoportable.

—Ahora —dijo Derek, con una autoridad tranquila que no admitía oposición—, piensen bien el siguiente paso que van a dar.

El silencio que siguió fue absoluto. Cortante.

Pero Derek lo sabía: aunque Víctor había sido expuesto, esta batalla apenas comenzaba.

Capítulo 57

A Derek aún le latía el corazón con fuerza al salir del edificio de *Velmont Innovation Incorporated*. La adrenalina de la junta de accionistas seguía corriendo por sus venas, dejándolo eufórico y conmocionado a partes iguales. Su audaz declaración de apoyar a Mary como su esposa había dejado a todos en silencio. Y aunque sus palabras pretendían protegerla, la verdad que encerraban lo había dejado expuesto.

Pero ya no había vuelta atrás.

La conferencia de prensa previa había sido un éxito rotundo. La empresa conjunta entre *Lancaster Enterprises Holdings* y *AdlerTech* acaparó todas las noticias, aclamada como la colaboración tecnológica más prometedora de la década. La elegante ceremonia de firma, celebrada ante la prensa, selló su dominio; las cámaras capturaron cada gesto, cada palabra, con una intensidad despiadada.

Por una vez, la narrativa en torno a él estaba cambiando. Derek Lancaster, el hombre que supuestamente había caído en desgracia, demostraba una vez más ser una figura imposible de ignorar.

Pero a pesar del triunfo, sus pensamientos no dejaban de volver a Mary.

La encontró sola en el jardín, frente al edificio, con los brazos cruzados como si contuviera una tormenta. El leve temblor de sus hombros lo decía todo. La reunión había sido brutal; las acusaciones, crueles e injustas.

—Mary —llamó él con voz baja, cautelosa, mientras se acercaba.

Ella se giró, con la expresión endurecida.
—¿Qué quieres, Derek?

—Asegurarme de que estás bien —respondió, y su mirada se suavizó al ver su rostro pálido—. Lo que dijeron allá dentro... esas

acusaciones. Fueron ridículas.

—¿De verdad? —replicó con amargura—. Dejé que Raphael se infiltrara en mi empresa delante de mis narices. Debí haberlo visto venir. Pero estaba tan concentrada en huir de ti, de todo esto, que no me di cuenta de que estaba cayendo directo en su trampa.

—No fue tu culpa —dijo Derek con firmeza—. Raphael es un idiota manipulador. Nadie lo vio venir, ni siquiera yo. Pero hoy traje pruebas de sus planes. Los accionistas vieron la verdad.

—Sí. Gracias por eso —admitió Mary a regañadientes—. No tenías por qué involucrarte.

—Quise hacerlo —replicó él—. Estabas acorralada. Intentaban destrozarte y no podía quedarme de brazos cruzados.
— Dio un paso más cerca, bajando la voz—. No voy a dejar que nadie te haga daño, Mary. Ni Raphael, ni su familia, ni nadie.

El rostro de Mary cambió. Por un segundo, algo vulnerable asomó bajo su máscara estoica. Pero desapareció en un instante, reemplazado por una resignación contenida.

—¿Por qué haces esto, Derek? ¿Por qué te esfuerzas tanto cuando sabes que lo nuestro ha terminado?

Él sintió cómo se le encogía el pecho.
—Porque no ha terminado. No lo creo, y en el fondo... tú tampoco.

Su mirada se endureció, aunque él alcanzó a ver el temblor en sus labios.
—Cree lo que quieras. No cambia nada.

Estaba por responder, pero el sonido de pasos lo interrumpió. Un hombre se acercaba con una postura segura y elegante. El traje le sentaba a la perfección; cada centímetro de su cuerpo irradiaba carisma y autoridad.

Y la forma en que los ojos de Mary se iluminaron al verlo hizo que los puños de Derek se apretaran involuntariamente.

—¡Justin! —La voz de Mary se transformó, cálida y animada. Corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

La paciencia de Derek se agotó al verla en brazos de otro, riendo con esa ligereza que él ya no lograba arrancarle. La rabia y los celos se retorcieron en su pecho como alambre de púas. Sin pensarlo, se dirigió hacia ellos; su presencia era una tormenta oscura que se avecinaba.

Al llegar, su voz sonó tranquila, casi demasiado tranquila:
—Derek Lancaster. El esposo de Mary.

Extendió la mano, con la mirada clavada en el hombre frente a él, cada palabra impregnada de desafío.

El recién llegado arqueó una ceja, sorprendido apenas, antes de aceptar el apretón de manos. Su sonrisa era segura, pulida.
—Justin West. El abogado de divorcio de Mary... y su exnovio.

Las palabras fueron como un golpe seco en el estómago. Pero la expresión de Derek no flaqueó. Al contrario, su mano se cerró más fuerte alrededor de la de Justin, y su mandíbula se tensó.

—¿Ex, eh? Supongo que eso me convierte en el actual, entonces.

La sonrisa de Justin permaneció inmutable, aunque su mirada se endureció ligeramente al posar los ojos en Mary.
—Por ahora, supongo.

La arrogancia en su tono hizo que a Derek le hirviera la sangre. Soltó la mano de Justin con una lentitud deliberada, sin desviar la mirada.

—Para siempre.

Mary abrió mucho los ojos al escuchar su declaración, pero antes de que pudiera intervenir, Justin se le adelantó con voz suave:
—Me alegra que estuvieras allí para ayudar a Mary en la junta. Pero de ahora en adelante, yo seré quien cuide de sus intereses. Está en buenas manos.

Derek esbozó una sonrisa fría.
—Ya veremos.

Rodeó la cintura de Mary con el brazo y la atrajo hacia él. El gesto era posesivo, sin vergüenza.

—Como te dije, Justin. Soy su marido. Y protejo lo que es mío.

El aire entre los tres se volvió denso, cargado de tensión. Justin mantenía su cortesía, pero había un desafío inconfundible en sus ojos.

—Supongo que lo sabremos pronto —dijo con voz calmada, aunque algo áspera—. Mary, me pondré en contacto contigo. Tenemos que preparar la primera audiencia.

—Por supuesto. Gracias por venir, Justin —respondió Mary, con los ojos clavados en los dos hombres, visiblemente incómoda.

Con un último asentimiento, Justin se alejó, su paso confiado y despreocupado.

Derek aflojó el brazo que aún sostenía a Mary, pero no la soltó.
—Mary...

—No lo hagas —le interrumpió, la voz tensa y la mirada fija en cualquier parte menos en él—. Ya te lo dije, Derek. Esto... lo que sea que estés intentando... no cambiará nada.

Sus palabras lo atravesaron como una flecha. Pero se negó a ceder.

—Esto no ha terminado, Mary. No lo permitiré.

Ella se tensó, pero no respondió. En lugar de eso, se apartó de él. Cada paso que daba agrandaba la distancia entre ellos.

Lo dejó allí, con los puños cerrados y una guerra encendida en el pecho.

Capítulo 58

El día de la primera audiencia llegó con un cielo amenazador. La lluvia caía a cántaros, implacable. La mente de Derek corría a mil por hora, dividida entre la inminente batalla legal y el miedo sofocante que le atenazaba el pecho.

Víctor estaba callado. Demasiado callado. Y ese silencio carcomía los nervios de Derek como una espada oxidada. El imperio de los Moreau sangraba por las heridas que Thaddeus le había infligido: contratos perdidos, sociedades destruidas y Celeste acorralada con cargos de los que no podía escapar. Su intento de huir al extranjero había sido frustrado gracias a las meticulosas trampas de Derek y Thaddeus.

Pero los Moreau eran, como era de esperarse, despiadados. Derek sabía que Raphael no permitiría que destruyeran el imperio de su familia sin contraatacar. Haría lo que fuera necesario para ajustar cuentas.

Esa mañana, Derek había salido de su ático con una sola intención: llegar al juzgado para la primera audiencia de su divorcio con Mary. El peso de lo que se avecinaba amenazaba con aplastarlo, pero no podía permitirse derrumbarse. Necesitaba mente aguda. Concentración inquebrantable.

Sin embargo, mientras conducía por las calles empapadas de lluvia, **algo no iba bien.** Sus instintos le gritaban, un miedo familiar le encogía el estómago. Incapaz de ignorarlo, tomó un desvío, necesitando tiempo para pensar. Para respirar. Para prepararse para lo que Raphael hubiera planeado.

La lluvia convertía el asfalto en un espejo resbaladizo. Las luces de la ciudad se difuminaban tras el parabrisas, como si el mundo se estuviera deshaciendo ante sus ojos. Y sus pensamientos, invariablemente, volvían a Mary. A su expresión decidida pero rota durante su última conversación. No podía perderla. No ahora. No nunca.

Estaba tan absorto en su mente que casi no vio la camioneta negra que se aproximaba a toda velocidad a la intersección.

Y entonces la vio.

Mary.

Su coche estaba detenido en el semáforo. Ajena a la muerte que se aproximaba.

Todo el cuerpo de Derek se tensó. Su corazón latía con fuerza. Sus sentidos se agudizaron con una aterradora y súbita claridad. La trayectoria de la camioneta era inconfundible: los frenos se habían cortado. El conductor, un peón desechable más de las enfermizas maniobras de los Moreau.

La iban a matar.

No. Ella no. **Mary, no.**

Sin pensarlo dos veces, Derek pisó el acelerador a fondo. Su coche rugió al avanzar, los neumáticos chirriaron al desviarse violentamente hacia la camioneta.

El impacto fue instantáneo.

Un crujido repugnante de metal y vidrio. El mundo giró violentamente antes de que su visión se oscureciera. Un dolor agudo e implacable recorrió su cuerpo. Sentía el pecho aplastado. La cabeza le daba vueltas. Huesos destrozados. Carne desgarrada.

Pero **estaba vivo.**

Y lo más importante… **la había salvado.**

A Derek le zumbaban los oídos. Respiraba con dificultad. Parpadeó, intentando abrir los ojos, con la vista nublada por la sangre y la lluvia. A través del parabrisas agrietado y distorsionado, la vio.

El coche de Mary estaba detenido a pocos metros. Ileso.

Quería alcanzarla. Decirle que estaba bien. Que lo haría todo de nuevo si eso significaba mantenerla a salvo. Pero el dolor era

insoportable. Su cuerpo se negaba a moverse.

Las sirenas aullaban a lo lejos. Voces gritaban. Palabras confusas. El mundo de Derek se desvanecía. Su consciencia titilaba como una llama moribunda.

Y aun en la oscuridad, un pensamiento permanecía:

Mary está a salvo.

Entonces, **todo se volvió negro.**

Capítulo 59

El dolor fue lo primero que Derek sintió. Le atravesaba el cuerpo con una intensidad despiadada; cada respiración superficial era un recordatorio lacerante de la destrucción que había aceptado con gusto. La sangre le goteaba de los labios; el sabor metálico se mezclaba con la lluvia que empapaba su cuerpo destrozado.

El estruendo de las sirenas y las voces apagadas se sentía distante, como un eco en un sueño submarino. Su mente se tambaleaba. Los gélidos dedos de la muerte lo envolvían, arrastrándolo hacia la oscuridad infinita.

Pero la oscuridad no lo reclamaría. Todavía no. No cuando necesitaba asegurarse de que ella estuviera a salvo.

—¿Señor? ¿Puede oírme?

La voz del paramédico atravesó la neblina. Manos apretadas contra su cuerpo maltrecho buscaban heridas, intentaban alejarlo del abismo. Sentía las extremidades pesadas, el pecho oprimido por la agonía de costillas rotas y carne lacerada.

—Señor, ¿puede decirme su nombre?

—M-Mary... —jadeó Derek, la voz rasposa; su nombre era más importante que el suyo. Sentía la garganta como papel de lija, cada palabra una lucha sangrienta—. ¿Está... bien?

—Está bien —le aseguró la paramédica con firmeza—. Le salvaste la vida. Pero tu estado es crítico. Tenemos que llevarte al hospital.

El alivio lo inundó como agua fría. Calmó el dolor lo justo para permitirle respirar. Mary estaba a salvo. Eso era todo lo que importaba. Su visión se nubló. El mundo giraba lentamente mientras la inconsciencia volvía a llamar a su puerta.

Y entonces la vio.

El rostro surcado de lágrimas de Mary flotaba sobre él. Sus ojos abiertos de par en par por el pánico, la desesperación desbordándola mientras se abría paso entre los paramédicos.

—¡Derek! —su voz era un sollozo frenético—. ¡Dios mío, Derek, no! ¡Por favor, quédate conmigo!

Sus labios se crisparon, un débil intento de sonreír. Incluso ahora, después de todo, **ella estaba allí.** Y eso era suficiente.

—Mary... —susurró, su voz apenas un eco, pero la emoción detrás de ella era innegable.

Intentó alcanzarla. Su mano temblorosa se alzó apenas, luchando contra el dolor, contra la oscuridad que le arañaba la mente. Pero sus fuerzas lo abandonaban, su cuerpo cedía ante el colapso.

—No... te vayas...

—¡Derek! ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —lloró Mary, acunando su rostro ensangrentado entre sus manos. Su tacto abrasador contra su piel helada—. Idiota... ¿Por qué hiciste algo tan imprudente?

—Tenía... que protegerte —susurró, con la mirada perdida, los rasgos de ella desdibujándose bajo la lluvia y las lágrimas—. Siempre... protegerte.

Su mano se soltó de la de ella. Sus dedos estaban demasiado débiles para sostenerla. Cada respiración era fuego. Su pecho, una prisión de huesos rotos. Aun así, **intentó decirle lo más importante.**

—Te... amo, Mary. —Las palabras salieron rotas, como una plegaria herida—. Siempre... incluso si me odias... te amo.

Los sollozos de Mary desgarraron el aire. Sus manos temblaban mientras se aferraba a él como si pudiera evitar lo inevitable.

—No. ¡No tienes derecho a morir, Derek! ¡No puedes!

—Lo siento... —Su voz se quebró—. Nunca te merecí... pero intenté... ser mejor.

—¡Cállate! —gritó Mary con desesperación—. ¡Vas a estar bien! ¿Me oyes? ¡Tienes que estar bien!

Sus párpados se cerraban. El mundo perdía color. Los bordes de su visión se desmoronaban. La calidez del tacto de Mary se desvanecía, y el sonido de sus sollozos se alejaba como una melodía lejana.

—Solo... quería verte feliz —murmuró, con la respiración cortada—. Aunque... no fuera conmigo.

—Derek, por favor... —Su voz se quebró. Sus lágrimas caían como lluvia sobre la piel pálida de él—. ¡No me dejes! ¡No te atrevas a dejarme!

Pero su voz se desvanecía. Engullida por la oscuridad. El corazón de Derek latía más lento, un ritmo frágil, entrecortado, que amenazaba con extinguirse.

Y aun así, sus pensamientos eran para ella.

La forma en que su sonrisa podía iluminar hasta el día más oscuro. La determinación en sus ojos. La calidez de su presencia que siempre lo había salvado del abismo.

Le había fallado. La había lastimado. La había perdido.

Pero en su último acto... la había salvado.

Una sola lágrima escapó de su ojo. Sus labios se abrieron con un último, tembloroso suspiro.

—Lo lamento...

El mundo se quedó en silencio. El frío se coló en sus huesos, robándole los últimos restos de consciencia.

Y mientras la oscuridad lo envolvía por completo, **esperó —rezó— que ella lo perdonara.**

Capítulo 60

Las puertas del hospital se abrieron con un estruendo violento. Los paramédicos irrumpieron corriendo, empapados de lluvia y sangre.

—Hombre, veintitantos años, traumatismo grave por impacto, múltiples fracturas, hemorragia interna…

Sus voces se desvanecieron en medio del caos mientras la camilla avanzaba a toda velocidad, las ruedas chirriando contra el suelo inmaculado. Derek yacía inmóvil, su otrora poderoso cuerpo reducido a un esqueleto roto, su piel mortalmente pálida bajo las luces fluorescentes.

Mary corría tras ellos, jadeando, ahogada por el pánico, las lágrimas nublándole la vista.

—¡Derek! —gritó con la voz rota, desesperada—. ¡Por favor! ¡No me dejes!

Pero él no reaccionó.

No se movió.

Ni siquiera abrió los ojos.

Un médico le puso una mano firme en el hombro, deteniéndola en seco.

—Señorita, no puede seguir. Está en estado crítico. Tenemos que operarlo de inmediato…

—¡No! —Mary negó con fuerza, apretando los puños—. ¡Necesito estar con él! ¡Por favor!

La realidad la golpeó como un puñetazo al estómago: Derek se estaba muriendo. Y ella no podía hacer nada.

Las puertas del quirófano se cerraron con un clic implacable, dejando a Mary al otro lado, atrapada en una pesadilla.

Se quedó paralizada, el corazón golpeando salvajemente dentro de su pecho. El aire le faltaba, el cuerpo entero le temblaba por un miedo tan absoluto que la obligó a apoyarse contra la pared.

Presionó una mano sobre su boca, intentando contener el sollozo que amenazaba con desgarrarla.

Esto no puede estar pasando.

Derek era invencible. Inquebrantable. No se suponía que terminara así, en esa mesa, luchando por su vida.

La imagen de su cuerpo ensangrentado se le incrustó en la mente. El temblor de sus labios al pronunciar aquellas últimas palabras.

"Te... amo, Mary."

Sintió cómo el mundo se derrumbaba a sus pies. Otra oleada de angustia la ahogó.

Entonces, una voz desesperada rompió el silencio:

—¡Mary!

Julián .

Ni siquiera lo había notado hasta que sus brazos la rodearon, estabilizándola mientras su cuerpo temblaba sin control.

—¿Qué pasó? —preguntó con la voz llena de miedo, sujetándola por los hombros.

—Él me salvó —murmuró Mary, la garganta en carne viva—. Se suponía que debía ser yo, Julián … El accidente era para mí.

La expresión de Julián se endureció, los músculos de su mandíbula tensándose.

—Ese maldito de Víctor...

Pero Mary apenas lo escuchaba. Sus ojos seguían fijos en las puertas del quirófano, rogando que se abrieran. Que Derek saliera caminando, con su sonrisa sarcástica, burlándose de ella por preocuparse.

Los minutos se hicieron horas.

El silencio era insoportable.

Y entonces—

—Señorita Lancaster.

Se giró tan rápido que el mundo pareció tambalearse.

Un médico estaba frente a ella, con la bata manchada de sangre.

La sangre de Derek.

Sintió que el corazón se le detenía.

—Necesitamos su consentimiento —dijo el médico—. Está perdiendo mucha sangre. Hay hemorragia interna, fractura craneal y daño pulmonar. Si no lo operamos ahora… lo perderemos.

Todo se volvió difuso. El papel parecía pesar una tonelada en sus manos. Firmarlo era aceptar la verdad.

Derek podría no sobrevivir.

Que esa firma podría ser lo último que hiciera por él.

Las lágrimas cayeron sobre el portapapeles mientras garabateaba su nombre con manos temblorosas, las letras apenas legibles.

—Sálvenlo —suplicó con voz rota—. No me importa lo que cueste. Solo... sálvenlo.

El médico asintió y desapareció detrás de las puertas.

Y Mary se quedó allí, sola.

Las horas se estiraban como cuchillas. La sala de espera era sofocante, las luces demasiado brillantes, las voces de las enfermeras susurrando como dagas en su espalda.

La familia de Derek llegó por tandas. Thaddeus Lancaster, siempre imponente, parecía ahora quebrado. Vivienne estaba pálida, en estado de shock.

Julián no se separó de ella.

Ni un segundo.

Hasta que, por fin...

Las puertas se abrieron de nuevo.

El médico reapareció, el rostro demacrado por el cansancio.

Mary se levantó de golpe, conteniendo el aliento.

—¿Cómo está?

Un instante de silencio. Una pausa que lo dijo todo.

—Salió de la cirugía. Pero… —El doctor tragó saliva— está en coma.

El mundo colapsó.

En coma.

No. No. No.

Mary retrocedió tambaleante, llevándose las manos a la boca mientras los sollozos la atravesaban como cuchillas. Julián la sostuvo antes de que cayera. Su abrazo fue lo único que evitó que se desplomara por completo.

—Podría despertar en unos días… o semanas —dijo el médico—. O no despertar en absoluto. Ahora… es decisión suya.

Mary no oyó el resto.

Se arrodilló en el suelo de baldosas frías, las manos crispadas sobre la tela de su vestido. Los sollozos la sacudían con violencia.

Derek estaba vivo.

Pero ya lo había perdido.

Y no podía hacer nada.

Solo esperar.

Y rezar.

Y rogar que, dondequiera que estuviera en esa oscuridad, aún pudiera escucharla llamándolo.

Capítulo 61

El pasillo del hospital se le hacía interminable, como un túnel sin fin cuyas paredes blancas y estériles parecían cerrarse sobre ella a cada paso. El olor a desinfectante le revolvía el estómago. Mary caminaba con los hombros encorvados por el agotamiento, el cuerpo entumecido tras días sin dormir, y los ojos ardiéndole por el llanto contenido. Pero no podía detenerse. No mientras Derek siguiera allí, tendido en esa cama, atrapado en un limbo entre la vida y la muerte.

Justin avanzaba a su lado, su porte impecable de abogado no lograba ocultar la preocupación que le tensaba la mandíbula. Sostenía una carpeta en la mano, pero no la abrió. No todavía.

—Mary —dijo con suavidad—, tenemos que hablar del divorcio. Sé que no es el mejor momento, y podemos solicitar una prórroga para las audiencias, pero... sería imprudente no estar preparados.

Ella asintió apenas, aturdida. Su voz era apenas un eco de sí misma.

—Entiendo. Solo... dime qué tengo que hacer.

Justin la observó de reojo. Su piel, normalmente luminosa, estaba apagada; las sombras bajo sus ojos parecían tatuadas. Pero lo que más le llamó la atención fue la manera casi instintiva en que su mano reposaba sobre su abdomen, como si quisiera proteger algo valioso, secreto.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó, con cautela, bajando el tono—. De verdad, Mary.

Ella lo miró, un destello de desconfianza asomando en su expresión.

—Estoy bien —repitió con un hilo de voz—. Solo... estoy preocupada por Derek.

Justin hizo una pausa, como si eligiera con cuidado cada palabra.

—Mary —dijo despacio, casi con reverencia—, te conozco desde hace años. He estado a tu lado en momentos buenos y en los peores. Y sé lo que significa ese gesto. La forma en que tocas tu vientre... lo he visto antes.

Sus ojos se clavaron en los de ella.

—¿Estás embarazada?

Mary sintió que se le cortaba el aire. Un rayo de pánico le recorrió la columna antes de desviar la mirada. Su garganta se contrajo, como si las palabras se negaran a salir, pero al final asintió.

—Sí. Lo estoy —susurró, apenas audible.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Justin durante un segundo fugaz, antes de que la preocupación le nublara la mirada.

—¿Lo sabe Derek?

Ella negó con la cabeza. Sus dedos se tensaron sobre el tejido de su abrigo.

—No. Y no pienso decírselo. Al menos no ahora.

—¿Por qué no?

Mary tragó saliva, sintiendo cómo las emociones volvían a hervir bajo la superficie.

—Porque no puedo confiar en él. Porque todavía hay demasiadas personas intentando hacernos daño. Y porque Derek... también fue parte de ese dolor. Me falló. Me destruyó. Aunque ahora esté... cambiando, no sé si es suficiente.

Justin la escuchó en silencio, su rostro era una máscara de serenidad, pero sus ojos estaban cargados de algo más profundo. Una mezcla de comprensión, respeto... y tristeza.

—Entiendo tu vacilación —dijo al fin—. Pero... ¿puedo decir algo? Algo que quizás no quieras oír, pero que necesitas considerar.

Ella lo miró con desconfianza.

—Dilo.

—Te amo, Mary. Lo sabes. Como amigo, y... una vez como algo más. Pero ni siquiera yo creo que podría haber hecho lo que Derek hizo por ti.

Mary parpadeó, confundida.

—¿Qué estás diciendo?

—Ese hombre —dijo Justin, con una firmeza inesperada— se arrojó al peligro sin pensarlo dos veces para salvarte. Sabía lo que arriesgaba. Sabía que podía morir. Y aun así lo hizo. ¿Sabes cuántos hombres harían eso, incluso por alguien que aman? Muy pocos. Yo... no sé si habría tenido ese valor.

Ella sintió una presión en el pecho, una punzada de culpa, de duda. Bajó la mirada.

—Eso no borra todo lo que hizo antes —murmuró—. El dolor. Las mentiras. El abandono...

—No. No lo borra —admitió él con suavidad—. Y no te estoy diciendo que lo perdones solo por eso. Pero sí que pienses en lo que significa. En el tipo de amor que motiva a alguien a arriesgarlo todo. A veces las segundas oportunidades no se ganan con palabras... sino con actos.

Mary se quedó en silencio. Su mano volvió a su vientre, como si respondiera a un impulso inconsciente. Dentro de ella, una nueva vida crecía. Un pedazo de Derek. Un pedazo de ella.

—Lo pensaré —dijo, la voz temblando de emociones que no sabía cómo ordenar.

Justin le sonrió, con ternura.

—Eso es todo lo que pido.

Llegaron frente a la habitación de Derek. Justin se detuvo, le apretó el hombro con un gesto fraternal y cargado de significado.

—Cuídate, Mary. Y... si alguna vez necesitas algo, lo que sea, sabes dónde encontrarme.

Ella asintió, con gratitud muda en los ojos. Lo observó alejarse por el pasillo, su silueta alejándose entre luces frías y pasos apagados. Luego inhaló profundamente y abrió la puerta de la habitación.

El sonido del monitor cardíaco la recibió con su monótono pitido. Derek yacía allí, inmóvil, con tubos y vendas cubriéndole el cuerpo. Y aun así, para Mary, seguía siendo él.

Cerró la puerta tras de sí.

Y se acercó a él, como si, con solo su presencia, pudiera mantenerlo atado a este mundo un día más.

Capítulo 62

La habitación del hospital estaba cargada de un silencio sofocante, solo interrumpido por el pitido rítmico de los monitores que mantenían a Derek aferrado a la vida. Pálido, inmóvil y frágil bajo las luces fluorescentes, no se parecía en nada al hombre que Mary había conocido: el poderoso, testarudo y desesperadamente seguro de sí mismo Derek Lancaster. Ahora yacía en la cama como un rey caído, con el pecho apenas alzándose con cada respiración superficial.

Mary no se había movido de su lado en días.

No le importaban las recomendaciones médicas, ni el dolor punzante en la espalda por dormir en esa incómoda silla, ni el agotamiento que amenazaba con aplastarla. Nada de eso importaba. Solo él. Que despertara. Que no la dejara sola.

Pero Mary no se quedaba solo por Derek.

Se llevó una mano al vientre, un gesto casi automático, protector. Su hijo. *Su hijo*.

Nadie lo sabía, salvo Thaddeus y Justin. Le había suplicado al médico que no lo mencionara cuando llegó después del accidente con Celeste. No porque no amara a ese bebé, sino porque tenía que protegerlo.

Había demasiadas personas que querían hacerle daño. Demasiadas que ya lo habían intentado. Ya no sabía en quién confiar.

Volvió a mirar a Derek. Los moretones en su rostro, las vendas en su torso… Había estado al borde de la muerte por salvarla. Y ni siquiera sabía que también había salvado a su hijo.

Su garganta se cerró al rozar con sus dedos aquella mano que antes era cálida y fuerte, y ahora parecía tan lejana.

—Derek —su voz tembló, quebrándose bajo el peso de todo lo no dicho—. Por favor… tienes que despertar.

Silencio.

Solo el incesante pitido de las máquinas.

Los labios de Mary temblaron mientras contenía las lágrimas. Le había hablado todos los días: le contaba historias, le recordaba momentos compartidos, incluso lo regañaba por su terquedad. Pero él no respondía. Y ese silencio la estaba matando.

Su otra mano seguía firme sobre su abdomen. *Tienes que despertar, Derek. No solo por mí, sino también por nuestro hijo...*

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Alzó la vista. Julián estaba allí, con el rostro marcado por la preocupación y el cansancio.

—Mary, necesitas comer algo —dijo con suavidad, acercándose.

Ella negó con la cabeza. —No puedo. No hasta que él…

Su voz se quebró, y nuevas lágrimas escaparon de sus ojos.

Julián suspiró y se arrodilló frente a ella, tomando sus manos heladas. —Es fuerte, Mary. Pero tú también tienes que serlo. No querría verte así.

Mary apretó la mandíbula, intentando contener la emoción que amenazaba con desbordarla. —No me importa —susurró apenas—. No me importa si parezco débil o patética. No me importa lo que piensen. Es mi esposo, Julián . —Apretó la mano de Derek con más fuerza—. Y lo amo.

La expresión de Julián se suavizó. Pero antes de que pudiera decir algo, la puerta se abrió y Thaddeus Lancaster entró en la habitación.

Su presencia llenó el espacio. Su mirada, fría y analítica, recorrió la habitación hasta posarse en su hijo. Pero había algo más en sus ojos: rabia contenida.

Se volvió hacia Mary con voz cortante, aunque teñida de una compasiva firmeza. —Mary, ya has hecho suficiente. Ahora déjanos encargarnos de los culpables.

Ella se limpió las lágrimas, incorporándose. —¿Vas a perseguirlos?

Julián se puso de pie, el rostro sombrío. —Ya empezamos.

Mientras tanto...

Raphael Moreau, acostumbrado a prosperar en el caos, ahora vivía su infierno personal.

Todo se desmoronaba a su alrededor: empresas retirando apoyo, contratos congelados, los medios devorando su reputación. Los cimientos de su imperio temblaban.

Y todo apuntaba a un nombre: *Thaddeus Lancaster*.

Aquel viejo lobo que muchos creían retirado del juego, había vuelto con sed de venganza. Y lo estaba arrasando todo.

A su lado, Julián Lancaster, despiadado e implacable, ejecutaba la vendetta con precisión quirúrgica. Uno a uno, los aliados de Raphael caían, comprados o destruidos. Los bancos retiraban sus respaldos, y las acciones de Moreau Holdings se desplomaban a niveles históricos.

Y como si fuera poco, su propio padre, Timothy Moreau, se volvió contra él.

—¡Te has pasado! —espetó Timothy al dejar una carpeta sobre el escritorio de Raphael—. ¿Sabes lo que hiciste? ¡Intentaste matar a un hombre! ¡Y ahora enfrentamos las consecuencias!

Raphael se burló. —No seas tan débil, papá.

—No soy débil —replicó Timothy entre dientes—. Soy inteligente. Más que tú. Te advertí que tocar a Derek Lancaster era un error. Y ahora lo estamos pagando.

—¡Lárgate! —rugió Raphael.

Timothy soltó una risa amarga. —Con gusto. Porque cuando los Lancaster vengan por todo… no estaré aquí para hundirme contigo.

Raphael apretó los puños. Pero el verdadero golpe llegó minutos después.

Un sobre confidencial cayó sobre su escritorio, traído por un antiguo aliado.

Thaddeus Lancaster había interpuesto una demanda devastadora contra Moreau Holdings. No una simple demanda… una guerra legal que desmantelaría su imperio.

Y luego, llegó la orden de arresto.

Para *Celeste Moreau*.

Celeste Moreau, acostumbrada a sobrevivir, ahora estaba acorralada.

Con su mundo desmoronándose, hizo lo impensado: acudió a Mary.

Mary la observó desde el otro lado de la sala de espera del hospital, su mirada dura como el acero.

—Necesito tu ayuda —dijo Celeste con voz baja.

Mary entrecerró los ojos, cruzándose de brazos. —Intentaste matarme. ¿Y ahora me pides ayuda?

—Puedo darte información —se apresuró Celeste—. Sé lo que Raphael planea. Sus movimientos. Aún puedo ayudarte a acabar con él.

Mary guardó silencio largo rato. —¿Y por qué habría de creerte?

—Porque si no lo haces, él volverá por ti —susurró Celeste—. Y la próxima vez… puede que no haya nadie que llegue a tiempo.

De regreso en la habitación del hospital…

Mary se sentó nuevamente junto a Derek, su corazón quebrado al verlo tan inmóvil.

Le acarició el cabello con ternura. —No sé si puedes oírme —susurró —. Pero hoy tomé una decisión… y espero que estés de acuerdo.

Sus dedos se entrelazaron con los de él. —No dejaré que nos destruyan, Derek. No dejaré que nos quiten nada más.

Una lágrima resbaló por su mejilla. —Pero necesito que despiertes. Que regreses a mí.

Su mano se posó, como tantas veces, sobre su vientre.

Silencio.

Mary bajó la cabeza, apoyando la frente contra sus manos entrelazadas.

Y entonces—

Un leve movimiento.

Contuvo el aliento y alzó la mirada, incrédula.

Los dedos de Derek se crisparon.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras le apretaba la mano con fuerza. —¿Derek?

Sus párpados temblaron.

Mary soltó un sollozo quebrado y besó sus nudillos con suavidad.

—Por favor —susurró—. Vuelve conmigo.

Y entonces, por primera vez en semanas…

Los dedos de Derek apretaron débilmente los suyos.

Capítulo 63

Mary se quedó paralizada, con la respiración contenida y el corazón tamborileando en sus oídos. ¿Lo había imaginado? ¿Una ilusión tejida por su desesperación? ¿Un eco cruel de esperanza?

Pero entonces… los dedos de Derek volvieron a moverse. Esta vez, con intención. Con vida.

"¿Derek?" susurró, la voz apenas un hilo que temblaba de incredulidad.

Sus párpados temblaron. Un leve fruncimiento se dibujó en su entrecejo, como si luchara por abrirse paso desde las sombras hacia la luz. Y luego, su mano... apretó débilmente la de ella, otra vez.

El aire le estalló en los pulmones y un sollozo le escapó del alma. Un sonido roto, visceral, cargado de un alivio tan intenso que dolía.

"¡Doctor!" gritó, con el pulso desbocado. Apretó el botón de llamada con dedos torpes. "¡Se está despertando! ¡Está volviendo!"

La puerta se abrió de golpe. El equipo médico irrumpió con rapidez, y tras ellos entraron Julián y Thaddeus, con la adrenalina aún latente en sus ojos tras horas lidiando con la caída de los Moreau. Pero en cuanto vieron a Derek, todo se detuvo.

"Las constantes se están estabilizando", anunció el médico mientras revisaba los monitores. "Derek, ¿puedes oírme?"

Un gemido áspero, dolorido, emergió de la garganta del hombre que yacía como un rey caído. Su cabeza se movió apenas sobre la almohada. Lentamente, con esfuerzo, sus ojos se abrieron.

Nublados. Perdidos. Inconscientes… hasta que encontraron a Mary.

Y entonces, por un instante, la tormenta pareció calmarse.

Sus labios se separaron con torpeza, como si arrastrara palabras desde el fondo de un pozo seco.

—Mary...

Fue apenas un murmullo, una brisa desgarrada por el cansancio, pero Mary lo sintió como un rugido. Sus lágrimas se desbordaron, incontrolables, y le besó los nudillos con reverencia.

"Estoy aquí. Te tengo. Volviste."

Julián soltó el aliento como si no hubiera respirado en horas. Sus hombros se desplomaron. Thaddeus, firme como siempre, asintió una vez, contenido pero claramente aliviado, antes de apartarse para dar espacio al equipo médico.

«Está respondiendo», dijo el médico. «Todavía está débil, pero esto... esto es una señal poderosa. Saldremos de la etapa crítica si continúa así. Tendremos que hacer pruebas, pero... señora Lancaster, su esposo está regresando».

Mary asintió en silencio, incapaz de responder. Las palabras rebotaban en su mente sin arraigar. Solo había una verdad palpitando en su pecho:

Derek estaba despierto. Estaba vivo.

Había cruzado el abismo para volver a ella.

Pero cuando sus ojos, aún nublados por el dolor y la fatiga, se aferraron a los suyos, Mary sintió un nuevo tipo de vértigo.

Él no lo sabía.

No sabía que, mientras dormía, su mundo había cambiado para siempre.

Que la familia Moreau estaba colapsando bajo el peso de sus propias mentiras.

Que Celeste —la misma que casi los destruye— había acudido a ella, pidiéndole ayuda como última súplica.

Y lo más grande de todo...

Que en ese instante, mientras ella le sostenía la mano, su hijo también se aferraba a la vida. Su hijo. Su secreto.

Mary tragó saliva con dificultad. Su mirada descendió, casi sin quererlo, hasta su abdomen. Su otra mano descansó ahí, protectora, temblorosa.

¿Se lo diría ahora?

¿O cargaría con ese secreto un poco más?

El amor ardía en sus ojos. El miedo también.

Pero lo que más pesaba… era la verdad.

Y la decisión que aún no se atrevía a tomar.

Capítulo 64

Los párpados de Derek pesaban como si estuvieran hechos de plomo fundido, incapaces de abrirse por voluntad propia. Pero había algo: el calor constante, suave y familiar, que le rozaba la mano. Esa caricia tenue lo sacudió, llamándolo desde la penumbra. Poco a poco, el mundo comenzó a filtrarse a través de esa neblina densa y pesada.

El pitido rítmico de las máquinas médicas vibraba en sus oídos, un eco constante que parecía marcar el latido de su propia fragilidad. Un dolor sordo, como un latigazo mudo, recorría cada fibra de su cuerpo, recordándole su vulnerabilidad. Todo era distante, difuso, como si estuviera suspendido entre dos mundos: el real y el de los sueños.

Entonces, en medio de ese vacío, la oyó.

Una voz.

Suave, cargada de cansancio, pero llena de una emoción cruda e irreprimible.

—Por favor... vuelve a mí.

Lucía.

Sus dedos se tensaron, como si quisieran aferrarse a la vida misma.

Una inhalación profunda atravesó la niebla en la que estaba sumido, seguida por la presión firme y cálida de aquella mano que no había dejado de sostener la suya. Reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, Derek luchó contra el peso de sus párpados, forzando su apertura.

El mundo apareció como una mancha blanca y tenue, una luz difusa que poco a poco se definía, dando forma a la figura que le era más familiar.

Lucía.

Las lágrimas brotaron sin control de sus ojos, escurriéndose por sus pálidas mejillas. Un sollozo quebrado, lleno de alivio y una tristeza profunda, escapó de sus labios. Con dedos temblorosos, acarició el rostro de Mary, como si quisiera asegurarse de que era real.

—Derek —susurró ella, apretándole la mano con una fuerza que transmitía todo el amor y el miedo que había acumulado—. Estás bien. Estás a salvo.

Intentó responder, pero su garganta ardía y su cuerpo estaba tan débil que apenas pudo mover los labios. Entonces, Mary tomó un vaso con agua y le ayudó a beber, dándole pequeños sorbos que parecían devolverle la vida.

—Tranquilo —murmuró, apartándole el cabello sudoroso de la frente —. No te esfuerces.

Los ojos de Derek no la soltaron ni un instante. Había un cansancio palpable en ella, los ojos enrojecidos y hinchados por el llanto prolongado, el cuerpo demacrado y frágil. Pero también había algo más: una vulnerabilidad que hacía que su corazón se estrujara.

—¿Cuánto...? —su voz apenas fue un susurro quebrado.

Mary tragó saliva, luchando para no quebrarse. —Días... semanas... —sus palabras quedaron atrapadas en su garganta—. Casi...

No pudo seguir. El silencio llenó el espacio, denso y pesado.

Derek respiró hondo, intentando ordenar sus pensamientos. Recordó el accidente, el dolor, el terror de perderla, y luego... la oscuridad.

Miró a su alrededor, la habitación fría, el zumbido constante de las máquinas, y de nuevo sus ojos se posaron en Mary.

—¿Qué pasó? —preguntó con dificultad.

Mary apretó su mano con más fuerza, buscando darle seguridad. — Estabas en estado crítico. Los médicos no sabían si sobrevivirías. El abuelo y Julián han estado al tanto de todo mientras... estabas inconsciente —su voz se apagó y sus ojos se desviaron con culpa.

Derek sintió ese cambio, esa sombra oculta tras sus palabras. —¿Qué más? —insistió, con un hilo de voz.

Ella mordió su labio, como si cada palabra fuera un peso insoportable. —Raphael está perdiendo todo. El abuelo y Julián se están encargando de contenerlo.

Derek asintió, esperando la rabia, la furia desatada. Pero no fue eso lo que lo desconcertó.

Fue Mary.

La forma en que evitaba su mirada.

Los pequeños gestos nerviosos: las manos que descansaban inconscientes sobre su vientre.

Ella estaba escondiendo algo.

Sus dedos se cerraron, débil pero con decisión, alrededor de los de ella.

—Mary —dijo con voz áspera, obligándola a mirarlo—. Dime la verdad.

Por un momento, ella pareció a punto de ceder, sus labios temblaron. Pero entonces…

Un golpe seco en la puerta los interrumpió.

Julián y Thaddeus entraron con paso firme. Julián soltó un suspiro de alivio al ver a Derek despierto, pero Thaddeus, con su mirada afilada, evaluó la escena con gesto inescrutable.

—Por fin decidiste despertar —murmuró Thaddeus con ironía—. Has tardado demasiado.

Julián se acercó, mostrando por primera vez una fisura en su habitual dureza. —Nos asustaste a todos —confesó con voz tensa—. Mary no se separó de ti ni un momento.

Los ojos de Derek buscaron a Mary, pero ella evitó el contacto visual, atrapada en su propio remolino.

Thaddeus se aclaró la garganta. —Ahora que estás aquí, debes saber que Raphael Moreau está acabado.

La sombra cruzó por los ojos de Derek, endureciéndolos. —Bien.

—Pero hay algo más —continuó Thaddeus, con un tono que no permitía réplica.

Mary se tensó, como si ese "algo más" fuera un peso imposible de cargar.

Thaddeus lanzó una mirada fugaz hacia ella antes de volver a dirigirla a Derek.

—Celeste acudió a Mary. Hizo un trato.

Derek apretó la mandíbula, un fuego frío se encendió en su interior, a pesar del dolor que le recorría el cuerpo. —¿Qué clase de trato? —exigió.

—Nos entregó información sobre Víctor —intervino Julián —. A cambio de protección. Parece que a ella tampoco le gustó lo que te pasó.

El sarcasmo en su voz ocultaba una verdad amarga: incluso Celeste había sentido algo, tal vez culpa, cuando estuvo al borde de perderte.

Derek soltó un aire cargado, apretando la mano de Mary con una mezcla de rabia y determinación.

No le importaban los arrepentimientos de Celeste. Solo quería detener a Raphael.

Thaddeus continuó, imperturbable.

—Con la ayuda de Celeste, descubrimos más de lo que esperábamos. Los aliados de Víctor se están desmoronando. Timothy ha cortado lazos con él.

Derek parpadeó, absorbiendo la noticia. —¿Timothy? —preguntó incrédulo.

—Sí —asintió Thaddeus—. Su padre.

Un silencio pesado cayó sobre la habitación.

Derek exhaló lentamente, resignado a la verdad.

Los Moreau eran una familia tejida con mentiras y traiciones. Esta era solo una capa más del engaño.

Volvió su mirada hacia Mary, que parecía distante, perdida en sus propios pensamientos.

Entonces, como un golpe helado, la verdad se estampó en su mente.

Ella ocultaba algo.

Mary, que había cambiado, que evitaba su mirada y se tocaba el vientre de manera instintiva, escondía un secreto que aún no estaba listo para compartir.

—Mary —murmuró, buscando sus ojos—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Su cuerpo se tensó por completo.

Ella abrió la boca para hablar, pero la voz se le quebró.

Julián y Thaddeus intercambiaron una mirada silenciosa, conscientes de la tensión que colgaba en el aire.

Thaddeus se aclaró la garganta. —Los dejaremos solos —dijo finalmente.

Julián vaciló, pero la mirada firme de Thaddeus le hizo asentir.

—No te presiones, Derek —añadió antes de salir.

La puerta se cerró tras ellos, y el silencio que quedó entre Derek y Mary era tan denso que parecía un muro infranqueable.

Capítulo 65

Derek levantó lentamente la mano, con movimientos vacilantes, como si cada músculo de su cuerpo se resistiera a obedecerle. Sus dedos temblorosos rozaron la mejilla de Mary con la suavidad de una pluma, apenas tocando su piel, como si tuviera miedo de que ella se rompiera en mil pedazos bajo su tacto.

—Mary —susurró con voz ronca y quebrada, la garganta seca y cargada de una emoción contenida durante demasiado tiempo—. Dime...

Ella cerró los ojos con fuerza, y un pequeño estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Encogió los hombros en un gesto que parecía una protección frágil, como si intentara armarse contra el peso insoportable de la verdad que estaba a punto de soltar. Sus labios temblaron y, entre respiraciones cortas y entrecortadas, finalmente habló con una voz tan quebradiza que parecía a punto de romperse, deshaciéndose en el aire entre ellos.

—Nuestro bebé... no murió.

Un silencio abrumador se instaló en la habitación. Por un instante, el mundo entero pareció detenerse, congelado en esa sola frase.

El corazón de Derek se encogió hasta dolerle en el pecho; sus pulmones parecían haberse paralizado, y una niebla turbia cubrió su visión, como si el suelo se hubiera desvanecido bajo sus pies. El aire a su alrededor se volvió denso y sofocante, y cada latido resonaba como un eco distante y profundo.

—¿Qué...? —Su voz era apenas un susurro roto, una mezcla de incredulidad y esperanza que luchaba por abrirse paso—. ¿Acabas de decir eso?

Mary tragó saliva, como si cada palabra fuera un pedazo de cristal que debía tragar entero, sin romperse.

—Le supliqué al doctor que mantuviera todo en secreto —dijo, la voz temblorosa—. Que no se lo dijera a nadie, ni siquiera a ti. Tenía miedo, Derek. Miedo de que no pudieras soportarlo, de que... de que no pudieras confiar en mí.

Derek sintió un dolor punzante atravesar su pecho, como si le hubieran arrancado el alma y la pusieran a arder al rojo vivo. Su corazón latía con una fuerza descontrolada, una mezcla insoportable de esperanza y devastación que lo consumía por dentro.

Mary asintió lentamente, con manos temblorosas, mientras se secaba las lágrimas que seguían cayendo por sus mejillas.

—Ya me habías destrozado, Derek —confesó, la voz quebrándose—. Me abandonaste, y a nuestro hijo, cuando más te necesitábamos. Yo estaba ahí, esperando, rogando que aparecieras, que vinieras a mí... pero no lo hiciste.

Sus palabras perforaron la mente de Derek, abriendo heridas que creía cicatrizadas. El recuerdo de aquella noche oscura le golpeó con una crudeza dolorosa: la llamada ignorada, la súplica desesperada que había rechazado con crueldad.

—Aria no es mi verdadera esposa —había dicho entonces, con la voz fría y dura—. No quiero tener nada que ver con ella. Deja de llamarme por ella.

Había creído que Aria era otra persona, una mentira para atormentarlo. No había sabido, no podía haber sabido, que aquella mujer era Mary, la mujer que amaba más allá de todo, y que estaban juntos en el mismo hospital.

—Te estaba buscando —dijo Mary, con una voz rota por el llanto—. Porque descubrí que estabas embarazada. Pero pensé que Aria y tú eran dos personas distintas. No podía imaginar que eras tú... la misma que estaba a mi lado, luchando por nuestro bebé.

Derek sintió como si un puñal se clavara una y otra vez en su pecho, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Por eso lo mantuve en secreto —continuó Mary—. No sabía si alguna vez podrías verme realmente... No sabía si alguna vez podrías perdonarme, o perdonarte a ti mismo. Estabas tan cegado por tu odio, tu amargura, que pensé que nunca podríamos estar juntos de nuevo.

Un nudo se formó en la garganta de Derek, que apenas pudo pronunciar palabra.

—Mary... yo... —intentó, pero fue interrumpido.

—Estaba lista para dejarte —dijo ella, con voz quebrada—. Iba a desaparecer cuando finalizara el divorcio. No podía soportar la espera, el dolor constante de decepcionarme una y otra vez. Iba a proteger a nuestro hijo de ti... y de todo lo demás.

Las palabras lo destrozaron por completo.

—¿No es eso egoísta? —susurró él, con la voz ahogada—. ¿Ibas a quitarme a nuestro hijo?

Mary cerró los ojos con fuerza, y con lágrimas en la voz respondió:

—No me dejaste otra opción.

La habitación parecía latir con la agonía que los envolvía. Los puños de Derek se cerraron con tanta fuerza que sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos, intentando anclarse a la realidad que se deshacía.

—¿Crees que eras la única que sufría? —musitó con voz áspera, herida—. Cuando creí haberte perdido, y a nuestro bebé... perdí mi razón de ser. Me odiaba, me culpaba cada día. Me decía que no merecía ser padre ni esposo. Perdí la cabeza, Mary.

La voz se le quebró en un suspiro tembloroso.

—Y entonces me enviaste los papeles del divorcio —continuó—. Fue como perderte otra vez. Me estaba ahogando, y tú...

Rió con amargura y tristeza.

—Planeabas llevarte a nuestro hijo y desaparecer para siempre.

Los ojos de Mary se abrieron de par en par, y apretó su muñeca con delicadeza, como si temiera que él también se desvaneciera.

—¿Sabes lo que eso me habría hecho? —susurró con voz apenas audible—. ¿Descubrir un día, dentro de años, que nuestro hijo estaba vivo... pero que nunca tuve la oportunidad de ser su padre?

La barbilla de Mary tembló, y nuevas lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—Voy a perder la cabeza, Mary —dijo Derek, con voz áspera y quebrada—. Pensaba que el castigo era por lo que pasó con Aria. —Su voz se hizo débil, temerosa—. ¿Y si todo lo que creí era mentira? Esto me está destrozando... me asusta, Mary.

Por primera vez, Mary vio algo más que culpa o arrepentimiento en sus ojos.

Vio miedo. Un miedo crudo, atroz, que lo consumía por dentro.

Derek Lancaster, el hombre que había tenido el mundo en sus manos, estaba aterrorizado.

Temía perderla. Temía perder a su hijo. Temía repetir los errores que casi los destruían.

Un sollozo escapó de la garganta de Mary, y con manos temblorosas tomó el rostro de Derek entre las suyas.

—Derek... —susurró.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra la de él, compartiendo la respiración entrecortada.

—Creí que te había perdido —murmuró—. Y ahora me dices que casi pierdo a nuestro bebé también.

Mary se atragantó con sus propias lágrimas.

—Tenía miedo —confesó—. Y aún lo tengo.

Derek dejó escapar un suspiro, temblando.

—No estás sola —susurró—. Ya no.

Las lágrimas de Mary comenzaron a caer libremente, liberando el dolor que se había contenido tanto tiempo.

—Sé que te he lastimado —dijo Derek, la voz rota por la tristeza—. Sé que cometí errores, uno tras otro. Pero te amo. Y amo a nuestro hijo. Juro que dedicaré el resto de mi vida a arreglar lo que rompí. Solo... por favor... no me lo quites.

Ella temblaba bajo su toque, reflejando en sus ojos toda su angustia.

—¿Cómo puedo confiar en ti, Derek? —preguntó con voz trémula.

Él la sostuvo con desesperación.

—Recuperaré tu confianza —prometió—. Cueste lo que cueste, aunque me lleve toda la vida. Solo no te alejes. No me dejes en esta oscuridad.

Las manos de Mary se aferraron a su camisa, y su cuerpo se derrumbó en un temblor incontrolable.

Por primera vez en mucho tiempo...

Derek la abrazó.

No como el hombre roto que había sido.

Sino como un padre.

Como un esposo.

Como un hombre que se negó a perder a su familia otra vez.

Epílogo

Seis meses después…

El sol comenzaba a hundirse lentamente tras las colinas que rodeaban la finca Lancaster, derramando una cascada de tonos dorados y anaranjados que bañaban los jardines en un resplandor cálido y casi mágico. La brisa vespertina, fresca y ligera, movía suavemente las hojas de los árboles, llevando consigo risas lejanas y conversaciones amables que se mezclaban con el canto lejano de los pájaros. Era como si el tiempo, después de meses de tormentas y heridas, por fin comenzara a sanar y a regalarles una tregua.

Derek permanecía quieto en el amplio patio, sus ojos fijos en la escena frente a él: Mary sentada bajo la sombra protectora de un viejo magnolio, rodeada por Vivienne y Julián . Las tres figuras conversaban animadamente, y la risa de Mary, clara y sincera, flotaba en el aire como música celestial. Sus mejillas sonrojadas y sus ojos entrecerrados de felicidad reflejaban una alegría tan pura que parecía contagiar cada rincón del lugar.

Ella estaba radiante. Más radiante que nunca.

Pero no solo era felicidad lo que iluminaba su rostro; había algo más, una nueva vida, un secreto dulce y poderoso que él podía ver en la delicada curva de su vientre. Allí estaba la promesa más grande que podían haber esperado: su hijo, el milagro que la vida les había dado cuando parecía que todo estaba perdido. Su segunda oportunidad.

El pecho de Derek se apretó con fuerza al contemplar ese símbolo silencioso de esperanza y renacimiento. Sus dedos temblaban al sostener la pequeña caja de terciopelo azul oscuro que llevaba escondida en la mano, como si el peso del mundo descansara en ella. Había imaginado este momento un sinfín de veces durante los últimos meses: la forma en que ella reaccionaría, las palabras que pronunciaría, la sonrisa que aparecería en sus labios… Pero ahora

que la realidad lo envolvía, su corazón latía con una mezcla embriagadora de esperanza y miedo.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día mirándola con cara de idiota o vas a hacer algo, hijo? —La voz firme y burlona de Thaddeus resonó detrás de él, haciendo eco en la tranquila tarde.

Derek esbozó una sonrisa nerviosa y giró la cabeza para encontrar al hombre que siempre había sido su roca. —¿Y si dice que no? —su voz sonaba baja, vulnerable, con un dejo de temor que no podía ocultar.

Thaddeus se acercó y le dio una palmada alentadora en el hombro, sus ojos reflejando una mezcla de sabiduría y ternura. —No lo hará. Pero si lo hiciera, entonces sigues adelante. Porque has llegado demasiado lejos para rendirte ahora, Derek. No hay marcha atrás.

El consejo del abuelo era un ancla en medio de su tormenta interior. Derek tragó saliva, enderezó la espalda y tomó aire con fuerza, como si pudiera absorber toda la valentía del mundo en una sola bocanada.

Con pasos firmes y decididos, se acercó a Mary. Cada latido parecía decirle que este era el momento para el que había esperado toda su vida. La veía, tan hermosa y vulnerable a la vez, y supo que estaba dispuesto a arriesgarlo todo por ella, por ellos.

Mary levantó la vista al sentir su presencia y su sonrisa se volvió un poco tímida, sus ojos grandes y sorprendidos lo miraron con una mezcla de expectación y curiosidad. —¿Derek? ¿Qué sucede? —preguntó, su voz dulce y un poco desconcertada.

—Nada malo —respondió él con la voz ligeramente quebrada—. Solo hay algo que necesito decirte. Algo que debería haber dicho hace mucho tiempo, pero que ahora sé que no puedo seguir guardando.

Un silencio reverente envolvió a los presentes. Vivienne y Julián se apartaron con delicadeza, permitiéndoles el espacio que necesitaban para ese instante sagrado.

Derek se arrodilló lentamente frente a ella, sintiendo cómo la tierra misma parecía contener la respiración. Abrió la caja con cuidado y dejó al descubierto un anillo sencillo pero brillante, que atrapaba los últimos rayos del sol y los convertía en destellos de esperanza pura.

Los ojos de Mary se agrandaron y una mano temblorosa se llevó a la boca, incapaz de pronunciar palabra. La emoción parecía hacer temblar hasta el aire a su alrededor.

—Mary —comenzó Derek, con la voz cargada de toda la emoción contenida en su alma—. Te perdí una vez y fue el dolor más profundo que he soportado. Sentí que el mundo se desmoronaba y que una parte de mí moría contigo. Pero esta vez, no voy a dejar que nos sepamos perder. No ahora. No jamás.

Sintió cómo la garganta se le apretaba y luchó por no dejar que las lágrimas rompieran su voz. —No te pido que olvides el dolor que te causé ni que me perdones de inmediato. Solo te pido una oportunidad. Una oportunidad para demostrar que puedo ser el hombre que mereces, el esposo que siempre soñamos, el padre que nuestro hijo necesita.

Su voz se quebró, pero no cedió. —Te amo, Mary. Te amo con todo lo que soy y con todo lo que seré. Quiero pasar el resto de mis días arreglando lo que rompí, sanando cada herida que dejé en ti. Por favor… ¿quieres casarte conmigo? ¿Otra vez?

El tiempo pareció detenerse. El sol se ocultaba tras las montañas, tiñendo el cielo de tonos cálidos mientras el mundo entero esperaba su respuesta.

Y entonces, con lágrimas rodando por sus mejillas y una risa entrecortada que brotó desde lo más profundo de su corazón, Mary asintió.

—Sí, Derek. Sí, me casaré contigo.

Un alivio inmenso lo atravesó como un torrente de luz, y sin pensarlo, la envolvió en un abrazo protector. Sus labios se encontraron en un beso cargado de amor, desesperación y promesas

renovadas. Era un beso que sellaba segundas oportunidades, que hablaba de perdón, de futuro, de un amor que se rehacía más fuerte que nunca.

Desde la distancia, sus amigos y familiares estallaron en vítores y aplausos, pero para Derek, el único sonido que importaba era la risa suave y melodiosa de Mary fundiéndose con el latido de su propio corazón.

Ella lo había perdonado.

Ella era suya.

Y esta vez, Derek juró, no la dejaría ir.

Nunca más.

EL FIN.